

en un lugar
llamado

El Cartucho

[crónica]

en un lugar
llamado

El Cartucho

[crónica]

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ
CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE
Instituto Distrital de Patrimonio Cultural

Alcaldesa Mayor de Bogotá (Designada)
Clara Eugenia López Obregón

Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte
Catalina Ramírez Vallejo

Director del Instituto Distrital de Patrimonio Cultural
Gabriel Pardo García-Peña

**Subdirección de Divulgación de los Valores del
Patrimonio Cultural**
Instituto Distrital de Patrimonio Cultural
Ilona Murcia Ijjasz

Coordinación de investigación y publicaciones
Instituto Distrital de Patrimonio Cultural
Ximena Bernal Castillo

Investigación y textos
Ingrid Morris Rincón

Equipo de investigación
Diana Carolina Potes, Guillermo Montoya, Juan
Manuel Viatela, Benjamín Rengifo, Sandro Camacho,
Wilhelm Orly y Carlos Vargas.

Diseño y diagramación
Instituto Distrital de Patrimonio Cultural
Yessica Acosta Molina

Corrección de estilo
Ximena Bernal Castillo
Paula Moya

Impresión
Subdirección Imprenta Distrital DDDI

Encuadernación
Milenio Editores
Impreso en Colombia
ISBN 978-958-99705-2-2
© 2011 Instituto Distrital de Patrimonio Cultural

Agradecimientos
Pedro Manuel Rincón, Alejandra Acosta, Carlos Alberto
Garzón, Diego Alonzo, Alberto López de Mesa, Liliana
Moreno David Gutierrez, Juliana Hincapié, Raúl Guillín,
Carlos Alfonso Lara, Manuel Hernández, Hernando
Gómez Serrano, Fabio Zambrano, Renato Vargas, John
Bernal, Alexandra Rincón, Lorena Morris, Linda Criollo,
Andrea González, Cristian Ramírez, Álvaro Escobar,
Vanessa Alzate, Luz Marina Carrillo, Claudia Rivera,
“Pajarito”, “La Peluquería”, Germán Ayala, Mapa Teatro,
Fundación Vida Nueva, Guillermo Alvarez, Centro de
Arte y Cultura Universidad Jorge Tadeo Lozano.





EL DISTRIBUIDOR
VENTAS POR CORREO

MADO

Contenido

Prólogo / p. 5

Introducción / p. 9

Santa Inés: historia perdida de un barrio olvidado / p. 11

Memoria de un lugar llamado El Cartucho / p. 21

El Cartucho *La historia desde sus habitantes* / p. 41

Recorridos

Memoria Visual de ayer y hoy

Foto historias

Experiencia demoledora, razones para demoler El Cartucho / p. 93

¿Por qué el Parque Tercer Milenio? / p. 107

Glosario de expresiones / p. 125

Bibliografía / p. 135



Presentación

El espacio que actualmente ocupa el Parque Tercer Milenio -lugar icónico del centro de la ciudad debido al cambio urbanístico y de ordenamiento que ha representado desde su inauguración en la década de los 90's-, puede dar cuenta de la azarosa dinámica de nuestra urbe desde los orígenes fundacionales de la ciudad hasta nuestros días. Marcado por la historia del barrio Santa Inés, este lugar de Bogotá puede relatar épocas de riqueza y posterior decadencia cuando a mediados del siglo pasado se transformó en receptor de la violencia que acaecía en el país y de toda suerte de situaciones marginales e informales derivadas del conflicto social.

Como parte de las múltiples narraciones que existen para contar las historias que cotidianamente constituyen el sentido de nuestra capital, se encuentra la acción de la memoria como medio para evidenciar las relaciones que se tejen entre los cambios urbanísticos, espaciales y sociales de los lugares que habitamos. En el caso de “El Cartucho”, como antecesor espacial y vivencial del Parque Tercer Milenio, se revelan las raíces históricas, sensibles y muchas veces dolorosas del devenir de este lugar, que hoy resultan necesarias relatar para no olvidar la importancia de dar continuidad a la construcción colectiva de una ciudad positiva.

La reflexión frente a Bogotá, así como a los cambios de un barrio histórico de la ciudad y a las circunstancias socioeconómicas y los derivados dramáticos que tocan a sus gentes, son los ejes humanísticos por los cuales transita esta investigación. Producto de la beca de investigación denominada “La Ciudad imaginada”, otorgada en el 2008 por el Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, entidad adscrita a la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte de la Alcaldía Mayor de Bogotá, la presente publicación sintetiza el trabajo realizado en la indagación de fuentes históricas y la puesta en memoria de varios ex habitantes del sector, a fin de confiar a todos los bogotanos y bogotanas la importancia de conocer y comprender la realidad física de ese sector y la vida que halló camino allí, en medio de las adversidades.

“En un Lugar llamado El Cartucho” nos remonta a un hito de la ciudad de Bogotá y a una cruda memoria del país, como alerta para no olvidar que debemos continuar creyendo en la consolidación de una ciudad humana, en equilibrio y respeto por la historia y el territorio que habitamos. Una Bogotá positiva que se consolida en la memoria, para que prevalezca el derecho a vivir la ciudad y a vivirla mejor.

GABRIEL PARDO GARCÍA-PEÑA

Director Instituto Distrital de Patrimonio Cultural

Miradas de Colombia.

[Foto Viviana Cacua Sanmiguel]

[7]



Prólogo

[9]

Corría el año sesenta y tres y yo cursaba tercer año de derecho en la Universidad del Rosario. El mundo era pequeño e inocente, pero había marchas por la séptima y se pensaba en crear un cubo de arte para lo moderno, con la ayuda de Cuellar Serrano Gómez, una firma de arquitectos que había construido el Centro Internacional (Iregui, 2008). El mundo de los sindicatos se expresaba al tiempo que el mundo de la protesta estudiantil; todo estaba bajo la sombra de una pugna entre izquierda y derecha. Al año siguiente nacería el movimiento de las Farc y el debate sobre las “repúblicas independientes”, ante el que el gobierno de Guillermo León Valencia tuvo que responder en el Congreso por las acusaciones del “hijo de Laureano” Álvaro Gómez Hurtado. Hay un poema de Borges fechado en Bogotá ese año donde especula que aún no ha escrito el poema. Un amigo decía: pobre Borges se encontró en la Avenida Jiménez y exclamó: “Oh destino el de Borges”.

Así era un poco el pulso del centro-centro. El convento de Santa Clara no había sido restaurado y la escuela de Bellas Artes moraba en la octava con octava en donde hoy funciona una dependencia del Ministerio de Cultura. Dos amigos míos habían torcido sus destinos para hacerse artistas, después de intentar uno ser médico y otro abogado. Efectuar una deriva siguiendo la suave inclinación de la calle octava era apenas obvio. Así conocí el conglomerado de calles y carreras que enmarcaban lo que ya se llamaba “el Cartucho”, pero no había sido estigmatizado aún.

Casi en ningún otro momento se produciría en mi vida una epifanía: el fenómeno psicológico del “caer en cuenta”. En esas derivas con mis amigos artistas caí en cuenta de lo que era la llegada a Bogotá de la pobreza expulsada de los campos contra cualquier lógica, y que sería la constante

de un país y de un mundo donde la población rural se vació sobre las ciudades en una proporción que cambió por esos años a nivel mundial del 70 – 30 a la cifra inversa. El campo se despobló. Y la ciudad que ya había sufrido el golpe del nueve de abril, tendría que pasar por la ordalía de crear una zona para los que no cabrían en ninguna parte.

Hay unas fotos de Ray Whitley quien usaba el blanco y negro por obligación, que muestra a un campesino en un vagón de tercera del tren de los ferrocarriles nacionales. Había unas rutas que eran recorridas por el carril de acero y otras por las desgastadas trochas de un país sin buenas carreteras. El oriente de Cundinamarca y los Llanos orientales, de Restrepo hacia Villavicencio e intermedias, llegaban por bus, lo mismo ciertas regiones de Boyacá como el valle de Tenza y algunos poblados del sector de Chiquinquirá, que salían más rápido a Puerto Salgar que a la capital religiosa de Colombia. En palabras de hoy se diría que “el Cartucho” nació por un problema de movilidad nacional afectado por un crecimiento sin planeación y fustigado por hostilidades militares sobre el campesinado que ya eran graves desde 1955. En ese año en el mes de mayo el joven periodista García Márquez había llamado la atención sobre el drama de los tres mil niños desplazados del Tolima.

Disponer fechas una detrás de otra, es un ejercicio arbitrario y tan arriesgado como no hacerlo. Pero si se preguntara cómo pasaron ciertas cosas, un sartal de fechas no sobra. El teatro Municipal albergaba a Gaitán pero los que lo escuchaban eran obreros, intelectuales y masas analfabetas pero cultas en su estilo, como las que el mundo de suministros de alimentos desde la antigüedad medieval había visto: el que cultiva y vende alimentos es culto, es decir cultivador. Esa plaza de mercado sería el único vínculo que sentirían los campesinos recién arribados a la urbe.

[10]

La desprotección, la soledad, el abandono de los que llegaban en bus era de alguna manera mayor que aquella que invadía a los que llegaban en tren. El tren tenía la posibilidad de reconocer el trayecto y de alguna forma retornar en el peor de los casos; el que llegaba en bus no podía hacerlo. Allí se instaló el segundo elemento, después de la movilidad. Estoy pensando en el vestuario. ¿Cómo vestirse para resistir la ciudad; la discriminación, el frío, el desprecio y la sensación de las diferencias de calzado o de aroma? Éstas entre tantas otras. Ahí se ubicaron los almacenes de Batán. Telas rústicas hechas en los primeros telares agroindustriales de San José de Suatita, (Raymond, 2007) que por lo demás serían los causantes de un rivalidad perdurable entre las familias López, Caballero Blanco, Caballero Escobar y Caballero Calderón.

En esa deriva a la que he venido aludiendo, no fui una vez, sino muchas al Cartucho. Del barrio Santa Inés ya se estaba borrando todo. La familia Liévano, una de las muchas de alcurnia y la última en abandonar el sector, mantenía la casa de la señora Emilia Aguirre, madre del canciller e historiador. El Palacio Liévano se llama así por esas galerías que ahora son las oficinas de la Alcaldía, y que antes de su incendio se llamaban Galerías Arrubla; como si Arrubla, el historiador del año 1910, y Liévano, el autor de los *Grandes Conflictos económicos y sociales de nuestra historia*, hubieran escrito sus historiografías después de haber sido comerciantes o mientras

lo eran. En el libro sobre la *Ciudad de los Elegidos*, (Mayorga, 1979) se ve cómo el padre del historiador del mismo nombre, Indalecio, fue el político prominente de las empresas urbanas en el Concejo de ciudad, entre los veinte y los cincuenta. Así lo muestra la amplitud de su mausoleo en el cementerio Central.

La cadena de fechas sería la siguiente: Dominio de bogotanos en las instituciones urbanas hasta los treinta; dominio de las familias antioqueñas, Ospinas et al. hasta los sesenta y hasta hoy junto con el manizalita Mazuera, emparentado con Villegas, el fundador de El Tiempo; papel de Gaitán Ayala como atizador del encono social y revancha popular por su muerte, asesinado; papel de Gaitán Cortés pariente lejano del otro y emparentado con los Villegas en los trazados de la 26 y la valorización retardada de los terrenos de la hacienda Salitre, etc, etc; bombardeos desde 1955 hasta la semana pasada en todo el territorio donde yacen rezagos campesinos, acompañados de políticas de motosierra y boleteo.

Así se generó El Cartucho. La segunda deriva memorable fue en compañía de algunos antropólogos colombianos y norteamericanos en 1985 a raíz de un Congreso de Antropología. Recuerdo a los “ñeros” diciéndole al gringo, todavía con cierto orgullo sano: camine gringo le muestro mi “cambuche”.

Ya la degradación era inocultable. El negocio de la droga era importante al comienzo, pero más importante era el negocio de los compradores de papel, cartón y vidrio. Le compraban a los recicladores callejeros en carritos de balineras, (Salcedo, 1984)¹. Luego vino la degradación total y la campaña mediática. Entre el noventa y el noventa y siete. Recuerdo un anuncio en el diario La República que anunciaba la creación de una campaña publicitaria de *city marketing* liderada por un periodista que luego continuó siendo guardián de la integridad de la imagen de varios alcaldes.

Imposible no ser asediado por los fantasmas de estos recuerdos personales que bien trascienden mi persona. Pero basta por hoy.

Cuando Ingrid Morris Rincón, antropóloga de la Universidad de los Andes, que nunca estuvo en mis clases, se aproximó a la idea de montar una investigación y me comunicó su proyecto, sobre la reconstrucción de la vida de “El Cartucho” a través de la memoria imaginada por exhabitantes de la calle, sobre la extensión del Parque Tercer Milenio, sentí una ráfaga fuerte de interés, por esa manera de viajar a través de la imagen. Como diría Didi-Huberman, las imágenes toman posición en el lenguaje brechtiano de la lucha por la postura de clase y sus agudas contradicciones, como en *la Ópera de tres centavos* (2008). La naturaleza inocente con la que los habitantes del

1 María Teresa Salcedo es Antropóloga de la Universidad de los Andes, M.A. y M.Phil. en Antropología de Columbia University. Actualmente es investigadora del ICANH y entre sus proyectos se cuentan: "Sentidos de lugar y percepciones de Ley y Orden", "Fisonomías de lo público y lo privado: identidad y percepción en espacios urbanos" (en Revista Colombiana de Antropología, N° 39, Año 2003) y el proyecto "Mimesis en el estudio de las culturas juveniles". Ha sido una de las investigadoras más importantes en cuanto a los recicladores y los “ñeros” por su tesis de pregrado.

sector maldito, recuerdan cuál era la cuadra del descuartizadero; los depósitos de cadáveres; las armas y las estatuas de San Agustín; los cheques en blanco y las pastillas de cianuro; las gafas sin montura o con fórmula válidas para cualquiera. Todo este mundo de sincronización del detritus humano y comercial, validado por una zona de desesperación a tres cuadras del Batallón Guardia Presidencial, como se decía en los periódicos: muestra las extrañas familiaridades que tocan los excesos de poder y de imponer, como nos enseñó Bataille en *la Parte Maldita*.

El resultado de esta investigación que el lector tiene entre sus manos, es una – la primera – pero no la última – de las múltiples investigaciones, sobre vida urbana e intereses sociales y económicos que se comienzan a dar en la ciudad capital de esta extraña república de Colombia.

¿Se acabó El Cartucho? Claro que no. La ollas se multiplicaron entre los barrios de Ciudad Bolívar, Bosa y Soacha, con sus correspondientes fenómenos de dominio paramilitar y limpieza social. Ya no son los vendedores de mecánica del parque de los Mártires, son los mismos soplones de barrio que toman revancha por tumbos de cien mil pesos. La limpieza social en los Altos de Cazucá esta viva. Está ejerciendo su sombría tarea de producir un terror sordo y barato. El parque tercer Milenio no ha “pegado” aún. Así vamos. El Cartucho, entonces, no se acabó, se multiplicó ¿Enfrentaremos, o mejor qué haremos con estos nuevos y patéticos escenarios?

Manuel Hernández Benavides

[12]

Otra mirada de la injusticia.

[Foto Juan Carlos Goyeneche]



Introducción

[13]

Entre los recuerdos de infancia siempre tengo en mi memoria la imagen de la gente de mi entorno que al hablar del centro de la ciudad de Bogotá, entre percepciones y recuerdos, comentaba la existencia de un lugar por donde no podían pasar, pues quien cruzara sus cuerdas no tendría suerte ese día; quien se extraviara conduciendo su automóvil, no saldría intacto de tal aventura. Estos acercamientos, a mi parecer misteriosos e irreales, eran como historias de otras urbes más lejanas. Todas esas imágenes constituían mi reducida visión de niña, de la ciudad frente a la que gente más adulta me cuidaba impidiéndome salir de casa sin precauciones.

Con el tiempo fui creciendo a la par de la ciudad; comprendí que esas historias fantásticas hacían referencia al famoso Cartucho. Un barrio de gente humilde y desfavorecida, del que no supe mucho más que esporádicas historias macabras recogidas por el voz a voz, pues ni los medios, ni el gobierno hacían un seguimiento público del tema. Decidí creer entonces, que este lugar era un espacio vetado para la ciudad y por esto no dejé de cuestionar, cómo y de qué manera se creaba una zona como esa; cómo llegaba a ser rechazada por una sociedad que de alguna manera estaba vinculada en su creación. Lo que no sabía era que las fibras ocultas de la sociedad, el “bajo” mundo donde se unen todas las clases sociales y todos los que actúan por fuera del “deber ser” que el “alto” concilio social impone, encontraban en el Cartucho un aliento, un refugio donde se podía subsistir a muy bajo costo.

Quizá por todo esto, y después de tener una formación en ciencias sociales y de ver el cubrimiento mediático en torno a la demolición y desplazamiento de los habitantes de esta zona ante la desaparición del barrio, mi percepción fue diferente. La preocupación por no saber de dónde salían y a donde iban sus

habitantes, me hizo pasar de tantas inquietudes, a una propuesta de investigación, para llegar por este medio a la esencia de este lugar y de su gente. Recurrí a la herramienta más básica de la antropología: haciendo uso de la etnografía como conjunto de métodos² para la aproximación a comunidades, a fin de comprender formas de pensar y de sentir. Y por medio de la observación participante, entrevistas, conversaciones y recorridos, me adentré a las vidas de cuatro ex habitantes del Cartucho. Combinar las metodologías incluyendo la construcción de imágenes que suscitan un lugar que no existe y sus recuerdos, permite crear un pensamiento reflexivo sobre un lugar que por medio de un mobiliario urbano alisó los pliegues de la historia del país.

El Cartucho fue el nombre que tomó el viejo barrio Santa Inés, fruto de un lento proceso de transformación social y urbana de esta zona de la capital. También fue una alternativa de refugio y vivienda para las personas humildes de la ciudad, así como para campesinos y emigrantes de otras partes del país. A su vez, debido a todo lo que conllevarían las dinámicas del consumo de estupefacientes, el Cartucho se conformó en un centro de violencia y peligro para Bogotá. Razón por la cual en 1998, el entonces alcalde de la capital, Enrique Peñalosa, decidió extirpar este lado oscuro de la ciudad y a cambio construir allí el Parque Tercer Milenio: Un lugar que según su proyección, sería un pulmón de árboles para la ciudad y un espacio estéticamente bien diseñado para el confort y el disfrute de los habitantes.

[14]

Así, se demolió todo El Cartucho, (680 construcciones) y se desplazaron alrededor de 12.000 personas. La historia de aquel lugar, en varias ocasiones intervenido por grandes proyectos arquitectónicos e insignia en sus diferentes épocas, fue compendio de leyendas que allí se tejieron y una muestra de los procesos de transformación urbana. En ese sentido, este documento indaga las diferentes miradas que explican esta complejidad de sucesos y realidades. Trata de recrear con la historia, los testimonios, y los mitos, el universo de detalles allí construido con el paso del tiempo. Todo esto con el fin de recobrar la memoria de un barrio olvidado y producir una reflexión sobre el papel de los ciudadanos en la construcción del espacio de su ciudad y los habitantes de la calle.

Una ciudad construida prioritariamente sobre intereses políticos y económicos, pocas veces satisface las exigencias de las implicaciones de la desigualdad social, el desplazamiento, el conflicto armado que en el caso de Bogotá, se transformó en un centro de acopio de desplazados, a la vez que en importante sede económica y política, sin alcanzar a consolidarse como una ciudad incluyente con igualdad de oportunidades. Por eso una memoria endógena y autóctona de nuestros relatos y de sus residentes; que cuestione y reflexione, que no se limite al mero recuerdo, nos permitirá tener propios modelos de ciudad.

² La “recolección de memoria” se propuso como herramienta metodológica en sí misma, ya que por medio de las etnografías y los talleres realizados se buscó más allá de la voz de un testimonio, el encuentro de experiencias entre quien habla y quien escucha a través de la reflexión grupal. Un proceso de pensamiento sucesivo, que tuvo la intención de afectar, producir acción, influenciar para un nuevo pensamiento o en su defecto, permitir el acceso para su cuestionamiento constructivo. La memoria se asumió en la práctica, como metodología de desahogo y análisis, desde una perspectiva dinámica, que buscó reivindicar, posicionar y transformar.

Recorrer los caminos de Santa Inés a través del Parque Tercer Milenio con los protagonistas del espacio, permitió traer historias y estimular recuerdos mediante conversaciones dialógicas entre el pasado como secuela del presente y así observar retrospectivamente la incidencia de los factores sociales e históricos de una sociedad fragmentada. De esa manera entender la realidad de cada una de las historias permitió la formación de cartografías sociales por medio de las cuales se creó el mapa social de la vida en el Cartucho, acudiendo también al empleo de la imagen fotográfica como recurso para estimular aquellos recuerdos de barrio y de sus habitantes.³

Esta publicación presenta los resultados de la investigación: la historia de este barrio, su transformación, el deterioro, la concentración de gente humilde, el incremento de sus habitantes que vivían en las calles y que fueron llegando hasta constituir un evidente hacinamiento. Pero al sumergirme en ese mundo del Cartucho, a la raíz de su formación y la vida de quienes lo habitaron, quedé sin palabras ¿Cómo contar la memoria de un barrio tan ajeno a mi vida y la de tantas personas?, ¿De qué manera expresar la felicidad en medio de la anarquía, la fuerza de las personas honradas y humildes allí? ¿Cómo transmitir el dolor producto de la violencia que se desarrolló ahí?, ¿Cómo entender la complejidad de los múltiples factores que influyeron en su conformación? Comprender y poder transmitir esa esencia sólo fue posible por medio del corazón de este texto: las etnografías de personas que residían en las calles del Cartucho: Carlos Vargas, Sandro Camacho, Benjamín Rengifo y Wilhelm Orly, cuya compañía y recuerdos son en buena parte el hilo conductor de los hallazgos; su percepción de la cotidianidad, la subsistencia, las formas de abordar la vida, permiten contextualizar, un lugar llamado el Cartucho.

[15]

Espacio, Memoria e Imagen

Para abordar la complejidad de los diferentes procesos sociales, políticos y económicos que produjeron las transformaciones de Santa Inés al Cartucho y luego al Parque Tercer Milenio, se trabajó bajo la lupa de los conceptos de Espacio, Memoria e Imagen.

³ Este fue un proceso de intercambio de saberes por medio de cuatro talleres desarrollados en grupo, con el fin de intercambiar ideas y recuerdos de cada uno de los perfiles etnográficos, a través de la imagen como herramienta de comunicación. El objetivo era que por medio de esta retroalimentación y auto análisis, se tejiera una reflexión conjunta sobre la vida de cada uno, el pasado y el presente, la experiencia en la calle, el consumo y vivencia actual, sus derechos y deberes. Se utilizaron otras metodologías como los “juegos cooperativos” para que todas las intervenciones fueran valoradas respetando el contexto de vida de cada uno. En el momento de utilizar las imágenes de archivo como estímulo para el recuerdo, se recurrió a la metodología aplicada por Néstor García Canclini, Ana Rosas Mantecon y Alejandro Castellanos expuesta en el libro “Las múltiples Ciudades de los viajeros”, en donde identifican los lugares estratégicos de la Ciudad de México en los años 50’s, mostrando imágenes y películas a diferentes grupos poblacionales. Para nuestro propósito, por medio de la proyección de 35 imágenes antiguas de Santa Inés y 10 del Cartucho, se obtuvo un exitoso trabajo que produjo sensaciones, sentimientos y recuerdos que permitieron recrear algunas zonas. Finalmente se propuso mediante los talleres, que los perfiles etnográficos asumieran el rol de “fotógrafos” tomando como guía el método PHOTOVOICE, un mecanismo por el cual, a través de foto historias, las gentes de las comunidades pueden explicar y discutir de una manera práctica y cotidiana, su vida y sus dinámicas.



Rezagos del Cartucho.
Construcciones republicanas originales de la zona entre San Victorino y el
barrio Santa Inés alrededor del hoy parque Tercer Milenio.
[Ingrid Morris Rincón, 2009]

El Espacio

Analizar el espacio, entender las lógicas de su uso, comprender sus dinámicas, las identidades y afectos que dentro de éste se tejían así como los significados atribuidos a cada uno de sus lugares, permite comprender la complejidad del fenómeno del Cartucho.

El concepto de Espacio se abordó desde dos categorías de análisis: *Una aproximación sensitiva y otra simbólica*, a partir de los preceptos de Gaston Bachelard en “la Poética del Espacio”, según los cuales, los recuerdos del espacio generan una sensación de casa. Esta visión de espacio se encuentra también en la postura de Marc Augé al discutir el concepto de los “no lugares”. El autor fortalece la importancia de los “lugares antropológicos” que guardan memoria, historia y sentido; en contraposición a los espacios inéditos, a aquellos no simbolizados y carentes de significado. Estos últimos lugares son llamados por el autor como “No lugares” al carecer de identidad. No generan memoria histórica pues su misión es transmitir un transitorio anonimato y una sensación de similitud que garantiza que todos circulen, que nadie se detenga como lo ejemplifica Marc Augé con la sala de abordaje en un aeropuerto o guardando las proporciones, como lo podríamos ejemplificar nosotros en algunas de las idénticas y transitorias estaciones de Transmilenio. Son denominados “No lugares” en oposición a los lugares que invitan a la confluencia y construcción de identidades. En tal sentido es interesante para este estudio la idea con la que Augé sugiere ordenar y categorizar la simbolización de un espacio a través de la identidad, la relación y la historia. Augé también ha de reflexionar sobre la corporalidad que genera la ciudad, el cruce de caminos en sus espacios, ya que “la corporeidad surge del encuentro con el otro, con su representación y visión del mundo, con sus recuerdos, expectativas y frustraciones. El encuentro corpóreo trasciende del encuentro netamente físico” (Castillejo, 2000, p.98), según Pearse (1989), consiste en incorporarlo, acto con el cual se crea una relación, una realidad co-construida.” (como se cita en Castillejo 2000). Es esta una experiencia común en el ámbito vital de el Cartucho, donde se percibía la cercanía, en tanto se vivía y andaba en comunidad, casi siempre bajo el signo del hacinamiento, porque en verdad no existía la ‘propiedad privada’.

[17]

Al analizar la zona de Santa Inés como un área fundacional en conjunto con San Victorino y la Plaza de los Mártires y encontrar que allí se desarrolló un importante eje de comercio y de acopio, se puede apreciar todo esto con el criterio de “producción del espacio” que propone Henry Lefebvre cuando reflexiona sobre la importancia del costo del espacio en centros de negocios. Esta conceptualización a la luz de la historia y el fenómeno del Cartucho, es reafirmada por autores tales como David Harvey cuando plantea que la tierra constituye la mejor alternativa para la inversión de los negociadores y para quienes tienen grandes excedentes de capital.

Así, el cuestionamiento recae en si se han construido las ciudades a imagen y semejanza de la necesidad ideal del bienestar humano o, por el contrario, si son sus constructores y el poder que engendra tal negocio, los que proscriben dicha necesidad ideal para a cambio crear condiciones de vida desfavorables con condiciones ominosas, como es el caso del Cartucho.

Se pueden reconocer y contrastar tanto en el crecimiento demográfico global de Bogotá como el de la zona de Santa Inés, así como en el aumento de la venta ambulante dentro del sector, las tesis y los análisis

que Mike Davis hace en su texto “El planeta de los Tugurios” cuando observa la manera como el crecimiento urbano produce comercio informal, población marginal y en condición de pobreza, condicionando las ciudades a crecer entre los espacios deteriorados y los grandes proyectos arquitectónicos urbanos destinados a crear condiciones de calidad para unos pocos.

La Memoria

Desde la memoria el enfoque está planteado desde la reconstrucción de los diferentes fenómenos que dieron origen a las transformaciones de Santa Inés, hasta convertirse en el Cartucho y posteriormente en el parque Tercer Milenio. Se sugiere la memoria no como un elemento que martiriza e idealiza lo que ya no existe; ni tampoco como una evocación plana del recuerdo. Se aborda mas bien la memoria en la práctica, como metodología de desahogo y análisis, desde una perspectiva dinámica, que reivindica, posiciona y transforma.

Por todo ello, este trabajo tiene como postulados los conceptos de Elizabeth Jelin en su libro “Los Trabajos de la Memoria” al proponerla como herramienta teórica-metodológica a partir de conceptualizaciones desde distintas categorías sociales observando desde quién recuerda, qué recuerda, cómo y cuándo recuerda; la historia de una zona por medio de su espacio y sus personajes. Aquí es inevitable que quien recuerda de alguna manera se encuentre invadido por el pasado en el presente produciendo un esfuerzo para esclarecer el diálogo entre estas diferencias temporales que serán evidentes a lo largo de estas memorias.

[18]

De otro lado el trazo del deterioro de construcciones que provinieron de la Colonia hasta los noventa en Santa Inés – El Cartucho deja la huella implacable del tiempo y la memoria en el espacio. Como plantea Bachelard, la memoria no registra la duración concreta de los fenómenos. Estos sólo son posibles por medio del espacio u objetos materiales, denominados por el autor como ‘fósiles de duración’ (Bachelard, 1957).

Ahondando en definiciones clásicas y amplias, Todorov (2000) propone que parte del culto a la memoria se debe a que la homogeneidad de las identidades en la actualidad, hace que la gente recurra al pasado con el fin de encontrar identidades individuales estables. El hecho de considerar la memoria no como un acto que necesariamente se opone al olvido, sino que por el contrario está implícito dentro de este, permite la resignificación y cuestionamiento del presente; un objetivo importante en éste texto. A este hecho el autor Gonzalo Sánchez en el caso colombiano, se refiere a la importancia de los procesos de construcción de identidad como una forma de resistencia a la desaparición de la propia identidad. Y al hablar de memoria menciona la necesidad de las “reciprocidades entre el pasado y el presente”, concepto importante en esta recolección histórica y etnográfica ya que para el caso del Cartucho esa reflexión dialógica quizá permita el análisis y sanación de quien recuerda. Además nos permite como estado y sociedad, reflexionar en el sentido de intentar redimir la culpa de haber permitido que se fomentara tanto dolor en un espacio abandonado de nuestra memoria.

La Imagen

Reconstruir la historia y hacer estas memorias, está estrechamente ligado a la idea de imagen, porque es precisamente desde allí, desde la percepción visual, donde se conoce y reconoce un rechazo generado



Cra 11 entre calles 9 y 10. En la esquina de la calle 9, estuvo durante muchos años la “Plaza de Carnes”. Esta cuadra se llamó “Los Chorritos” o “Calle de Santa Ana”. Al noreste existió una fuente llamada “los Chorritos de Santa Inés”, construida en el año de 1834 por el jefe político del Cantón, Doctor José Vargas. Foto anónimo.

[Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá, II-80]

[19]

de todo cuanto supone el asunto de El Cartucho: la suciedad, la dejación, la ruina, el hacinamiento vistos en las pocas imágenes que los medios mostraron; la imagen de los transeúntes y hasta la vista aérea de la zona en Bogotá; que fueron creando la idea de un Cartucho adefesio para el mito social urbano.

Por otra parte, hay otra forma de entender y categorizar la imagen, como aquella que evoca los recuerdos de quienes vivieron en el sector, la imagen de un hoy, de un antes, de un después, que va creando procesos de aprendizaje y de simbolización importantes para el análisis de sus habitantes y su vida, así como la resignificación de este espacio en el contexto de la ciudad.

La palabra imagen representa una memoria en “figuras” y formas que tenemos en nuestro cerebro, que en físico se representan a través de un archivo real como el film, la diapositiva, la fotografía o “la instantánea” que supone un momento presente. Pero este juego de tiempos y figuras representa una reflexión; la manera como cargamos de significados y sentidos nuestros “archivos personales” que quedan guardados en el pasado; la forma como identificamos sus significados en el momento presente y aún mejor, la manera como relacionamos significados e imágenes al hacer reflexiones y conexiones de pensamiento entre el pasado y el presente. Esas conexiones enfocadas desde la mirada de uno mismo, como el reflejo propio en diferentes escenarios; o la visión de éstos desde diversos ángulos, es lo que he considerado como una inevitable conexión en nuestro ser, en nuestro sistema de pensamiento. Es decir que tal o cual imagen casi que ineludiblemente, genera un shock, la necesidad de re pensarse, de preguntarse cosas: reflexionar para superar dolores y acontecimientos del pasado.



Cra 11 entre las calles 10 y 11 - "La totalidad de la cuadra ha sido ocupada por los vivanderos de la Plaza central de Mercado. Las casas vecinas han sido durante muchos años fondas inmundas y 'chicherías desaseadas'. En estas cuadras vivió en 1810, el Doctor José Joaquín Hoyos, Alcalde del barrio de San Victorino", Sociedad de Mejoras y Ornato. Foto anónimo.

[Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá, 1-74 a]

El uso de la imagen para estimular la recolección de memoria que ayudará a recrear el retrato del Cartucho, también tuvo como principal objetivo el poder generar ejercicios en los que habitantes de la calle en su proceso de desintoxicación de las drogas o resocialización y "reconstrucción" de sus vidas, recrearan imágenes propias en las que ellos se vieran a sí mismos y tuvieran la posibilidad de seleccionar para el ojo del fotógrafo, qué era lo relevante en el entorno para explicar sus vidas. Esta actividad fue sustancial, ya que Sandro, Benjamín, Wilhelm y Carlos como perfiles etnográficos, representan la vida de varios de los habitantes del Cartucho que hicieron parte del decaído barrio, y que ahora están esparcidos por toda Bogotá. También personifican la vida de habitantes de la calle del Cartucho que quisieron volver a insertarse a la sociedad convencional y que han tenido que realizar un proceso de adaptación por fuera de las dinámicas que se vivían en el antiguo espacio. De allí la relevancia de la imagen y su uso como dispositivo, como herramienta que crea un diálogo con el exterior y a la vez con el interior. Actividad que a manera de trashumancia entre el ayer y el hoy, cura y sana heridas al afirmar la vida como fuerza creadora, retomando la propuesta de la artista Suely Rolink. (2001)

Esa reflexión de sí mismo que se busca por medio de la imagen, hace parte del análisis realizado por el semiótico Armando Silva (1999) quien concluye que todos actuamos para otros y dependemos de la existencia de cada uno de esos otros a quienes se puede ver para verse a sí mismos. El estar concientes del poder que tiene la imagen en el momento en que el 'yo', observador, puede conjugar su vida, sus recuerdos, sus imágenes; estableciendo relación entre el aquí y el ahora con la imagen observada, con esa intención, ángulo y enfoque que proviene de la realidad del fotógrafo. Es quizá a lo que "Roland Barthes se refiere cuando relaciona al 'yo' con la imagen, lo que denomina "Puctuon": ese azar que en ella nos afecta (pero que también nos resulta hiriente), el "puctuom" nace de una situación personal, es la proyección de una serie de valores que proceden de nosotros, que no están originalmente contenidos en la imagen" (Barthes en Fontcuberta, 2002, p.14).

Desde la perspectiva de la práctica, el libro "Arte, memoria y Violencia", de Pilar Riaño, Suzanne Lacy y Olga Cristina Agudelo, genera una reflexión sobre los modos de ver y representar las experiencias humanas del dolor, el duelo y la pérdida, aspectos que, aunque parezcan desviarse del tema, inciden en la reflexión sobre la relación entre la imagen y la importancia de ver. Análisis interesante que será develado al observar las foto historias que el equipo realizó para contar cómo los exhabitantes del Cartucho, ven y explican su día a día en la actualidad .

Así los anteriores conceptos representan la estructura que contextualiza los cuestionamientos y los diálogos de la realidad, de la misma manera como las historias de vida derivadas de los perfiles etnográficos, constituyen la base e hilo conductor a lo largo del texto, puesto que estas personas participaron como coautores⁴ en el proceso de indagación y búsqueda de información, acompañando el proceso de descripción y entendimiento del espacio. En efecto, Carlos, Benjamin, Sandro y Wilheim son personas que a través de su historia personal ejemplarizan las razones por las que se constituyó el Cartucho y por qué siguen conformándose cartuchos por toda la ciudad.

[21]

⁴ Retomando ideas de la metodología IAP (Investigación Acción Participativa), con el fin de romper con el binomio sujeto - objeto, investigador - investigado, se propuso establecer espacios de igualdad con los ex habitantes de calle que voluntariamente quisieron participar en el proceso. Sin embargo fue en el espacio de los encuentros en donde se intercambiaron experiencias, donde se tuvo en cuenta el estado anímico de las personas para el ejercicio del trabajo, valorando no sólo el relato sino a ellos mismos como sujetos que están pasando por un proceso de desintoxicación de sustancias psicoactivas. Así también fueron vitales los sentimientos en el proceso día a día que convirtieron las entrevistas en conversaciones y la observación participante en un rol más interactuante.



Santa Inés

historia perdida de un barrio olvidado

[23]

La memoria del barrio Santa Inés inicia como uno de los lugares emblemáticos de la época republicana y como protagonista y escenario de historias de ficción, sueños y paraísos de gente llevada por los psicoactivos, así como de múltiples relatos de personas humildes que encontraron en aquel lugar un refugio y receptorio de macabras historias en la última década, cuando el barrio ya se había convertido en la zona denominada El Cartucho. Así, como asegura Abderhalden (2006) “El Barrio Santa Inés, hoy un hueco en la memoria colectiva de nuestra *urbis*, es un hecho social y urbano con una larga historia: es uno de los barrios fundacionales de Bogotá”⁵. La brillante arquitectura, los lujosos hoteles e inclusive la plaza de mercado central, fueron reemplazados por leyendas cargadas de droga y sangre. Este capítulo intenta narrar la historia de Santa Inés antes del Cartucho, subrayando los grandes hitos de transformación que fueron convirtiendo al barrio en una de las zonas más peligrosas del mundo.

En 1797 Santa Inés conformada por 15 grandes manzanas era “la puerta de ingreso a la ciudad de los viajeros que llegaban por el camino de Puente Aranda” (Robledo y Rodríguez, 2008, p.152). Los mapas de la Bogotá antigua dan cuenta de cómo éste barrio era el primero en comunicar el norte con el sur y el oriente con el occidente al centro de la capital, por lo tanto era epicentro de los viajeros y lugar estratégico para establecer diferentes estaciones de transporte que venían

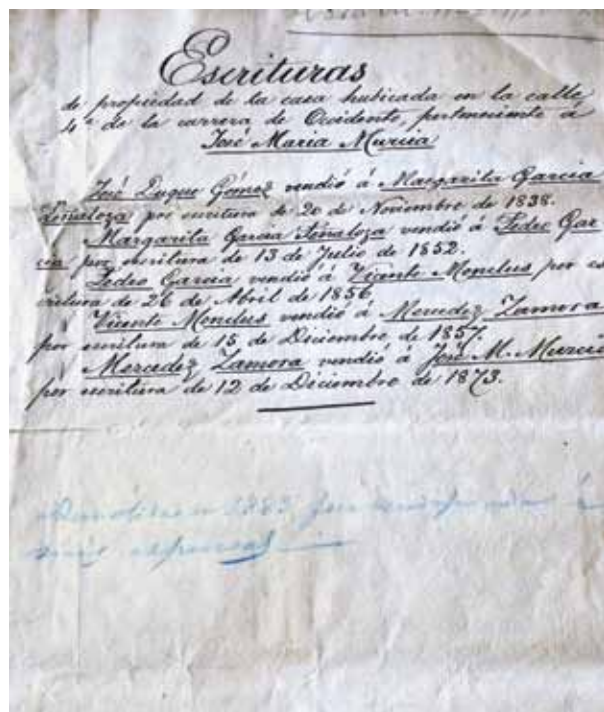
⁵ Abderhalden Rolf, El artista como testigo: testimonio de un artista , 2006, http://www.institutohemisferico.org/journal/4.2/esp/artist_presentation/mapateatro/mapa_artist.html

de todo el país. La pequeña ciudad de entonces evidencia a Santa Inés como un lugar importante del centro administrativo de la ciudad junto con la Plaza Mayor y La Candelaria. Según Robledo y Rodríguez, para 1894 Santa Inés se extendía entre las carreras 9 y 12 y las calles 9 y 13 con edificaciones diferentes a las residenciales.

Es claro que la denominación original del barrio procede del nombre parroquial derivado de la Iglesia que lo presidía, situada en la calle décima con carrera décima, (espacio que hoy corresponde a la avenida décima). La Iglesia, de tres naves, frontis de piedra y cuatro órdenes, poseía además un convento adyacente, donde yacían los restos de “José Celestino Mutis” o El sabio Mutis. A partir de los años cincuenta, el barrio fue fracturado por la avenida y desmembrado de la unidad urbanística colonial dentro de la cual fue concebido.

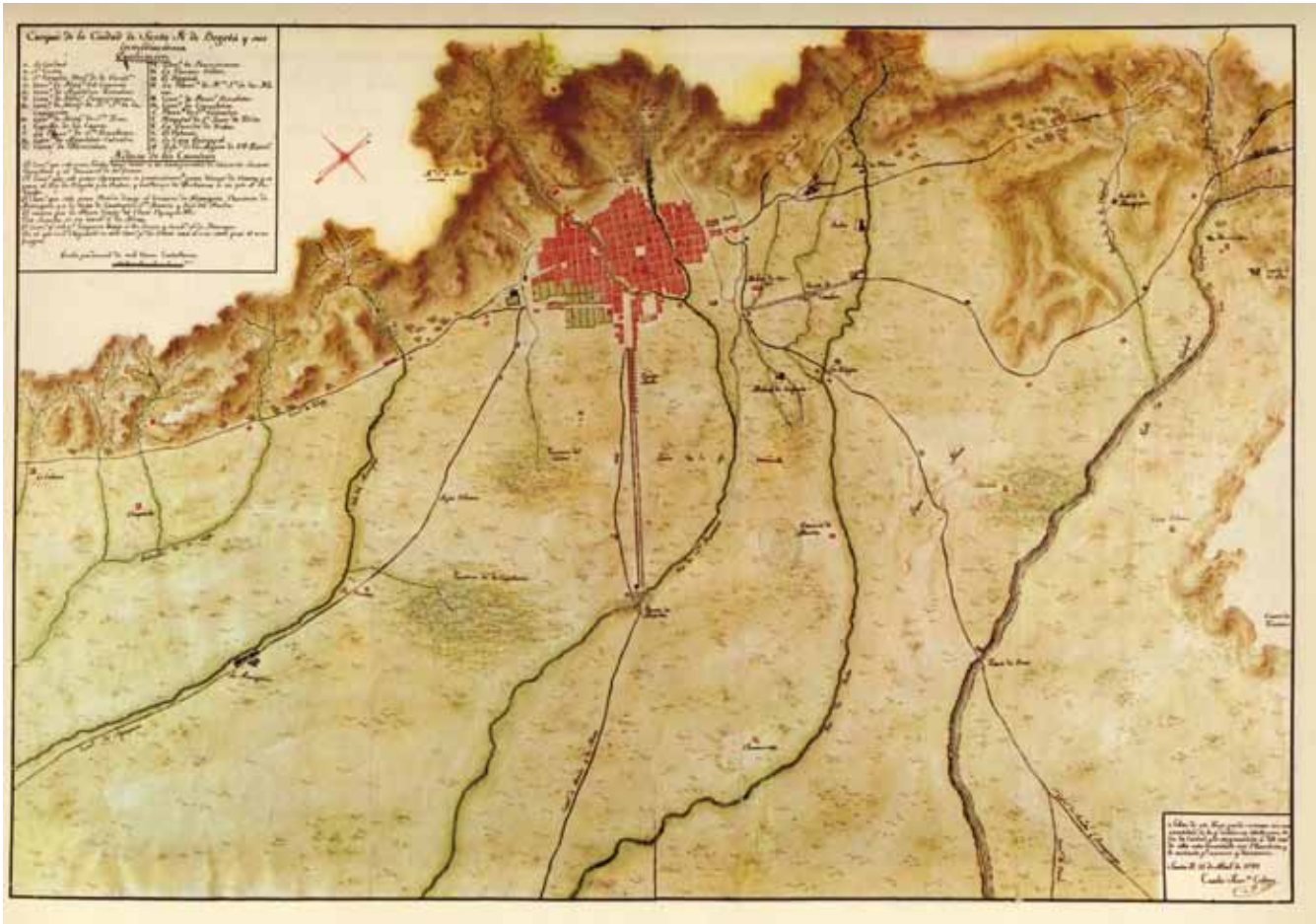
Así como el barrio fue protagonista de residentes en la Colonia y de los acontecimientos de la Independencia, ya en el s. XX, durante la década de los cuarenta fue epicentro de una especie de cultura popular de carácter político protagonizada por personajes tales como el poeta *Tamayo* y *Mamatoco*, quienes en una de las tiendas del lugar laboraban pacientemente en un periódico o Pasquín de protesta política y social. El citado *Mamatoco* denunció por este medio algunas irregularidades del gobierno de López Pumarejo y misteriosamente apareció asesinado tiempo después. Este crimen conmovió a la sociedad bogotana. Mamatoco, que era boxeador, fue una especie de líder en la Plaza Central de mercado y sus calles adyacentes. (Rincón, 2007).

[24]



Escritura del 26 de abril de 1856 en la que se evidencia la antigüedad de los predios que correspondían con los límites del Cartucho.

[Archivo personal, Ingrid Morris Rincón]



Primer Plano del croquis de 1797. Carlos Francisco Cabrier

[Plano de Bogotá 1797, Carlos Francisco Cabrier. Atlas Histórico de Bogotá, cartografía 1791 - 2007]



Puente Uribe. Situado en el cruce de la carera 13 con la calle 6, donde conflúan los ríos San Francisco y San Agustín. Se colocó la primera piedra el 1° de mayo de 1892. Foto anónima.

[Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá, V 261 a.]

[26]

La Bogotá colonial sin acueducto ni iluminación, cruzada por vías elementales y casi incomunicada, dio en estas condiciones el paso hacia la República, en medio de revoluciones donde los próceres de la independencia deambulaban entre Santa Inés, la Plaza Mayor, para más tarde, ser ajusticiados en la Huerta de Jaime, hoy Plaza de los Mártires. En los alrededores del sector central o residencial, vivían los mestizos, los indígenas y algunos esclavos que por su condición, eran desplazados. Otro referente del proceso transformador de Santa Inés, a finales del siglo XX determina el origen del término “El Cartucho”. Esta denominación habla de su estructura y de lo que allí sucedía. Al indagar sobre la procedencia del término *Cartucho*, existen varios antecedentes en el tiempo. Los rastros históricos muestran cómo en un mapa elaborado por Codazzy en 1849, se registra la *calle del Cartucho*, situada en la calle 12 entre calles 10 y 11 de la época. (Robledo y Rodríguez, 2008). “Algunos indicios históricos relacionados con los preparativos de la Independencia y reseñados por Londoño, permiten plantear la hipótesis del nombre a partir del sentido histórico que tuvo la calle lo que derivó en su posterior formalización catastral” (Robledo y Rodríguez, 2008, p.156), y posteriormente se describe tal acontecimiento que relata cómo toda la ciudad se surtía de pólvora de una fábrica localizada dentro del barrio, en la calle 9 entre carreras 12 y 13. Dicha polvorearía proveyó de material a los movimientos revolucionarios del grito de independencia y a la posterior subversión, promovida desde la casa de José María Carbonell.

En secreto se reunían mucho antes de ese 20 de Julio para planear la revuelta; habían previsto incluso el uso de armas que se alimentarían de la pólvora que empacaban en pequeños paquetes de papel y pasarían a ser distribuidas de mano en mano el día del mercado. No se tenía para

1810 el concepto de Cartucho (bala - munición) como lo comprendemos ahora, sino el del empaque (cartucho de papel) (Robledo y Rodríguez, 2008, p.156).

Con la llegada de la modernidad en la segunda mitad del siglo XIX se iniciaron grandes intervenciones en la zona. El primer momento de transformación del paisaje en 1887 le dio un sentido más comercial al entorno del viejo barrio colonial. En sus predios se establecieron entonces colegios, boticas, restaurantes y joyerías. En una segunda etapa, en 1891, se levantaron más de 30 edificaciones comerciales, entre chicherías y algunas fábricas (de instrumentos de cuerda, de máquinas, de cerveza, velas, jabón); herrerías y ebanisterías. Esta renovación permitió y exigió que el lugar fuera más visitado y transitado por muchas y diversas personas, y que las casas fueran transformadas según las nuevas necesidades y funciones incorporadas a la vida del barrio. La última ola, en 1894, se caracterizó por la construcción de hoteles que prestaban su servicio a los turistas provenientes de otras partes del país y que arribaban a Bogotá gracias al nuevo servicio del ferrocarril.

El siglo XX trajo consigo la transformación de Santa Inés en una zona renovada con la construcción de casas con influencia de arquitectos franceses en las que habitaban prestantes familias bogotanas y en donde además funcionaban lujosos hoteles que servían de hospedaje para las élites regionales que visitaban Bogotá. Dichas construcciones se diferenciaron a las de épocas posteriores porque a cambio de antejardín en el frente o a la entrada, presentaba un gran espacio en el centro al interior de las casas, según el viejo modelo español. “La mayoría de ellas contaban con piletas o plazoletas centrales y en su alrededor con numerosos cuartos, con techos muy altos, generalmente de dos pisos y otras salas amplias” ⁶ adornadas con marquesinas y aplicaciones de yeso de corte victoriano, escaleras con delicados apliques en maderas finas como caoba o cedro rojo. En este periodo, dentro del barrio, fueron construidas la Escuela de Santa Inés, el Palacio de Higiene y la Plaza mayor de mercado (Piffano, 2003).

⁶ Eduardo Betancourt, entrevista personal 10 de junio de 2009



[27]

Carrera 6 entre las calles 12 y 13. En esta casa, cuya foto fue tomada en 1940, vivió Francisco Cabrer, quien levantó el plano de Santafé en 1797. Foto anónima.
[Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá, XV-1187 a.]

Escuela de Santa Inés entre las calles 12 y 13, aún presente.
[Ingrid Morris Rincón, 2009]

De esta época hay fuentes que afirman que allí residieron Emilia Aguirre madre del historiador y escritor Indalecio Liévano Aguirre, la Familia Turbay Ayala y eminentes ciudadanos como Félix Cortés y familias de alta alcurnia que mantuvieron los lujos que incluían las grandes casas republicanas de los años 30 (Francisca Montaña, 2002). La ampliación de la carrera décima concebida desde la misma década, y acometida en los cincuenta, implicó la demolición de varias edificaciones antiguas como la Iglesia de Santa Inés que posteriormente fue reconstruida con sus partes originales en el barrio la Soledad (Av. 28 con calle 37). (Piffano, 2003) Se considera que éste fue un gran hito estructural de transformación del barrio propuesto en la segunda mitad del siglo XX por el arquitecto y urbanista Karl Brunner en su plan de reformas que terminó separando el barrio Santa Inés del centro de la ciudad y marcó el comienzo de un aislamiento debilitante del sector durante 50 años. Este aislamiento minimizó también la visibilidad del sector por parte de los ciudadanos y propició allí, el establecimiento de actividades informales e ilegales.

[28]

La popularidad de la zona y la multiplicidad de negocios que la superpoblaron, permiten vislumbrar el deterioro del lugar, la afluencia multitudinaria en torno a la Plaza de Mercado de Santa Inés, instalada en la década de los cuarenta. Todo esto llamó la atención de arquitectos como Le Corbussier quien propuso el proyecto “La Ciudad del Empleado” en 1947, como una forma de generar las condiciones adecuadas para el volumen de personas que transitarían por allí y las nuevas actividades que se estaban implantando. Sin embargo el proyecto no se realizó y las consecuencias se observaron tiempo después.

La Plaza Central de mercado de Santa Inés remplazaría en parte el mercado de la Plaza Mayor y sería el gran centro de abasto diversificado en múltiples servicios, razón para una explosión demográfica donde sus espacios no fueron suficientes para albergar a tantos vendedores de alimentos, lo que condujo a “que los puestos de venta de víveres desbordaran la construcción de la plaza y se tomaran las calles adyacentes en un colorido jolgorio y febril movimiento de alimentos y mercancías, donde campesinos y gentes humildes ofrecían a la venta sus productos” (Piffano, 2003, p. 40). Así, Santa Inés se convirtió en una zona de la ciudad donde se enfrentaban la arquitectura republicana y las familias de grandes apellidos contra la adecuación de locales comerciales y el paisaje un tanto rural representado por los campesinos y vendedores de



Bodega de Fécula “Universal” ubicada en la calle 11 No 11 - 12
[Archivo personal, Ingrid Morris Rincón]

Plaza central Principal
[Colección Museo de Bogotá - IDPC]
Transformación de la Ciudad, 1950.
Foto Saúl Orduz.
[Colección Museo de Bogotá - IDPC]



[29]



EN UN LUGAR LLAMADO **El Cartucho**

alimentos mediante el comercio informal. Modificaciones del espacio y de la imagen del sector que molestaron a las familias opulentas residentes en la zona.

“Sobrevino lentamente una decadencia del sector en cuanto zona residencial, para dar paso a otra de carácter comercial, multitudinario y variopinto de muchas pluralidades (...) de esta manera comienza el deterioro zonal que empieza a ser notorio en los años cuarenta del siglo XX (...) En efecto, el mercado estimula el entrecruce de usos y costumbres provenientes de todas las regiones del país; la proliferación de las entidades forasteras, de depósitos y hoteles, de tiendas y por supuesto de antros de diversión y prostíbulos elementales y baratos a la par con las exigencias de una población movable y flotante.” (Rincón, 2007:2)

Varias de las prestantes familias que habitaban Santa Inés vieron como solución a su novedosa realidad, emigrar hacia los nuevos proyectos urbanísticos ubicados en el norte de la ciudad. Poco a poco el barrio comenzó a tener un tinte más popular y menos oligárquico. Así, el 9 de abril de 1948 no afectó las edificaciones del barrio. Según Robledo y Rodríguez (2008), las construcciones dejaron de ser llamativas, para volverse viejas y opacas, comparadas con los modernos edificios que se levantaban orgullosos, surcando el cielo capitalino.

Sin embargo, aunque el 9 de Abril, sí tuvo como consecuencia el crecimiento de la migración rural hacia Bogotá, como lo explican varias de las fuentes, el barrio se iría convirtiendo en un espacio popular cruzado por toda clase de personas, de diferentes procedencias, élites y roses sociales pero sobre todo de campesinos, fenómeno que transformaría por completo el sentido del sector. El entorno residencial se empezó a convertir en comercial, lleno de lugares que atendían las necesidades de los viajeros y negociantes: bodegas, restaurantes, tiendas y cafés, harían parte del nuevo paisaje. Según el profesor Manuel Hernández, debido a esto, los usos del suelo bajaron

[30]



Construcción centro de Bogotá, foto Daniel Rodríguez
[Colección Museo de Bogotá - IDPC]



Cotidianidad de la Plaza de Mercado Central.
[Colección Museo de Bogotá - IDPC]



Plaza de Mercado Central desde arriba. Foto anónima.
[Sociedad de Mejoras y Ornato, III - 160a]

[31]

de precio, se desvalorizaron y empezó el auge de la construcción al norte de la ciudad. Con ello, se profundizaría el olvido y la exclusión de la zona en el alma de la sociedad en general.

El último hito de transformación de Santa Inés fue la ubicación de varias empresas de transporte sobre el límite occidental del barrio (la avenida caracas entre la calle sexta y la calle doce), entre 1950 y 1960. La instalación de las empresas de transporte facilitó el establecimiento de numerosos inquilinatos en Santa Inés que ofrecían sus servicios a los pasajeros recién llegados, de ahí que para sus residentes, fuera un lugar *dormitorio* como le llamaban. Las personas que llegaban de los diferentes lugares, traían artículos típicos de las regiones que hacían pintorescos los pasajes y los andenes de Santa Inés. Los pequeños que estudiaban en el colegio de la zona verían la transformación del barrio a la par de su crecimiento; asombrándose al observar cómo rápidamente su gente ya no estaba enmarcada en el prototipo de cachaco conservador, sino también en el negociante paisa con carriel, en los llaneros con sus sombreros al igual que los boyacenses y los migrantes de todas las regiones. (Entrevista personal, Carlos Alberto Garzón 10 de Julio de 2009).

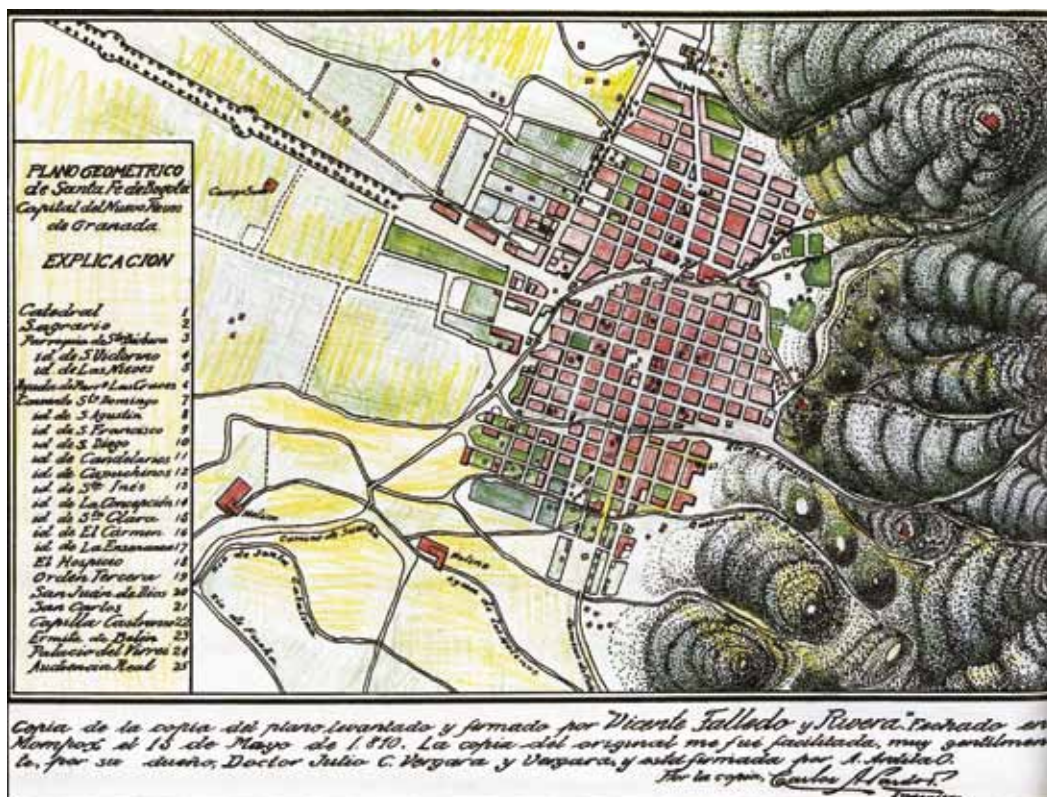
A finales de la década de los ochenta, con la construcción del terminal de transportes, las empresas de buses intermunicipales abandonaron el sector dejando sin clientes a los establecimientos comerciales. Los antiguos locales, fueron reemplazados por compraventas, lo que incrementó el comercio de objetos robados. Así, “la asociación entre compraventas y

delincuencia se va dando en forma progresiva y genera la proliferación en el barrio de pandillas de delinquentes que necesitaban vender objetos robados y simultáneamente empezaron a ser usuarios frecuentes de inquilinatos y residencias que subsistían en el sector” (Piffano 2003). Los inquilinatos se fortalecieron porque las personas que frecuentaban el sector veían ventajas estratégicas de ubicación en la ciudad y además se veían atraídas por la dinámica de los precios establecida; “debido a la oferta de una infraestructura que al quedar subutilizada por la salida de las empresas de transporte y sus usuarios, empezó a reducir sus tarifas, y se agudizó el deterioro de los inmuebles que una vez en otras manos diferentes a las de sus propietarios, dejaron de recibir trabajos de mantenimiento a partir de entonces” (Piffano, 2003 p.59)

De Santa Inés al Cartucho

¿Cuántas evocaciones guarda la palabra “Cartucho”? Una figura cónica ensortijada, un rollo de papel, un caracol, un espiral, una figura casi elíptica, tridimensional, que en verdad es la base material y metafórica de un imaginario del que también la flor de Cartucho constituye su forma. Esta morfología nacida en los vericuetos de la urbe es la figura trasladada a los imaginarios ciudadanos de quienes habitamos en Bogotá entre las décadas de los años setenta y noventa. Fue un proceso bautismal colectivo para designar un rincón de la ciudad a fin de darle el nombre a lo que sería un hito o quizás una leyenda que se fue constituyendo sobre las ruinas y las añoranzas de un barrio otrora prestigioso del centro de Bogotá: el barrio Santa Inés. Circunscrito al sur por la calle sexta, al oriente por la carrera décima, al occidente por la Avenida Caracas y al norte por la calle diez; el barrio estaba distribuido en 17 manzanas sobre 20 hectáreas que progresaba sobre su propio espacio por una que otra calle ensortijada y retorcida sobre sí misma a manera de Cartucho, lo que fue dándole no sólo forma, sino la dinámica y acción a esta zona. Basta sólo observar los primeros planos de creación de la ciudad, para encontrar cómo Santa Inés quedaba entre pequeñas calles curvas, que divorciadas del plano español que impera en la ciudad (trazos rectangulares), más parecía influenciada por el urbanismo defensivo de los puertos como Cartagena o la concepción árabe de las medinas. Quién pensaría que años más tarde la forma del espacio fuera uno de las causas que producirían la manera como se entretejieron las relaciones entre la gente y la dinámica física.

Se podría decir que la forma, sumada a múltiples fenómenos sociales y a la valorización de la tierra al norte de la ciudad, creó un conjunto de particularidades que constituyeron un lugar especial. Centro de mitos y leyendas en la ciudad, un espacio entre la ficción y la realidad desconocida, un sub mundo o bajo mundo. Paradójicamente a la intemperie, coloquialmente dicho “en las narices” de todos y al igual ignorado por todos los ciudadanos, mandatarios y señores de ley que legislaban y ejercían el poder a escasas cuerdas de aquel laberinto. Un espacio lleno de enigmas y con el tiempo cargado de estigmas, a donde “los valores” no permitían el acceso, y para el que la gente “de bien” y la moral oficial creaban un manto de prevención que impuso una especie de sordina para que de este lugar no se escuchara nada, no se hablara mucho, ni



[33]

Copia del Plano Geométrico de Santa Fé de Bogotá. (No. 13: Santa Inés).

[Atlas Histórico de Bogotá. Cartografía 1791-2007]

tampoco se escribiera. Se subestimó su importancia, hasta que lentamente aquel barrio notable y sus habitantes desaparecerían.

Después de los sesenta la sobrepoblación y la relativa población flotante que saturaba el barrio, se debía a múltiples factores que dicho sea de paso, permitieron el auge de la zona: la Plaza de mercado Central, la proximidad de las centrales de buses intermunicipales, la venta de ropa barata del Batán, las tiendas de venta de enseres de las provincias, las residencias, los centros de acopio de las bodegas de reciclaje, pero ante todo la pobreza y los vejámenes de la guerra, no dieron espera; todo esto finalmente dio origen a lo que posteriormente fue *el Cartucho*, dejando en el olvido al antiguo y lujoso Santa Inés.

La realidad de la pobreza y la dejación del sector se fue recrudeciendo y reproduciendo, hasta finales de la década del noventa. El Cartucho poco a poco se convirtió en el centro de la dejación y la pobreza, el punto de recepción de las muchas realidades que aquejaban el país, reproducidas en este pequeño espacio. Por eso, de esta última época, la historia empieza y debe ser contada por quienes subsistieron la decadencia del lugar hasta su demolición.

“Yo vine de Samaná, Caldas. Yo nací allá en 1951 y la violencia era terrible, se veía mucha muerte entre campesinos; inclusive mi mamá era conservadora y mi papá liberal (...) recuerdo que en una emboscada en contra de los liberales mi mamá nos esconde a mi y a mis hermanos; nosotros quedamos varios días en un lugar inhóspito y a raíz de eso a mí me da Poliomieltis a los 6 años”, cuenta con voz arrugada y vencida Porfirio López, un personaje inválido que se transporta en una patineta; él habla sin pelos en la lengua, sin miedo a nada aunque siga siendo expendedor y consumidor de estupefacientes en el Bronx, la nueva olla en la 15. No da espera para hablar tal cual, así no tuviera claridad sobre esta publicación y el motivo de la entrevista. “Al poco tiempo mi mamá murió porque no se cuidó con una dieta de embarazo después de tener a un hermano; desde ahí la vida con mi papá fueron muchos regaños, por eso a los 16 años decido escaparme”. (Entrevista personal, 26 de marzo de 2009). Como ya para esa época debido a la poliomieltis había quedado inválido, él cuenta con burlas de clínica tristeza, cómo la gente de las flotas en los pueblos de la región, sentía pesar por su condición inválida y terminaron ayudándolo para llegar a Bogotá, pues él solo perseguía con el deseo, una mejor vida. “Llegué a Bogotá en un “Rápido Tolima” que me dejó en la Caracas con novena”. Así que lo más cercano que encontró fue la gente del Cartucho que le prestó ayuda y le dio trabajo vendiendo marihuana, desde entonces y hasta hoy. Por eso desde 1965, Porfirio consume pepas, ácidos denominados *pulpogei*, el *Ventana* y el *Cristal* y marihuana que era lo que allí se vendía.

[34] Para finales de los sesenta y principios de los setenta, Santa Inés o el Cartucho ya empezaba a ser un lugar estigmatizado por el consumo y expendio de drogas. De una extraña manera este lugar se había convertido en el eje de dicha actividad en la ciudad. Para Porfirio, la historia de la droga en el Cartucho se dio por varios y sucesivos golpes: primero, según su conocimiento, seis policías se encontraron en los Llanos Orientales un camión cargado de cocaína y un laboratorio; luego de evadir la vigilancia de sus superiores, escaparon con el “matute” y llegaron a la ciudad donde a la fuerza abrieron en El Cartucho el epicentro de su nueva actividad. Usaron sus armas para instaurar el poder del terror y cuando se hacía necesario, mataban a los dueños de las casas y sus familias del barrio que pronto se convertiría en el Cartucho. De esa manera se apropiaron del sector. En 1968 se posesionan otros: la banda de “los Bayona”, quienes según él, introdujeron con fuerza el basuco y en los setenta, una nueva banda que había robado otro cargamento de estupefacientes, llegó para competir con violencia, matando a los de la “de los Bayona”. Poco tiempo después hizo presencia el grupo de “Los Chinchos” con quienes Porfirio estuvo cerca de 35 años.

Al pie de sus palabras resulta fácil rememorar cómo se llegaba al Cartucho y es posible comenzar un importante ejercicio de memoria y desestigmatización, pues como se ha testimoniado dramáticamente, el lugar no nació solo; nació con la complicidad de diferentes administraciones de la ciudad que descuidaron el barrio Santa Inés, mientras sucedía el éxodo de la provincia empujada por la violencia a la aventura citadina. Preguntarse por la existencia de un lugar como

El Cartucho, es también preguntarse qué ha pasado en el país; su desigualdad social y falta de acceso a oportunidades.

Por su lado, las prostitutas como ocurre en situaciones similares, fueron conformando sus propios espacios y se tornaron en clásicos personajes de la zona; las mujeres de la carrera 10 o las mismas “enrejadas”, en la época de los cincuenta, tenían el poder de recorrer estos lugares “como Pedro por su casa”. María Rosalba “La repolla” hoy a sus 66 años, después de rehabilitarse de las drogas y dejar la prostitución, recorre y recuerda este lugar como una abuela con sabiduría de la calle. “Mi Cartucho no era así cuando yo era pequeña; a mi Cartucho lo cambiaron cuando trajeron ese basuco”, (María Rosalba García, entrevista personal 9 de Septiembre de 2009). Ella lo cuenta enfáticamente y tiene memoria con sentido de apropiación porque para ella el Cartucho fue su refugio, después de haber pasado por duros trabajos en los Chircales a la edad de nueve años y por las palizas que le daban sus papás permanentemente. Allí creció y allí sobrevivió ejerciendo el oficio más viejo del mundo. Bajita y regordeta, con el pelo negro ensortijado hasta la cintura, se desplazaba por toda la décima y el Voto Nacional con su falda repolla al estilo Can Can, y un palo en la mano exhibiendo sus servicios. Fue testigo de la llegada de los buses llenos de gente de diferentes pueblos, campesinas con sus niños, señoras de faldas largas que se bajaban de las flotas y que se quedaban un buen tiempo allí sentadas, con la mirada perdida, desesperanzadas. Unas huían de la violencia, otras porque no tenían alternativas económicas y muchas más, atraídas por el mercado prometedor de emplearse en el servicio doméstico de las “casas bien” de la capital.

[35]

María Rosalba fue testigo no sólo del tráfico de armas y droga allí; también del continuo refugio en que se convirtió el Cartucho para diferentes grupos armados, el reclutamiento de sus tropas y así mismo de la limpieza social por parte de la misma policía. Este testimonio de residente coincide con el testimonio de Olga Lucía Pico, una mujer que se destacó como líder de los recicladores y vivió allí desde los diez años. Gran parte de su familia vivía en el lugar; recuerda que su tía tuvo un Motel y que su mamá le contaba cómo entre los años treinta y los cuarenta, ella, su madre, se crió en el hotel Doima, que era una residencia de paso a donde llegaban los conductores de las empresas de transporte. Desde allí y con sus años, Olga Pico observaba a finales de la década de los setenta, que se volvía “Una zona comercial, posterior zona de tolerancia, era el eje central de la llegada de los campesinos a la ciudad; campesinos de Choachí, Cáqueza, Chía, que de afán se aposentaban en la carrera 8, 13 y 9.” (Olga Pico, entrevista personal, 18 de septiembre de 2009).

Tanto los rastros históricos como los testimonios dan cuenta del desgaste y sobrepoblación de los espacios; tanto la Plaza de Mercado de Santa Inés como la “terminal” de transportes traía gente a la ciudad; atrayendo redes comerciales y el intercambio de servicios que también contribuyeron a la transformación del espacio. “Mi mamá tenía un restaurante sobre la octava, comenzó vendiendo comida frente de los buses, en ollas que sacaba a la calle; después montó el restaurante; duró 40 años vendiendo comida ahí. Después en ese mismo lugar, ya empezaron a robar, a haber ladrones, en ese tiempo se mataba a cuchillo, ya se empezaba a consumir marihuana



Vista aérea del Cartucho en 1998. Empresa de Renovación Urbana.

[Archivo propiedad Mauricio Santa María]

[36]

y ya después llegaron las famosas “anfetaminas”, eso fue lo que deterioró el barrio” (Olga Pico, entrevista personal, 18 de septiembre de 2009).

En los años setenta los niños del colegio Santa Inés, de ida o de regreso a su casa, ya presenciaban a las trabajadoras sexuales ejerciendo por la calle séptima, así como los negocios de papeleros. “El espacio en sí, lucía como luce hoy San Victorino, ya entonces llegaban muchas gentes permanentemente a la ciudad, había comercio informal y migrantes de muchas partes del país.” Cuenta Carlos Alberto Garzón⁷ y agrega también que en el Cartucho jugaba fútbol con los amigos en un potrero detrás de Medicina Legal y que aunque era un lugar popular, no era inseguro. Al frente de la plaza de mercado central siempre estaban las vivanderas vendiendo lichi, verduras, papa, hierbas. Señoras adultas y mayores que además del lichi vendían flores de Cartucho razón que, según Garzón, influyó para que el lugar tomara este nombre.

Miryam Franco por su lado, es otra mujer que llegó del Tolima hace 25 años con sus dos niños. Sin conocer y preguntando, llegó a administrar residencias por la calle 20: “Donde hoy en día hay esos negocios de bares, de prostitución, de toda esa vaina. Por una parte, desgraciadamente, llegué a trabajar, no en prostitución pero sí administrando negocios allá. Duré administrando como uno o dos años y me salí de ahí cuando una amistad me dijo que por qué no me venía para este sector a

⁷ Subdirector de la Subdirección de Adultez de la Secretaría Distrital de Integración Social y ex alcalde de la localidad de Santa Fe.

trabajar a las papelerías” (Miryam Franco, entrevista personal 28 de Julio de 2009). Gran parte de El Cartucho estaba ocupado por los negocios de las tipografías y las papelerías o papeleras. Allí fue donde ella realmente encontró la mejor forma de sostenerse.

Por su parte los dueños de las residencias como René Coronado (Nombre de protección, Entrevista personal 10 Julio de 2009), llegaron a la zona desde los 28 años, para empezar a manejar un hospedaje que el hermano le había dejado. “Llevo 22 años acá; manejé en esta calle una casa que era un hospedaje. Tenía 120 personas, y todas consumían”. Víctima de amenazas e intentos de desalojo por parte de los jibaros, terminó pagando una especie de vacuna⁸ mensual para poder permanecer allí. Después de contar historias en medio del infierno, asegura: “Lo que yo vi fue muy poquito, yo no me salía de esta calle, yo nunca fui a la novena, por allá a la 11 yo nunca entré. Yo siempre estuve aquí en la calle décima, yo no pasé allá ni a la novena, ni pasé a la once, ni pasé a la doce, ni pasé a ninguna parte... era como una frontera”.

La calle diez –y en ello coinciden varios testimonios– es definida como el lugar liminar entre el caos y la real ciudad. Mario Arturo Suavita llega a la zona de San Victorino como comerciante en los ochentas:

“Cuando llegué, la sensación de inseguridad y lo que uno miraba en parte del Cartucho era una cosa muy complicada, es tan así que comercio y Cartucho no iban, la calle diez era como una frontera entre ellos y nosotros, ellos no entraban y nosotros tampoco. Lo hemos dicho en reuniones y tildamos al Cartucho como un Caguán pequeño, como una zona de distensión en Bogotá, y no sé porqué se llegó a eso, de pronto negligencia de las mismas autoridades al dejar deteriorar una zona tan importante para Bogotá, porque Santa Inés fue de las zonas más importantes de Bogotá” (entrevista personal 17 de Julio de 2009).

[37]

Para el año 98, cuando Turbo (Antioquia) era punto nodal de la violencia y grandes masacres en el país, el esposo de Yomaira, una mujer de 29 años con cuatro niños, decide en medio de la desesperación y de no conseguir trabajo como albañil; viajar a Bogotá. Solos, desubicados, dando vueltas por la plaza de Bolívar con sus cuatro hijitos, encontraron a un compañero negro en quien confiar y le preguntaron por una posada barata. El nuevo guía no demoraría en recomendarles el Cartucho y llevarlos a su residencia. Así es como Yomaira después de ver en su terruño hermosos atardeceres, los variados verdes del paisaje y las riquezas naturales de su entorno, llega a un pequeño cuarto en la Carrera 11 con octava. Ella sólo recuerda: “Yo no hablaba, hacía mucho frío y había mucha miseria, el impacto fue terrible” (Yomaira Beytar Entrevista personal 4 de Noviembre de 2009). De ahí en adelante sus días fueron un solo llanto, aunque siempre tuvo las maletas listas

⁸ Pago obligado o contraprestación por estar en algún territorio donde existe un poder controlador inclusive por encima de los dueños originales.

para salir corriendo a no sabe dónde, cuando hubiera plata. La vida la llevó por otro camino. Hoy, separada y con sus cuatro hijos grandes, trabaja desde el 2000 en el programa de inclusión para habitante de Calle de la Secretaría de Integración Social.

De esta manera Yomaira configura un ejemplo de muchas de las personas humildes y sanas que vivían en el Cartucho, porque la miseria no les dejaba para nada más; recibían \$100.000 de subsidio de Acción Social. Aunque ella permaneció aislada del barrio y el resto del inquilinato, cuenta que en la parte baja de su casa, habitaban las personas que vendían tintos en la calle, y arriba cuartos con numerosas familias. Por esta razón tuvo que conocer historias de vida que la llevaron a comprender cómo y por qué mucha gente vivía en esas condiciones y en ese lugar. Por eso hoy es la negra alegre que se mete al Bronx a ofrecer los servicios para habitante de calle por parte de La Secretaría de Integración Social.

Un CENSO⁹ realizado en 1999 señala que entre los que habitaban o trabajaban en la calle en esa zona, “Se identificaron 2248 personas, censadas principalmente en las bodegas de reciclaje, en la Unidad de Atención en salud para la población Indigente, UASI (...). El 35% de las personas censadas declara que vive en la calle, mientras que el 65% dice vivir en viviendas en la zona o fuera de la zona”.¹⁰

[38]

La transformación del espacio a través de los hitos de construcción en el tiempo del barrio, sumada al abandono por parte del Estado y los propietarios de las casas que prefirieron trasladarse hacia el norte, fueron creando el espacio perfecto para la gente sin techo, y para los desplazados por el conflicto. La inseguridad, la violencia y la pobreza en muchos casos estigmatizó al Cartucho como uno de los lugares más peligrosos de Bogotá. Para este caso el Instituto de Medicina Legal en un estudio comparado entre Localidades de la capital, establece que la localidad de Santa Fe tuvo la tasa más alta en lo referente a homicidios, con 202 personas muertas por cada 100.000 habitantes para el 2003. De esa cantidad, Medicina Legal registra que sólo en Santa Inés los homicidios ocurridos ese año fueron 41. Sin embargo esta cantidad comparada con años anteriores, registra una disminución señalando que para 1999 se registraron 84, para el 2000, 142 y para el 2001, 127. Cifras que comparadas con las de barrios aledaños como San Victorino, Voto Nacional y Eduardo Santos entre otros, se constituyen en las más altas en materia de homicidios.

Sin embargo estas cifras no contemplan los asesinatos informales que sucedían allí y que se fueron quedando en los mitos del lugar, olvidando a las muchas familias humildes que hacían parte del Cartucho; personas en condiciones de pobreza, gente que tenía empleos sanos y dignos.

⁹ El mismo CENSO señala la diversidad de negocios que había en el sector: para esta época los principales grupos de actividades económicas, que representan el 90% de los establecimientos censados eran: Vendedores de alimentos, restaurantes, bares, cafeterías, papeleros tiendas, venta de artículos usados, venta de textiles, ropa, calzado; ferrerías, cacharrerías y almacenes no especializados, mantenimiento y reparación de vehículos, depósitos y bodegas de reciclaje, hoteles, hospedajes y residencias.

¹⁰ Informe Avance “Censo socioeconómico de los barrios de San Bernardo y Santa Inés”, correspondiente al contrato n. 239 de 1999.

Demolición

Para 1998 Peñalosa como alcalde de Bogotá, sometió la ciudad a un programa administrativo y un plan de desarrollo enfocado en la renovación urbana. El alcalde, preocupado por el informe de la Organización Mundial de la Salud para 1998, donde se declara al Cartucho como uno de los lugares más peligrosos de Latinoamérica, encuentra la razón para eliminarlo del Centro de Bogotá. La orden fue convertir el barrio Santa Inés, El Cartucho, en el Parque Tercer Milenio¹¹.

Así en el Plan de Desarrollo, de “La Bogotá que queremos”¹², se plantea como objetivo general, generar un cambio profundo en la manera de vivir de los ciudadanos, devolviendo la confianza a todos los bogotanos. Posteriormente se inició un proceso de desalojo de propietarios desde 1998, implementando toda clase de programas sociales y de reubicación para desocupar la zona y demoler. Con el Decreto 346 de 2003 se dio pie al Plan Maestro del Parque Tercer Milenio y se trazaron los objetivos que tendría esta construcción.

Entonces mientras unos se acogían a las medidas y se ensimismaban por la nostalgia de este proceso, otros se querían ir a la guerra. Finalmente muchos terminaron asentados en el Bronx, otros en diferentes lugares de Bogotá. Así, los habitantes del lugar se terminaron esparciendo con lo que vino a ser el verdadero fin de una común- unidad, porque por mas que se conformaron muchas ollas llamadas ‘cartuchos’ por toda la ciudad ninguna es como era el Cartucho original, ninguna tuvo la historia que tuvo Santa Inés. Para mediados del año 2002, en plena posesión del presidente Álvaro Uribe Vélez, se escuchó un bombazo... “No sabemos lo del rocket, sabemos que mató mucha gente... quedaban dos manzanas todavía y era un día de trabajo normal. El rocket cayó y pasarían dos horas para que llegara atención médica...” (Olga Pico, Entrevista personal 18 de septiembre de 2009).

[39]

11 En Santa Fe habitaba para el 2002 una población de 107,044 personas de las cuales el DABS (Departamento Administrativo de Bienestar Social) en 1998 por medio de la Estrategia de Intervención Social, calculaba alrededor de 12.000 habitantes en el Cartucho, Santa Inés. Esta cifra, contrastada con las cifras de población habitante de calle, tomada de El III Censo Sectorial del habitante de calle (2001) realizado por IDIPRON en Bogotá, arrojó una número total de 10.477 personas en esta condición para la capital, de los cuales 3.312 (es decir, el 31,6%) se encontraban en la localidad de Santa Fe, a la que pertenecía la calle del Cartucho. Sin embargo la EIS del Cartucho por parte del DABS calculó 5000 personas en condición social extrema.

12 Aprobado por el Concejo de Santa Fe de Bogotá mediante Acuerdo No. 06 de Junio de 1998. http://www.sdp.gov.co/www/resources/qjr_pd_1998_2001_pbqq.pdf



Memoria de un lugar llamado El Cartucho

¿Para qué la memoria?

[41]

En una reseña que hace Jesús Martín Barbero (2005) denominada “Paul Ricoeur: La memoria y promesa” en el contexto del caso colombiano, explica:

“El pasado no está formado sólo por hechos “ya pasados”, sino también por tensiones que desestabilizan el presente y engendran el futuro, que es el pasado aún vivo, del que estamos hechos. A esa luz la política se redefine: “emerge cuando una comunidad histórica se organiza para hacerse capaz de tomar decisiones colectivas” (Barbero, 2005, p.4)

Hablar de memoria conlleva a su vez a hablar de olvido. El olvido está en íntima relación con el recuerdo y es tan necesario como éste para la identidad social y personal (Marc Augé, 1998). El olvido permitió que se conformara el Cartucho, su realidad, su historia; a la vez que la violencia y el dolor fue necesario como una bomba de escape en un país de tantos conflictos.

Para el caso del Cartucho, recuerdo y olvido guardan una relación de interdependencia parecida a la de vida y muerte. Augé (1998) menciona que para los procesos de cambio de la vida, el olvido representa las metamorfosis de la semilla a la planta, y de la flor al fruto; por lo tanto las transformaciones no implican dejar de ser, borrar, eliminar o extirpar. Si existía una comunidad en el Cartucho debió generarse una solución conjunta para la transformación del espacio, ya que como comunidad viva seguirá y continuará creciendo en cualquier lugar.

Panorámica de El Cartucho
[Archivo fotográfico de El Tiempo]

EN UN LUGAR LLAMADO **El Cartucho**

Mientras tanto la guerra en el país no cesa y sigue generando bombas de tiempo, no existen alternativas para las condiciones de pobreza ni en la capital, ni en el país. Entonces desde nuestro enfoque, somos partidarios de la memoria como un componente imprescindible en un país donde el pasado violento, no ha pasado y por lo tanto los cambios son muy lentos. Pilar Riaño reflexiona al respecto, al mencionar las tareas de la memoria en Colombia, interrogando; “¿Cuál es el tipo de recuerdo y conmemoración que necesitamos en una sociedad fragmentada y debilitada moral y socialmente por la guerra?, ¿Cuál es la memoria que puede alejarnos de ese olvido que no asume heridas, ni las aflicciones o a los muertos?, ¿Cuál es la conmemoración que permite la reconstrucción del tejido social, que nos silencia las heridas en el cuerpo social?, ¿Pueden acaso las heridas sociales de un pasado violento sanarse sin hacer justicia?”(Riaño, 2005, p. 48).

En otras palabras, las heridas, la pobreza y los vejámenes de la miseria social que afecta a un individuo, afectan a toda la sociedad. Quizá sea ese dolor íntimo individual, el que en conjunto se vuelve una “herida social” como lo califica Doris Salcedo y lo cita Riaño. (Riaño, 2005). El dolor no es ajeno al país cuando son tantas las comunidades afectadas y por ende los individuos.

Estudiar qué era el Cartucho, tratar de hacer una memoria desde su desaparición, recopilar los vestigios y testimonios que se vivieron en ese universo, no deja otra alternativa que transportarse con los recuerdos al bajo mundo por medio de la imagen y el rumor de quienes vivieron allí, de quienes fueron sus protagonistas. Esto para poder comprobar que este lugar aparentemente ignorado por décadas, es el reflejo de un fenómeno y un proceso que se vivió y se vive en todo el país. La respuesta a tanta guerra, desidia, desigualdad social, violencia entre muchos otros factores, se refleja en la historia del Cartucho como un síntoma de una enfermedad o un mal terminal, o un mal crónico: la patología de la guerra. Esto es producto de nuestra cultura, nuestra ciudad, nuestra sociedad; en tanto nos observarnos a nosotros mismos y observamos lo que creamos con nuestras indiferencias agresivas, nuestras guerras y conflictos, surge una reflexión que nos puede ayudar a re pensar alternativas para una acción que incida en el evolucionar de nuestra sociedad.

[42]

El Cartucho, la historia desde sus habitantes

Dinámicas, sentires y atmósfera del Cartucho

“Las Ciudades son un conjunto de muchas cosas; memorias, deseos, signos de un lenguaje; son lugares de trueque, como explican todos los libros de historia de economía, pero estos trueques no lo son sólo de mercancías, son también trueques de palabras, de deseos, de recuerdos...” (Calvino, 1999, p.16)

Se necesitó recobrar sentidos y hacer que quienes vivieron allí, reconstruyeran vivencias e instintos de pertenencia para pintar con imágenes las historias y atmósferas de las que hablan, permitiéndonos configurar poco a poco este espacio en la mente, para luego, transmitirlo de manera más visual a los lectores. Mitos malversados con diversas versiones no fueron suficientes, por lo que las imágenes fotográficas y videos ayudaron a reproducir el aspecto físico, haciendo un retrato de este mundo que en un principio parecía difícil de recrear.

Los aportes, los relatos y las charlas con numerosos personajes, cumplieron con el objetivo de reconstruir y crear una imagen de la memoria de la vida, la dinámica y los fenómenos sociales más profundos de El Cartucho. No hablamos entonces de la memoria de un acontecimiento, un hecho o una persona; sino de un lugar, un espacio físico atravesado por diferentes épocas, personas y dinámicas sociales. Ese universo de nuevas formas de subsistencia, particulares intereses sociales, nuevas y pequeñas economías; otras formas de organizar el poder, diferentes usos de la materia, de la basura y el espacio físico, entre otros; la conformación de otro sistema de valores y el sistema de creencias, permitieron entender la vida, la muerte y la subsistencia desde ópticas ajenas a la sociedad clásica y tradicional de la cual creemos hacer parte la mayoría de nosotros.

La zona que comprendía Santa Inés fue siempre cercana a San Victorino, punto estratégico para la economía social de la ciudad, hoy sector aledaño al parque Tercer Milenio. Por eso, todos los que habitaron o hicieron parte del Cartucho lo recuerdan como un lugar de vital importancia. En los años sesenta, setenta y ochenta, alrededor de una bomba de gasolina, se parqueaban las flotas Águila, Bolivariano y otras que iban hacia Zipaquirá. “Con el tiempo la dinámica fue muy fuerte... todos los que llegaban y salían de la ciudad tomaban esa zona de Santa Inés como dormitorio; eso permeó la vida y la cotidianidad de la zona” (Entrevista personal Carlos Alberto Garzón 10 de julio de 2009)

Hacia mediados de la década de los ochenta, este sector pertenecía a otra historia, lo que antes era popular, comenzó a convertirse en pobreza, todo ello unido al olvido de las administraciones, que ya no se preocupaban por el cuidado del lugar, sus calles o servicios públicos, factores que determinaron la transformación radical de sus espacios. Quienes fueron protagonistas de este lugar en los ochenta, coinciden en que el hacinamiento¹³ que se vivía en las calles y en las piezas

[43]

13 El Censo Socioeconómico de 1999 demuestra que “El hacinamiento (Hacinamiento se define como 3 ó más personas por cuarto) presentado en la zona es significativamente superior al reportado en las Encuestas de Calidad de Vida (DANE, Encuesta de Calidad de Vida de 1997) para Bogotá. En el total de la zona censada, el total de los hogares en hacinamiento es el 29,7%, unos 887 hogares en esta condición, frente a un promedio en Bogotá de 9,2%. (...) Esto en Santa Inés está representado por 38,7% de los hogares, mucho más que incluso barrios aledaños como San Bernardo. De igual forma el CENSO afirma que este hecho de hacinamiento va acompañado de predominancia del “cuarto”, pues más de la mitad de los hogares viven en “piezas” o cuartos, lo cual implica que dentro de tal espacio se desarrollan todas las actividades del hogar. Es así como el 58% de los hogares viven en cuartos, siendo mucho mayor en el caso de Santa Inés (73%) que en San Bernardo (47%).” (ECONOMETRÍA CONSULTORES S.A. – SEI S.A. Informe del censo socio-económico de los barrios San Bernardo y Santa Inés. Bogotá: Instituto de Desarrollo Urbano, 1999.)



Esquina Caliente, “El Castillo” y sus alrededores. Foto Ingrid Trejos, 1993
[Archivo fotográfico de El Tiempo]

de esas antiguas casas, era inhumano. Cantidades enormes de personas ocupaban las calles, razón por la cual tiempo después la cantidad de gente taponaría las vías, viviendo, caminando, vendiendo y durmiendo sobre ellas; haciendo imposible el paso de los carros. Junto a los habitantes de la zona que se apilaban en las calles, aparecían también quienes iban a conseguir “basuco” confundidos entre aquella multitud. Quienes vivían allí, prácticamente ocupaban familia por pieza, y el índice de densidad en ese barrio era superior a otras partes de la ciudad. Las antiguas mansiones hospedaban a más de 20 familias. Los que quedaban por fuera, se guarecían bajo los aleros carcomidos, en cucullas, con plásticos por techo, cartón por piso y cama, muchas veces sin nada que los cubriera. Dormían al sol y al agua como pollos, acurrucados en hilera; muchos de ellos jóvenes, niños, mujeres embarazadas, enfermos y ancianos en su condición de habitantes de la calle.

“Las residencias tenían entre 18 y 20 piezas y como no había servicios, la gente casi nunca se bañaba. Las casas estaban desvalijadas, todo lo habían robado: el alambre, las tablas, los palos, las baldosas,

los muebles del baño; lo único que quedaba era un techo casi siempre perforado y las cuatro paredes descascaradas y sucias.” (Entrevista personal Eduardo Betancourt, 10 de junio de 2009).

“A mí me impactó mucho el Cartucho aunque ya me había metido ahí, esporádicamente en los ochentas; hacía unos diez meses entré a vender “merca”, droga, porque yo vendía también en la novena con once, en el propio corazón del Cartucho, más o menos una cuadra más abajo. Le vendía a *Bayona*, que era muy conocido, le vendía a todos estos hombres, al *descuartizador*, a un tipo llamado *Andrés*. Así conocí también *La reja* que es donde mandaba el *descuartizador número uno*, porque había dos *descuartizadores*... Cuando entré para quedarme, me impactó del Cartucho no tanto el *descuartizador*, ni *Bayona* ... porque Bayona es un asesino que podía matar en una noche, un Viernes o un Sábado mataba 8 ...10 ó..7 personas simplemente para ensayar el revólver o la pistola. A mí eso no me impacta porque yo vengo de la guerra, yo vengo de la muerte”. Cuenta Eduardo Betancourt quien trabajó como narcotraficante con Pablo Escobar en los ochentas y llegó al Cartucho huyendo para refugiarse cuando empezaron a dismantelar estas mafias.

Pero quizá al hablar de un lugar que ya no existe, lo único que queda para corroborar lo sucedido es ver la coincidencia de los diferentes relatos, de historias aparentemente fantásticas. Benjamín comenta “A mí no me caía bien uno de esos Caciques, “el Cacique Bayona” era como “el duro”, tenía muchos *soldados* que le guardaban la espalda... Ese tipo cogía con su pistola y estando en la cantina ya cuando estaba borracho, se asomaba a la puerta empezaba a ver los “ñeros” “momia” y empezaba a contar: 1, 2, 3, 4 y pum disparaba, 1, 2, 2, 3, 4 y pum disparaba y así, simple y llanamente se ponían a beber whisky a fumar porquerías y ponía sus soldados a que le cuidaran la espalda. Nadie se defendía porque era el cacique y además, todos ahí andamos ‘ahuevados’; uno consumido no es nadie”.

[45]

Según este relato, después que Bayona mataba a 5 ó 6, sacaba del bolsillo 20 y 30 “bichas” y las tiraba al aire; “era impresionante como todos los que estuvieran alrededor se abalanzaban a alcanzar alguna “bicha”... el que cogía las “bicha” tenía que llevar los cadáveres al container o mandarlos *descuartizar*.” Describe y relata Benjamín... “Él Pasaba con la moto encima de lo que fuera, personas y lo que sea...” . De esta manera Sandro complementa sus recuerdos, hablando con miedo y tristeza.

Al otro cacique o jíbaro, “Al Llanero, le decían ‘el demoledor’. Él no era ningún santo... Una vez un amigo estaba transportando una bomba (una bolsa de 100 “bichas”) y el Llanero se dio cuenta que alguien los había “sapeado” con la policía. La policía para a mi amigo, descubre la bomba y el Llanero les da 100 mil pesos para que se queden callados. Después él se voltea, le dispara a la niña de trece años que había “sapeado” y la manda a sacar para el container”. (Andrés, nombre de protección entrevista personal) Para muchos, esos tales caciques eran personas que sólo podían estar felices viendo sangre.

Mientras tanto la gente que no pertenecía al mundo del consumo o del tráfico de estupefacientes soportaba este entorno por conseguir una pieza barata en las grandes casonas que servían de



Madrugada en el Cartucho, Calle 9 con 12A. Al frente, lugar de “Los llaneros”. Foto Juan Herrera, 1999
[Archivo fotográfico de El Tiempo]

residencias cuando Santa Inés se convirtió en el Cartucho. “Me impactó es ver que en una sola de esas casas viejas de Santa Inés había 18, 20 piezas con numerosas familias viviendo... Y había muchos niños¹⁴ viviendo en esas piezas, en esos patios y a los 8 ó 9 años ya estaban consumiendo. (...) ver después que son ellos mismos los que salen a robar y son los mismos ladrones... es triste.” Recuerda Eduardo Betancourt usuario de las residencias del Cartucho, que terminó habitando en sus calles después de haber dado varias vueltas peligrosas en su vida, y quien tiempo después de rehabilitado, creó un centro de resocialización para habitantes de la calle.

Quienes vivían en estas casas sin servicios, unos dedicados al vicio y otros padres de familias o familias con sus niños, iban a unos baños públicos: “de los que tengo memoria: existieron en

¹⁴ El mayor nivel educativo en Santa Inés se concentra en la primaria con un 41% y así mismo esta zona posee un alto nivel de analfabetismo con el 19,5% según el Censo Socioeconómico por ECONOMETRÍA CONSULTORES S.A contratado en 1998 por Renovación Urbana. Allí mismo más de la mitad de la población mayor de 12 años tiene como actividad principal trabajar, un 13% estudia y un 16% hace oficios del hogar. Cerca de la mitad de la población es trabajadora por cuenta propia, un 40% es obrero o empleado. La proporción de trabajadores por cuenta propia es casi el doble en Santa Inés (64%) que en San Bernardo (39%). De estos el 50% de la población en edad de trabajar, desarrolla su actividad en la zona.

el año 87 y quedaban al frente del parque los Mártires, donde actualmente está el CAI; ahí se pagaban \$100 pesos por bañarse”. Para muchos el lugar donde vivían era un hueco, una cloaca, pero los baños públicos eran peores pues eran muy viejos, deteriorados o peor de sucios que las casas mismas. De esta manera lo recuerda Eduardo Betancourt “Yo vivía en la *Ancheta*, que al parecer fue un colegio, eso le pertenecía a *Doña Gilma* y *Moiso*. *Moiso* fue muy conocido por ser el dueño de este lugar que era una casa grande, grande y vieja, tenía unos patios centrales inmensos. Decían que había en ese patio un tanque o cisterna, esas casas tenían como una especie de fuente en los patiecitos, y en uno de esos patiecitos donde estaba la llamada cisterna, en esa fuente decían que había abajo un tanque y que posiblemente había cincuenta muertos metidos ahí.”

Esa era la historia de siempre, de todo el mundo, por eso al verse dentro de la *Ancheta*, se preguntaban, entonces “¿qué va para la cisterna?”, “¿quién va pal tanque?”. Eduardo sólo tiene un recuerdo y un sentimiento tenebroso de aquel lugar. “Me impactó que en la reja de *Andrés*¹⁵ había una especie de hueco y en ese hueco era donde metían los muertos por partes, los metían y los arrastraban en pedazos, eso era como una quebrada antigua de las que pasan por el centro de Bogotá, de esas cloacas (...) la *Reja dos*, también era tenebrosa, había dos paredes antiguas y era como una especie de túnel, ahí también metían muertos o metían secuestrados... en el Cartucho secuestraban mucha gente... eran dos paredes con su buena entrada, y ni siquiera *los tumba puertas*¹⁶ de la policía, conocían ese lugar”

El desgaste de las casas y sus fachadas, así como del pavimento de sus calles, hacía que este lugar tuviera un aspecto de ruina, especialmente las viejas casonas que no estaban hechas precisamente de cemento y por lo tanto, la forma de deteriorarse mostraba un aspecto diferente. “Esto eran unas casas hechas como en barro, porque esto no era de ladrillo sino como en barro, ¿entiende? Las calles no estaban pavimentadas, era un muladar; uno pasaba era por encima del mugre, pasaba por encima de la basura, muchas veces a uno le tocaba pasar por encima de los mismos muertos del día anterior.” (Myriam Franco, Entrevista personal 28 de julio de 2009)

No existían programas de prevención en salud sexual reproductiva, los testimonios demuestran una y otra vez la cantidad de madres solteras que había allí, la venta de niños y todo lo que se desprendía del consumo del basuco, que hicieron de este sector, un lugar variopinto y complejo. “Por la calle séptima, abajo de la carrera décima, estaban las residencias de mala muerte en donde se arrendaban por unos pesos las piezas húmedas y hediondas para “soplar basuco” y descansar de un día de delito. El Cartucho era una vorágine urbana que se tragaba para siempre a quienes cruzaran el umbral de la droga. Allá valía lo mismo un “ñero” con la cobija al hombro que un ejecutivo de corbata y saco de paño.”¹⁷ (Yo tumbé el Cartucho con la ayuda de mi Dios y una pistola, 2008)

15 A quien denominaban Andrés El Descuartizador.

16 Refiriéndose al F2 o agentes especializados.

17 Aparte del Relato concurso “La Ciudad Jamás contada” “Yo tumbé el Cartucho con la ayuda de mi Dios y una

Los artículos de periódico durante el año 93, reportan y denuncian la situación que se vivía allí y el origen de la misma, así como el incremento en la cruelmente llamada “limpieza social en la Ciudad”.

Aunque esa zona es la más conocida en Bogotá por la proliferación de indigentes, no es aquí donde se vive el drama en toda su intensidad. El Cartucho es apenas una fase del proceso que muchas veces comienza en el hogar. Entre los llamados “ñeros” hay de todo: prostitutas, delincuentes, recicladores y mendigos; duermen al lado de antiguos dueños de pequeñas empresas y ex universitarios; profesionales que terminaron consumidos por el “basuco”. La calle es el inicio del fin para quienes se les cierran las puertas del hogar. Comienzan durmiendo bajo los puentes o caminando hasta cuatro días seguidos, sin dormir y fumando basuco. La calle novena y la del Cartucho pueden ser el siguiente paso. Las posibilidades a partir de ahí son cada vez más oscuras: la carrera doce, a pocos metros del Cartucho y la carrera quince, a menos de cincuenta metros de un batallón de Policía Militar. (Navia, 1991)

El hacinamiento producía otras dinámicas: la desesperación, la miseria, la pobreza y la depresión hacían que la gente se refugiara en el consumo, produciendo una situación social peculiar y muy propia del lugar. Los valores, el sentido de la vida, el sentido de pertenencia, del amor; todo se trastoca, se cruza y se mezcla como aquellas calles, al experimentarse desde el nublado panorama del consumo.

[48]

“Muchas veces ver que allí se murieron niños porque los dejaban encerrados solos porque las mamás se iban, o porque el niño estaba echando vicio y a la mamá no le preocupaba porque solo le preocupaba su propio vicio. Entonces ver uno eso le causa un caos tremendo, pero a pesar de eso mis hijos y yo recta y en mis cosas y nunca me pasó nada”. Cuenta Myriam Franco quien tenía sus hijos en el Colegio Santa Inés y trabajaba en la zona permaneciendo en el Cartucho largas jornadas.

Todos, entre sus historias recuerdan ver muchos niñas y niños violados y en graves situaciones. Dentro de los recuerdos, Benjamín Rengifo asegura que “una de las atrocidades que yo viví y me marcó para toda la vida y cuando me acuerdo de vez en cuando me pongo a llorar. Fue ver a 4 niñas de la “jai”, “elegantitas”, entre 15 y 17 años. De buena familia, como ahí se conseguían las “pepas”, la “baretica” y eso... ellas no encontraron en ninguna parte y al parecer por eso llegaron al Cartucho un día como a las 7 de la noche a buscar su “baretica”. Yo estaba soplando arriba al pie de una bodega de reciclaje... Yo me di cuenta cuando ellas asustadas preguntaron, ¿tienen baretita? Y alguien salió y les dijo si vengan, vengan... ahí “perdieron el año” porque las violaron como 60 hombres. Porque esta misma persona salió y empezó a gritar, quien quiere pagar, acá hay “¡carne fresca!!” Ahí se desaparecieron y con una motosierra las mataron y las picaron o descuartizaron después. ¡Créame! A mi me chispé la sangre y todo”.



Compañero. Caracas con calle 10, lugar donde se hacían los “lujeros” quienes robaban espejos de carros “Compañeros en la Caracas con calle 10”. Foto Juan Herrera, 1999
 [Archivo fotográfico de El Tiempo]

Se reitera una y otra vez la idea que hemos considerado aquí: Esta no es una realidad aislada respecto de toda la sociedad colombiana, que era y sigue siendo una bomba de escape a diferentes situaciones de desigualdad social, en términos del acceso a la educación, la falta de programas sociales y un conflicto armado que sólo nos ha dejado la patología de la guerra. Diferentes científicos sociales, periodistas, personas que conocieron la realidad de primera mano lo corroboran de una u otra manera.

Entre ellos había de todo: desde el vagabundo o el pordiosero que no había terminado la escuela primaria, hasta el abogado o el arquitecto que se había graduado con honores, que había estudiado algún posgrado en el extranjero y que hablaba dos o tres idiomas. Eso era quizás lo que más sorprendía: que El Cartucho era el hogar de los humildes, sin recursos y posibilidad de comodidades, así como el refugio de los deprimidos, enfermos y aquellas personas “de bien”, que lo tenían todo y cayeron en el consumo del basuco.” Habitaban tanto los famosos recicladores e indigentes del centro de la ciudad, como una serie de personas cultas y educadas con pasados



Cra. 13a con 9. Recicladores y venta de alcohol adulterado en la camioneta, “esquina de recicladores”. Foto Ingrid Trejos, 1993
[Archivo fotográfico de El Tiempo]

y apellidos de renombre. Es decir, que era un retrato perfecto de toda una sociedad, que allí estábamos todos representados, que todos nosotros supimos tarde o temprano alguna historia de un primo o de un vecino o de un compañero de colegio que había terminado extraviado en esas calles. (Mendoza, 2003)

Desde su ventana René Coronado, durante los años ochenta, veía entre seis y siete mil habitantes de calle durante el día “y eso es hablando de habitantes de la calle, pero la gente con plata, la gente de bien, que no eran habitantes de calle también; uno los veía pasar con los mejores carros. Inclusive, ver patrullas de la policía que llegaban con gente normal, particulares, compraban (droga) y se iban; taxistas, “buseteros”, estudiantes, gente que venía a comprar para llevar y vender; y eso que era lo que yo veía desde la ventana porque como le digo, yo nunca entré al Cartucho; era la calle décima que es apenas una parte del Cartucho; pero acá se vio mucho comercio hasta el final”.

Efectivamente, en varios relatos señalan la calle diez como el lugar frontera entre el caos y la real ciudad. Mario Arturo Suavita llega a la zona de San Victorino como comerciante en los ochentas y cuenta que su primera impresión fue pensar que esa era como una zona de distensión donde nadie, a parte de los indigentes, podía entrar.

La 15, la “Ele” o el Bronx, ese lugar cercano a la Iglesia del Voto Nacional que se encuentra diagonal detrás de un batallón militar, fue inclusive olla antes que el Cartucho, y había más expendedores que tiempo después se trasladarían ahí por causa de un desalojo del Bronx. “Una vez militarizan la quince, es decir, una de las calles que forman la ele; es entonces cuando se empiezan a hacer negociaciones con la gente del Cartucho para que los jíbaros de la quince pudieran pasar al Cartucho sin problema. Hubo un enfrentamiento entre unos y otros; entre los de la 15 estaba el “Boyaco”, estaba el “Tolima”, que eran los que estaban “frentiando” para hablar con los del Cartucho, para que los dejaran entrar y trabajar a cambio del pago de un impuesto o llegaran a un acuerdo y se adueñaban de una cuadra y prometían no extenderse ni sobrepasar sus poderes siempre y cuando les respetaran su dominio, su límite”, cuenta Sandro.

Fue entonces cuando salió Bayona y con malas palabras mandó a los Boyacos abajo de la Caracas. “Ahi empezó la “plomacera”, ahí se prendieron a plomo entre ellos los que no querían salir de ahí.” Recuerda Sandro que él conoció primero el negocio en la Ele. “La policía llegó y calmó a la fuerza, nos hicieron meter al Cartucho y dijeron que... que entonces nos rebuscáramos como arreglárnoslas, como pudiéramos”. Sólo después de unas “negociaciones” según Sandro pudieron establecerse en el Cartucho.

Para los habitantes del Cartucho el sentimiento que les queda se resume en la nostalgia, algunos porque encontraban allí una forma económica de vivir y ayudarse, otros recuerdan la zozobra porque la seguridad y las órdenes estaban en manos del poder de los “jíbaros”. “A uno lo nostalgia recordar que uno siempre pasó por ahí y quedaron muchas huellas, buenas y malas, porque uno siempre que pasaba por ahí veía amistades caer en el vicio, o tal vez tirada en el piso muerta, entonces a uno no se le borran de la mente muchas cosas que vio en esa época cuando estuvo el Cartucho, pero más que todo la forma de trabajo.” (Myriam Franco, entrevista personal 28 de julio de 2009).

[51]

Economía

La capital de uno de los países con más desigualdad social, sostiene mayor gente pobre, que gente rica. Bogotá albergó y alberga gran cantidad de gente, sin recursos, sin vivienda digna, por lo que muchos de ellos en su época, tuvieron al Cartucho como alternativa¹⁸. Entonces allí vivían las personas que hacen oficios técnicos y no son reconocidos profesionalmente, como electricistas, plomeros, albañiles, jardineros, panaderos, cachivacheros, tipógrafos, gente que realizaba otros

18 El CENSO socioeconómico revela que del total de hogares, 501 hogares son dueños de la vivienda, 410 en San Bernardo, 87 en Santa Inés y 4 en las manzanas de San Victorino, 2.228 hogares viven en arriendo (el 75% del total de la zona), de los cuales 1.142 viven en San Bernardo, 1.019 viven en Santa Inés y 67 hogares en las manzanas de San Victorino. La mayoría de estos arrendatarios tienen contrato verbal, especialmente en Santa Inés (83%). (ECONOMETRÍA CONSULTORES S.A. – SEI S.A. Informe del censo socio-económico de los barrios San Bernardo y Santa Inés. Bogotá: Instituto de Desarrollo Urbano, 1999.)

oficios varios como “emboladores”, empleadas del servicio doméstico, cocineras, “arrastracables”, mensajeros, recicladores, personas que vivían del comercio informal o venta ambulante de productos; lavanderas y artesanos. Estas personas trataban de subsistir honradamente y poco a poco se fueron acostumbrando a convivir con los limosneros, ladrones, expendedores de droga y sobre todo con los dueños de estos expendios y toda clase de actividad que acompañaba este gran negocio que por supuesto se encontraba al margen de la ley.

Algo de cierto debe haber en el mito que habla del Cartucho como una de las “ollas” más grandes, violentas y peligrosas de Latinoamérica, como lo promulgó un estudio de la Organización Mundial de la Salud en 1998. Sin embargo intelectuales como María Teresa Salcedo quien dedicó cuatro años de su vida a hacer etnografía de los recicladores y por ende de su más importante punto de encuentro: El Cartucho, considera que “el Cartucho y el Bronx han sido estigmatizadas, hay ollas así en todas partes pero con fachadas elegantes, en vecindarios no deteriorados.”¹⁹. La violencia y la ilegalidad de la droga se camufla en otros lugares del país, en la ciudad, entre grandes camionetas blindadas, múltiples posesiones, compra de mujeres modelos “prepago”, fiestas interminables en los lugares más caros de la ciudad; ejerciendo la violencia con armas avanzadas así como nos lo han mostrado las historias del narcotráfico que han aquejado al país.

[52]

Pero para los que no tienen muchas posibilidades económicas para la adquisición de grandes cantidades de cocaína, el basuco²⁰ se convirtió en la alternativa y el Cartucho en su época, en el corazón de la venta ilegal de droga. En módicas cantidades a bajos precios no había pierda para que todos pudieran consumirla allí. En torno a la droga, sí se hacía real la igualdad social. Esta riesgosa actividad, por sus efectos, trajo toda suerte de actividades ilegales, como lo explica Edgar Torres, ex habitante de la zona: “era un lugar de la muerte y la muerte era un deporte.” (Entrevista personal septiembre de 2009). Desde sus propias ópticas también lo recuerdan, Wilhelm, Sandro, Carlos y Benjamín, para los cuales, el Cartucho era un lugar donde la vida costaba \$200 pesos.

En charlas informales con otros habitantes de la calle y adultos mayores que hacen proceso o tratan de subsistir asistiendo a IDIPRON²¹, se constató la existencia de prósperas empresas ilegales en el Cartucho. Segundo, un hombre de 59 años que vivió desde su adolescencia en la zona, afirma que en 24 horas el “jíbaro” de “Manguera” se podía ganar 30 millones de pesos, calculando que la ganancia tenía que ser bastante, ya que para la sola fabricación del “basuco”, tenía que invertir \$300 mil pesos en aceite de avión o hueso de muerto; \$ 400 mil pesos para asegurar que la policía no los “Sapeara”, \$100 mil pesos para la bruja que rezaba el “basuco”; y \$200 mil pesos en el empleado taquillero que vendía las “bichas” durante 24 horas. Estas cuentas a simple vista son

19 María Teresa Salcedo, entrevista personal 2 de septiembre de 2009.

20 Los diferentes testimonios explican cómo el basuco es más económico ya que es la base de la coca que ha tenido un proceso más rudimentario al prepararla aunque para otros son los sobrantes de la cocaína que junto con otras sustancias se puede rendir y así producirlo.

21 Instituto Distrital Para La Protección de la Niñez y la Juventud.

irreales en otro contexto; ¿cómo un lugar lleno de podredumbre y miseria podría producir todo esto? Debió ser una pregunta frecuente al enfrentar la paradoja de la ganancia versus la pobreza que se vivía allí. Para muchos de nuestros entrevistados ex consumidores, la respuesta está en el infierno que se vive al consumir basuco, tras lo que no queda sino el olvido del ser mismo. “Con el vicio uno le puede causar mucho daño a los seres queridos y uno ni se da cuenta. En un momento de mi juventud yo quise ser bueno y ser un modelo de ejemplo... Pero al final la vida no es como se ve en las películas” (Sandro).

Es difícil pero necesaria la descripción de este espacio abigarrado: lleno de imágenes de toda clase de gente: artistas, universitarios, habitantes de calle, niños, jóvenes, mujeres, ancianos; personas de todas las clases sociales, dándole vuelta a la manzana, haciendo una especie de fila infinita. Esta misma imagen de repente puede ser irrumpida por personas que en lapsos repentinos pueden matar a quien esté a su alcance, por una “bicha”, por una pipa, por doscientos pesos y hasta por un fósforo. Entonces, todo esto reafirma la existencia de una ansiedad colectiva e incontrolada, de una desesperación y una necesidad de basuco irreprimibles. Todo esto permite suponer que no son exagerados los cálculos para medir los ingresos de Manguera.

Los cálculos increíbles se vuelven aún más acertados al ser contrastados con reportes de prensa. “De esa zona se calcula que el alucinógeno movía allí unos cuarenta millones de pesos diariamente. Un estudio de la Presidencia de la República y de particulares halló que casi el ciento por ciento de las personas que vivían en esa calle consumían basuco”. (Navia, 1991)

[53]

Con el fin de corroborar los cálculos y encontrar otras explicaciones ante la pregunta de cuál podría ser la ganancia de la venta de estupefaciente en el Cartucho, quienes se dedicaban al consumo y permanecían en un estado inconciente, (‘momias’, como les decían) tan sólo pueden dar cuenta del precio de la bicha en ese tiempo. Otros hacen cálculos grandes al recordar las largas filas de personas o las canecas de monedas que sacaban todos los días. “Todos los días yo ayudaba a llevar muchas canecas llenas de monedas que los patrones montaban en carros y sacaban del Cartucho. En una sola jornada se cargaban hasta 60 millones de pesos en monedas de la venta de la droga” recuerda “El Cabezón.” (Yo tumbé el Cartucho con ayuda de mi Dios y una pistola, 2008)

Así se pudo establecer que el cálculo más acertado puede estar entre quienes desempeñaron la labor de “taquilleros” o vendedores de vicio que trabajaban para algún “jíbaro”. La versión de esta persona que prefiere proteger su identidad, es la de un “taquillero” de cualquiera de las bandas más fuertes y reconocidas del Cartucho.: “El día empezaba, lo primero que hacíamos... yo iba en la casa de él y sacaba el bareque, que eran 2.500 de 200 y 2.500 de 500, eso... era... entre... en dos horas yo creo que se vendían todas.” (Andrés, nombre de protección).

Teniendo en cuenta la perspectiva de los taquilleros, no se sabe a ciencia cierta cuántas eran las ganancias ya que por jíbaro había varios taquilleros y las dinámicas entre cada uno eran diferentes, además las personas que dieron sus testimonio tienen vacíos en los recuerdos

y no hacían cuentas exactas en la época; se limitaban a hacer su trabajo. Andrés afirma que la diferencia de precios en el caso del Llanero, estaba directamente relacionado con la calidad de la mercancía. Una era “gancho café²²” y otra “gancho-blanco”. Según estas cifras en dinero podía haber \$1’750.000, que según el relato, podría ser la ganancia cada dos horas, lo cual completaría en 24 horas un promedio de \$21’000.000.

Cuando yo iba donde mi patrón por la mercancía él a veces me decía... bueno, vaya mijo, ¿Ya comió? Le decía no, entonces vaya coma algo, sacaba mil pesos y tome... ¡uich! pues mil pesos, pues... ¡imagínese!! Entonces yo iba y tomaba era ponqué y chocolate... a mi el combinado no me gustaba de las casetas, entonces yo era ponqué y chocolate y no tenía tiempo de esperar a que estuviera el combinado a que fritaran ese huevo, bueno... entonces, el ponqué y chocolate pues, 100 pesos de boronas de ponqué y un chocolate de 100 y ahí mismo me iba a pregonar, invitar a la gente a decirle que esa era la mejor mercancía, que ese era el Llanero. (Andrés, nombre de protección, entrevista personal 2009).

Este testigo al que hemos llamado Andrés, da cuenta de cómo empezó en este negocio como pregonero. Por llegar joven y ser juicioso, se fue ganando la confianza de los patrones de tal manera que llegaron a confiar en él lo que a otros, les podría costar la vida si se las hubieran querido dar de “vivos”. “Una ‘pregona’ podría ser ‘Este es Llanero que les vende bueno bonito y barato para parar el aparato’ o..., - Aquí llega el ‘rompecolchones’, el ‘rompebolsillos’.”

[54] ...Después él veía de que me podía soltar más la rienda entonces me soltaba mercancía cuando... cuando... casi siempre cuando habían operativos pues me soltaba toda era la mercancía y la plata a mí, vaya piérdase con eso y... coger cinco, siete millones y perderme dos, tres horas y vivir tranquilo, el nunca me mandó a buscar ni nada... y el apenas llegaba y me decía: ¿Qué, mijo cómo le fue?.. Yo para esquivar a la policía, me metía para residencias. Claro, yo con toda esa pinta de “ñero” ¿Quién me iba a requisar? Así pasaba siempre...(Andrés, nombre de protección, entrevista personal 2009).

Con todo esto, según la versión de Andrés, “...en esa época “las bichas” eran a \$200, con un horario de 8:00 a.m. a 3:00 a.m. de la madrugada; se sacaban diariamente casi \$14’000.000 y los compradores eran mas o menos 50% habitantes de calle, 50% consumidores sociales. Quizá la cifra de ganancia seguirá incierta, pero la descripción de toda esta dinámica, espacio temporal, social, económica, nos permite comprender la atmósfera y los intereses cuantiosos dentro del lugar; y a que cuando se habla de la droga como el corazón del sector, la referencia es literal pues era el motor que detonaba múltiples actividades que trascendían lo material y espiritual. Era toda una organización social con parámetros distintos a los tradicionales: allí se vivía una guerra y

22 “Gancho” fue el apelativo que empezó a tener la papeleta de basuco cuando empezaron a venir envueltas en una especie de gancho o pinza. Por lo tanto las diferentes calidades o producidos por los diferentes Jíbaros o Caciques, llevaban siempre primero la palabra Gancho y después el color que distinguía el Jíbaro.



Sopladeros

[Archivo propiedad, John Bernal]

una competencia por la riqueza, los lugares estaban divididos en trincheras, conformadas por diferentes propietarios enemigos y contrincantes.

A una cuadra de la estación de Policía más grande del país, del Batallón Guardia Presidencial y de Medicina Legal, esas calles tenían propietarios y estaban regidas por la ley del hampa. Sus escrituras habían sido firmadas con sangre. Cada jefe tenía a su servicio hasta 20 escoltas bien armados, que tenían licencia para matar. Sólo los más temidos y corajudos formaban parte de esa elite delincuencial, que era apoyada por jíbaros, campaneros y taquilleros que atendían a miles de viciosos día tras día. (Yo tumbé el cartucho con la ayuda de mi Dios y una pistola, 2008)

[55]

Los múltiples relatos revelan la forma como las calles estaban divididas entre los poderes de los “jíbaros” que distinguían sus mercancías, marcándolas con colores. Existían también los pequeños “expendederos”: la caseta de doña Gloria en la Carrera 13 con 9ª, y otros expendios o negocios “encaletados” no tan conocidos como “La puerta rosada” o Casa Rosada en la Carrera 12 entre 9 y 8, al frente de “gancho azul”. Había también otros sitios de consumo o los lugares específicos donde se fumaba que en los términos del indigente es el “sopladero”; como “Casa Loma” en la Carrera 11 con calle 8, al frente de otro “sopladero” reconocido denominado “El Roto”. Los “jíbaros” tenían grandes poderes y parecían seres inalcanzables; casi mitológicos o de ficción.

Cada cuadra tenía una marca registrada. La carrera 12 entre calles 6ª y 7ª era de “Gancho Azul”, es decir de Luis Calderón. De la calle 7ª a la 8ª por la carrera 12, era territorio del “Rey”. De la Calle 8ª a la 9ª, por la carrera 12, era de los Martínez y se conocía como “Gancho Verde”. La carrera 13, entre 9ª y 10ª, constituía el dominio del Loco Calderón. De la calle 8ª a la 9ª, por la carrera 11, eran exclusividad de El Tigre. Cada uno de esos jefes se hacía respetar, quien los “faltoniara”, se moría. A quien sentenciaran se tenía que morir o perderse para siempre. Nadie se “pisaba las mangueras”, porque cuando ello ocurría, había guerras que se apaciguaban con muertos. (Yo tumbé el cartucho con la ayuda de mi Dios y una pistola, 2008)

Los escritos de Edgar Martínez demuestran que “los tramos y dominios en el Cartucho eran varios. Su monopolio se va tumbando, sustituyendo y traspasando, según los intereses económicos, las *comparendas* y las agallas de los distribuidores. Los subterráneos²³ eran reservados; pero estaban a discreción de los capos que gobernaban la superficie. Estos con un ejército agonizado de soldados, cobradores, *gatilleros* y sapos; disponían de los túneles, según su capricho.” (Martínez, 2009, p4)

Ligado al tráfico de la droga y la producción masiva de dinero, se encontraban dentro de esta empresa del delito, la venta ilegal y la extorsión. No sólo estaba el “taquillero”, quien como ya lo hemos mencionado vendía y devengaba por su labor; sino también al “campanero” quien ejercía el rol de vigilante, y quien tenía como prioridad avisar cuando se presentara algún movimiento extraño. A diferencia de los “escoltas”, los campaneros no tenían armas, mientras los vigilantes o escoltas que se sentaban al lado del taquillero o acompañando al jibaro, sí las portaban y su posición era de defensa. La imagen de cualquiera de ellos, era como la de un indigente; no obstante, su apariencia andrajosa, podía tener un gran revólver debajo de sus harapos. Así, en torno al mismo “trabajo”, de un tiempo para acá se instauraron los “contadores”. Según Wilhelm, eran personas con un rol diferente al “taquillero” porque eran quienes lo acompañaban y contaban las monedas con las que podían llenar grandes baldes y canecas.

[56]

En cuanto a las “pipas” que es la mejor forma para muchos de fumar el basuco; el objeto que carga todo “ñero”. “hay personas encargadas de fabricar las pipas y venderlas y eso “se vende como pan pa'l desayuno”, cuenta Sandro recordando cómo era su fabricación. Benjamín lo complementa: “hay gente que vive de hacer pipas y la venta de éstas, con palo de colombina y tapitas de gaseosas. Inclusive los policías saben qué tan importante es la tal pipa para los “ñeros” pues los policías cuando los cogen, le quitan y le rompen la pipa”. Y es que la importancia de la pipa radica en la “Terapia”: se trata de la grasa acumulada después de fumar y fumar basuco que se reduce a tal punto que se convierte en una sustancia mucho más fuerte para todo fumador. La “terapia” es a veces la causante de que la gente se pelee y se mate cuando se roban una pipa o se pierde.

Pero existían otras formas de tranzar o comprar “bichas” y éstas hacían parte de la economía de la zona, según Benjamín, era muy común acudir a otras labores para adquirirlas: “el basuco corrompe, usted sabe lo que es ver muchachos jóvenes, llevados que le dicen: déme basuco y haga con migo lo que sea...Por un “pitazo”, tanto jóvenes como niñas se venden, siempre lo que va a

23 -La vieja Bogotá en este sector estaba llena de sótanos que en su tiempo, prestaron servicio de almacenamiento y vivienda a sus dueños. Pero ahora se habían convertido en tugurios subterráneos; en laberintos unidos por boquetes, que con una adecuación básica se prestaban para actividades perversas. Los mismos lugares según su “capataz” eran usados, como salas para guardar y negociar drogas, armas, botines de robo. Para esconder delincuentes, cárcel de secuestrados. Luego de ajustar cuentas, se desaparecían enemigos o competidores.- Completa el relato escrito de Edgar Martínez ex habitante y consumidor de basuco de la zona.

interesar es consumir y consumir... Las mujeres por ejemplo se tiran en el piso y dejan que todo el mundo pase y haga lo que sea con tal de tener un cigarro en la boca o cuando no, el miembro de cualquiera.”

Es “la ley de todo por el basuco”. Entre los recuerdos de Benjamín están los que describen a algunos extranjeros cuando iban al Cartucho expresamente a encargarle a alguna parejita de “ñeritos” un niño para sacar del país. “La pareja de viciosos quedan embarazados y le venden a cualquier extranjero que venga, el niño recién nacido con tal de tener unos centavos y seguir en el consumo.” Sin embargo otras historias también narran que tal cosa no sólo acontecía con extranjeros, la morbosidad y la prostitución era tal que también se ofrecían niñas desde muy temprana edad para el comercio sexual. Niñas de siete años en adelante, adolescentes, señoras y hasta ancianas ejercían la prostitución por lo que tal actividad se podría clasificar como un medio más de subsistencia.

Todos en el Cartucho tenían historias propias por las que terminaron allí, cuenta Carlos Vargas: “Pero para las mujeres es más duro, digo chicas, niñas...de 9 años...una niña, tener relaciones sexuales con un hombre maduro, eso es impresionante... yo creo.” Así en sus recorridos veía cosas inadmisibles, como por ejemplo que casi todas las niñas fueran prostitutas.

Las mujeres prostitutas se exhibían en la séptima, en la décima y por la calle trece. “Allá hay unas zonas en donde los hombres van con 5 y 10 mil pesos para buscar los tres servicios: agua,

Edificio del “Loco Calderón” Calle 9 con Car 12°. Iván Velandia 1991
[Archivo fotográfico de El Tiempo]

[57]



teléfono y luz, eso compone... vaginal, anal y oral...” –explica Carlos vehementemente– “Las que no pueden alquilar cuartos para ejercer su trabajo lo hacen en las calles, allí donde ya no hay luz en la noche. La calle y las estructuras se pierden entre las gentes y las dinámicas que se constituyen ahí; los lugares oscuros por falta de alumbrado son usados como cuartos y de esta manera como espacio de trabajo para las prostitutas”. Sin embargo allí no se pasa desapercibido porque aunque callados, cada uno está alerta de quién pertenece o no a este gueto.

También se ejercían otras actividades o labores muy típicas de allí y a las que se refieren coincidiendo en sus versiones Sandro, Benjamín, Carlos y Wilhelm. Todos describen la existencia de “reducidores”, como se les decía a quienes se encargaban de vender todo lo que la gente les traía para revender. Pues estos lugares se convertían en el espacio perfecto de los ladrones que cambiaban cualquier cosa que se robaran para tener unos pesos e invertirlos en el consumo. Inclusive hubo quienes se dedicaban a vender “oro”. Eran pandillas que “Les gustaba ir a los cementerios y abrir tumbas a buscar cadáveres que tuvieran enchapados los dientes de oro, llegar por la noche, abrir la tumba y con tenazas le quitaban el diente de oro, la muelita o la parte necesaria para después venderla a los reducidos” cuenta Benjamín, al recordar los reducidos que se prestaban para comprar cualquier cosa.

En el lugar también prosperaron formidables negocios delincuenciales en torno a la industria de falsificación de documentos: “Lo que se oía comentar era que todo lo que se robaban en Bogotá venía a parar al Cartucho; en el Cartucho conseguía uno una cédula, una libreta militar, una factura; falsificaban todo lo que uno quisiera, toda la documentación. Lo que se robaban de aquí del sector de San Victorino, iba a dar al Cartucho y nosotros sabíamos que iba a dar al Cartucho” (Mario Arturo Suavita, entrevista personal 17 de julio de 2009). La cantidad de negocios formales e informales los obligaba a negociar el espacio para los oficios.

Toda clase de producto falsificado encontraba lugar allí, no sólo licores sino productos farmacéuticos o alimenticios. Se falsificaban etiquetas y empaques: “Yo vendía *Vaceto* por *Vaceno* y gran cantidad de marcas “chiviadas”, cuenta Benjamín y agrega: “eso como la gente no se fija o no saben ni leer”.

Las tiendas eran necesariamente diferentes, su principal venta era de cerveza y trago barato, y se sostenían poniendo al servicio rockolas y maquinitas que pululaban bajo el imperio de los caciques que en la mayoría de los casos eran los dueños de tienduchas y maquinitas de moneda. Semejantes monopolios se efectuaban no solamente por la apropiación del espacio sino también de las necesidades ludopáticas de sus clientes adictos, según las propias palabras de Benjamín.

Basta con pasar ahora por el “Bronx”, la “Ele” que se encuentra al lado del Voto Nacional, réplica del Cartucho tanto en los hechos y las actividades como en las lógicas perversas de sus usuarios y habitantes. Son cuatro cuadras estremecidas por la estridencia de las rockolas que reproducen canciones estremecedoras de un “Rap” beligerante y brutal: *“por qué siempre tienen mas los que menos lo merecen, por qué los cabrones ríen y los honrados padecen... estas son las cosas que me suceden en mi piel, los días son breves ya lo sé, la vida se consume sin querer, esta es la vida*

que me tocó conocer...”. Niños, jóvenes, hombres, mujeres, viejos, perdidos en medio de “la traba”, cantan y juegan maquinitas como autómatas. La geografía urbana ha reproducido esta realidad física y humana, a solo cuatro cuadras del ex Cartucho.

Todos esos negocios estaban en una encerrona, ya se habían organizado las casas, prácticamente ya todas las casas estaban en manos de los delincuentes, ya eran “ollas”. Los viejos propietarios ya se habían ido o los habían sacado. Usted arrendaba una casa, le pagaban arriendo 2 ó 3 meses, y al cuarto mes nada, usted venía por su arriendo y ya encontraba otro “man” que le decía ¿usted quién es?, arriendo yo no pago y “ábrase” de aquí o le voy es dando plomo”. (René Coronado, entrevista personal, 10 de julio de 2009)

Pero así como existían las tiendas de maquinitas, también eran famosas las *Rebajonas* denominadas así por el precio de la cerveza que aún hoy se consigue a \$1000, así como almuerzos a \$2000. Cuentan que era típica otra forma de conseguir plata o bichas: “‘haciendo conejo’ o robándose las botellas de la *Rebajona* para tener bichas, uno vendía la botella así sea a 50 pesos.” Cuenta Benjamín.

La muerte no sólo era un deporte o una actividad de ocio, también era un negocio. Wilhelm Orly cuenta, así como lo relatan sus compañeros que “los “*gatilleros*” eran muy cotizados, puesto que eran los encargados de los mandados, matar a alguien y cosas así.” De igual manera había hombres destinados a borrar evidencia de los muertos que aparecían por ahí, ya fuera botando los pedazos por la alcantarilla; en bolsas plásticas o en su defecto echándoles ácido diablo rojo para desintegrar todos los restos. Es más, este mismo rol se presenta hoy en día en el Bronx, en donde emplean motosierra, ratifica en una charla casual Porfirio López, actual usuario de IDIPRON y habitante del Bronx.

[59]

Alrededor de la muerte se le pagaba al que sacaba el cuerpo al *Container*, “*Los chulo*”. Ellos, entre los setenta y los ochenta, trabajaban en la puerta de salida de Medicina Legal. Cuando esta institución tenía una infraestructura caótica; se permitía que se encontraran los “ñeros” y los parientes de fallecidos en las calles. Por esto, aquellos ñeros que conocían la dinámica de la institución y su luctuosa burocracia, ofrecían sus “servicios” a los deudos desesperados que consistía en aligerar los trámites de la necropsia y los demás procesos de devolver el fallecido a cambio de alguna remuneración. Los “*Chulos*” entonces se encargaban de mirar qué cuerpo estaba por salir para decirle a la familia que ya se había tramitado todo y así cobrar su parte, por más que el supuesto trámite fuera falso.

Otro negocio importante para muchos ha sido la venta de comida, tanto para los que se alimentan de ella como para los que en sus momentos de mayor escasez, han tenido conciencia de negociar con alimentos. Este fue un oficio para Benjamín, quien en sus momentos de lucidez se encargaba de conseguir el alimento y dividirlo, calculando la ganancia de la distribución. Al parecer para esta actividad no todo el mundo era apto, pues requería estar atentos de las ganancias y las pérdidas. Al respecto, Benjamín afirma: “La gente llegaba a ofrecer las boronas de ponqué “*Ramo*”, yo las compraba bien baratas y las revendía. Yo compraba 2 y 3 bultos de boronas. El cargamento de boronas llegaba a las 10 a.m. y ya a las 3 de la tarde no tenía nada. Yo le podía llegar a vender hasta a 80 personas.”



“Container” calle 9 con cra 12a. Lugar donde depositaban los muertos. Gerardo Chavez 2000.
[Archivo fotográfico de El Tiempo]

Todos en algún momento comerciaron con comida, cada uno desde su relato afirma que son empleados de empresas los que llevan comida vencida, comida sobrante de banquetes, de restaurantes, hogares de caridad, entre múltiples figuras, cobrando a cambio algo simbólico.

Mire hermano, si usted se pone a mirar, aquí llegan entidades con un montón de comida para la gente. La gente no se la consume, la gente coge esa comida y la vende, la vende para suplirse de droga, entonces ¿quien no va a vivir feliz? El gobierno les da plata! (René Coronado, entrevista personal, 10 julio 2009)

El negocio de muchos como Benjamín era organizar la comida para venderla a todos allí: “A veces yo les vendía agrio y eso todos “embalados” ni le paraban bolas.” Sobre este tema Wilhelm Orly es el más experto ya que por mucho tiempo se desempeñó como cocinero del “combinado” y de igual forma después de salir de su proceso de resocialización, al encontrarse solo, sin familia y desempleado, tuvo que volver a vivir en el Bronx a desempeñar este cargo. Aunque las condiciones fueran diferentes; cuenta cómo “los mismo ñeros...traen en las bolsas o en cajas que ellos piden a veces en los restaurantes... entonces.. ellos traen para venderla para pues... sostener su vicio... entonces uno compra.” Así Wilhelm entra en detalle y explica cómo una bolsa grande de sobrados de comida valía entre \$1000 o \$2000 pesos y si era poco entre \$1000 ó \$800 pesos.

“Los precios para algunos alimentos y del combinado eran \$100 vasito de chocolate o de aguapanela”; \$200 pesos ó \$250 por mucho generalmente, una hoja de calentado. Eso viene con una hoja de papel que usamos como plato para poner el calentado. La mayoría de las veces usamos hojas de directorio telefónico, el calentado entonces puede valer unos \$500 ó \$200 pesos y hasta \$400 depende de quién lo vende”. (Wilheim Orly).

Existía una gama de precios según el contenido: carne, pescado, mortadela; sin embargo lo que asegura Wilheim es que con el paso del tiempo el monopolio del negocio lo fueron tomando los “Jíbaros”, al organizar todo para la distribución y venta de los alimentos. Sólo ellos podían comprarle a quienes se acercaban a vender alguna bolsa de comida. Todo esto suena paradójico y uno se puede preguntar, ¿Cuál era el interés de los jibaros de alimentar a la población? A lo que Wilheim responde “Es como... otro negocio paralelo igualmente... porque... realmente le interesa más al “jíbaro”... es tenaz... porque, si fuera que le interesara la gente pues no vendería... “bicha”... tocaría... y no rebajan de que cuánto le faltó 50 pesos, si a usted le faltó 50 pesos...de malas...y hasta lo cogen a golpes y lo pueden matar...” Benjamín refuerza la idea del rebusque al confesar que él llegó a vender chulo por pollo en varios establecimientos de carnes y restaurantes, para por lo menos obtener algo, asegura “muchos alimentos están hechos de chulo y no de pollo”.

En último recurso, el solo hecho de ser concientes de su condición como habitantes de calle, de “ñeros”, de la vida entre la miseria, los llevaba incluso a sobreactuar y dramatizar accidentes en la circunvalar e inclusive en la carrera décima. Armaban un “trancón” hacían parar algún carro en la décima o en cualquier lugar donde pasaran carros que les dieran cualquier \$2000 para comprarse unas cuantas “bichas”.

[61]

Ante las diferentes formas de robo, Eduardo Betancourt explica que “*‘El escape’* consistía en entrar a un negocio y que nadie se diera cuenta, pero después empezar a batonear.”; (“*batonear*” es arrebatar pues “*al raponeo*” le llaman así en Medellín); yo me arrebataba mi cartera ahí en la trece o en *San chopanza*. Ya a lo último no era capaz, ya me daba nervios aunque deseaba la muerte yo no quería morir así.” Entonces, el que no *raponea*, *retaca* o sea, pide limosna en la calle y en los buses con el objetivo de comprarse un basuco.

Dentro de todas las dinámicas económicas lo más cercano a la legalidad era el reciclaje. Tanto los estudios como las entrevistas, coinciden en que el reciclaje era la segunda actividad en la base de sostenimiento del Cartucho, cobijando así muchas familias.

En esa época un cartonero podía hacer \$5000 pesos diarios, con los que pagaba una pieza y si tenía mujer e hijos, los ponía a salvo. La ganancia constituía lo básico para soportar los gastos de familia, por lo tanto estaba agradecido con el hecho de que por su labor podía sostenerlos. Se constituía en un orgullo recoger la basura, recibir unas “lucas” a cambio. Y se ponía muy mal cuando no conseguía para el sustento, se ponía muy mal por no poder mantener su familia, sobre todo por su bebé y la mujer.” (María Teresa Salcedo, entrevista personal 2 de septiembre de 2009)



Calle 8 con 13, años ochenta

[Archivo propiedad de Mauricio Santa María]

[62]

En la tesis, Salcedo identifica a los recicladores como “Migrantes de la violencia del Tolima, de Antioquia, de la Costa, de los Llanos Orientales. Esto fue desde finales del periodo mas grande de violencia que se ha vivido en el país, denominado ‘La Violencia’ en los cincuenta’. El reciclaje se convirtió en un trabajo como cualquier otro que ha sido desacreditado desde hace mucho tiempo; trabajo poco organizado pero siempre objeto de maltrato para quienes en ello se ocupan.” (María Teresa Salcedo, entrevista personal 2 de septiembre de 2009)

Se conformó con ello un grupo de personas que hacia 1984 y 1987 sobrevivían de este oficio. Eran alrededor de 1000 familias, hombres, mujeres e hijos; recicladores que no usaban la plata para consumo de droga sino para su subsistencia, reciclando el 60 % de basura de Bogotá, según las precisiones de María Teresa. Pero tales actividades fueron satanizadas por la policía que les quemaba los “cambuches”; pretendiendo con ello castigar la poca destreza, y torpeza en el proceso “organizado y formal” de las basuras. Además, la policía fue apoyada por la gente que los juzgaba de sucios, dando lugar al inhumano apelativo de “desechables”. Por todo esto María Teresa hace hincapié en que “para la identidad de la gente de la calle es importante identificarse como personas al margen de la ley, por no pertenecer al sistema, por no pertenecer a los sistemas de organización estatal. Ellos hacen parte poco a poco de una resistencia nómada, anti Edípica.” (Salcedo, 2009) Y es que hasta el ruido de las ruedas de sus carretas, el traqueteo de los carruajes y el jadeo de quienes los halan, se integraron a la música de la ciudad y a sus sonidos cotidianos, no obstante, poco a poco esta labor ha ido desapareciendo.

Algunos dueños de las bodegas alternaban el negocio del reciclaje con el de la venta de estupefacientes, pero no todas las familias que vendían las basuras eran consumidoras y no todas las bodegas de reciclaje eran “ollas”. Olga Lucía Pico era una líder de los recicladores, empezó esta labor gracias a su esposo con el que se comprometió hace veinte años y quien venía siendo *reciclador* desde tiempo atrás. “Cada bodega compraba y vendía después de tener más de una tonelada de material; siempre ha sido así, ninguna empresa encarga menos de una tonelada de material...El cartón valía por ahí a \$20 pesos y una tonelada \$7.000 pesos. En ese tiempo el papel periódico se compraba a 10 pesos y se vendía por tonelada, no se compraba vidrio y la tonelada valdría como a \$ 10.000 pesos”. Indica Olga Lucía. A esta versión se le encuentran adversarios que desde su posición de observadores externos afirman que “Después de las 12 de la noche eso era como ver un panal de abejas: centenares de habitantes de calle que salían toda la noche y se regaban por toda Bogotá. Entonces ¿qué hacían por todo Bogotá? Para nadie era desconocido; tapas de contadores de agua, candados, cables de luz, de teléfono, porque a ellos les servía todo eso, lo reciclaban y lo traían y lo vendían ahí; había personas que les compraban eso ahí dentro” (Mario Arturo Suavita, 17 de julio de 2009).

Un itinerario cualquiera de una familia dueña de una bodega era, como señala Olga Lucía Pico, más o menos así: “Usted abre su bodega, nunca la cierra, o sea trabaja las 24 horas, los 7 días de la semana, por lo tanto usted tiene que criar a su familia dentro de la bodega, es su sitio de trabajo y de vivienda. El día a día era levantarse a las 6 a.m., despachar los hijos y dedicarse a comprar el material”. (Olga Lucía Pico, entrevista personal, 18 de septiembre de 2009).

[63]

Otra actividad económica realmente importante situada en Santa Inés desde tiempo atrás, fueron las tipografías o lo que denominaban papeleros. Por supuesto se trataba de una actividad con mucho más auge que constituyó un verdadero emporio, poco antes de que se popularizara el uso empresarial de los computadores. “En las papelerías uno hacía tarjetearía, el pliegue para pegar cajas, haciendo lingotes de acero que eran unas barras donde usted mandaba hacer unas tarjetas (...) sellos que con el texto que usted iba hacer se grababa ...” (Miryam Franco, entrevista personal 28 de julio de 2009).

Seguridad

¿Qué se entiende por seguridad? Fue una pregunta frecuente en las entrevistas a los 22 perfiles que frecuentamos, y en conclusión, aunque la seguridad sí está relacionada con alguna entidad de protección; en un sentido más amplio, la gente la define como la capacidad de estar tranquilos y libres, pues si esto no existe, para muchos la solución estaba en un ente de control y vigilancia. De todas las formas resulta paradójico e inaudito concebir una de las supuestas “ollas” más grandes, riesgosas y violentas del país, a pocas cuadras del Palacio Presidencial, a una cuadra del batallón de la guardia presidencial, de una Escuela Militar, dos CAIS y una Estación de Policía. Y algo más: entender que este fenómeno haya durado más de 20 años, ahora expandido hacia la 15, la Ele, también llamada “El Bronx”.

Si bien la prostitución era ilegal hasta hace un tiempo, por muchos de los fenómenos sociales que acá se han comentado: la pobreza y la falta de alternativas, ya era vox populi el hecho de que muchas de las mujeres más humildes, no tenían otra opción diferente a resignarse a vender un servicio sexual. “La Repolla” María Rosalba recuerda todo lo visto en toda una vida de prostitución en la Carrera 10 y en el Cartucho. Sobre todo no olvida que la vida como prostituta no era para nada fácil por episodios como el de los tenientes Hoyos y Fierro, quienes la llevaban a ella y sus amigas a los cerros de Monserrate, donde las hacían desnudar y en ropa interior y sin zapatos las abandonaban en medio de la nada o les disparaban para que salieran corriendo. Evidentemente seguridad para las mujeres que realizaban este trabajo no había, todo lo contrario: al parecer las entidades de control las relacionaban con la limpieza de todos aquellos que no estuvieran legalmente aceptados ante los ojos de la sociedad.

De igual forma *la Monjita*, una mujer que trabajaba con la Pastoral Social de la iglesia del Voto Nacional, y que trataba de hacer un trabajo con los “ñeritos” jóvenes del Cartucho, cuenta cómo una vez empezó a reunirlos y a tratar de organizar un trabajo con ellos, se daba cuenta que de repente los jóvenes desaparecían. “Siempre se presentó, que llegaran camiones del ejército o la policía y que sacaran un viernes o un sábado... yo me di cuenta porque yo ya tenía “ñeritos” que me acompañaban, entonces ellos ya sabían, yo les decía tal día vengo y les llevaba pan, pero yo todo les destapaba y les daba, todo delante de mí porque si no yo sabía que ellos iban y lo cambiaban, entonces no venían y yo preguntaba qué pasó, y me respondían no, es que hubo operativo, no es que se los llevaron, uno iba a preguntar por ellos y decían, no, quién sabe, es que ellos se van pero los carros siempre fueron carros oficiales sin placa, ellos sabían qué era, entonces se los llevaban, no era todas las semanas, no era todo los meses, pero sí en el año dos o tres veces pasaba eso.” (La monjita, entrevista personal 11 de julio de 2009).

[64]

Carlos Vargas en su relato cuenta que en razón a la expansión de los negocios de droga, comenzaron los operativos y allanamientos a fin de dismantelar lo relacionado con el narcotráfico. “Fueron sacando gente de ahí... se fue desintegrando el barrio Santa Inés... Después hicieron operativos dentro de los “parches”, dentro de los “cambuches”, dentro de las “ollas”.

René Coronado habla de su experiencia al arrendar cuartos en la residencia : “Yo me di cuenta de muchas cosas de policías, que se dedicaban a esperar a que alguien sacara la droga que vendían ahí, requisarlos, quitárselas y después al rato llamaban al “jíbaro” y le decían “oiga hermano, aquí cogí a fulano de tal, ya tengo tantas “bichas”, tanto “basuco” y cogían y le quitaban la droga al consumidor y volvían y le vendían la droga al mismo “jíbaro”. En esos momentos me tocaba callarme porque la policía entraba a esa casa y me decía “necesitamos trabajar”, y ¿qué era trabajar? Entrar a atracar a toda la gente que había adentro, quitarle la plata y la droga que tenían o sino los “*embalaban*”, y a mí me tocaba callarme.” (René Colorado, entrevista personal, 10 de julio de 2009)

Todos los testimonios de una u otra forma revelaron a la Policía como un ente que negociaba con los “jíbaros”, que les pedía una especie de impuesto para dejarlos allí y quedarse callados sobre

muerteres o ventas ilegales de estupefacientes, inclusive a René Coronado muchas veces le tocó hospedar a la misma policía en su propiedad para que consumiera. Todo parece un círculo vicioso infinito; la pobreza y la miseria trae desesperación; las drogas calman la depresión y permiten que el resto de la población sea manipulada por los grandes traficantes; la pobreza y el vicio produce los robos, éstos producen dinero para alimentar el consumo y así se repite la cadena.

Según Mario Arturo Suavita, comerciante de San Victorino, los indigentes en un principio se la pasaban en San Victorino. René Coronado menciona que era indignante ver cómo los atracos eran entre 10 y 15 hombres a una persona por un celular o por unos zapatos. Por todas estas condiciones de inseguridad, Suavita con otros compañeros, decidieron organizar en 1984 la *Corporación de Comerciantes Mayoristas Asociados COMAS*, “es lo que tiene que ver con todo lo relacionado con un departamento de seguridad privada en defensa del comercio y la industria del sector”. Corporación de la que Suavita es y ha sido presidente durante varios años.

Esa situación de agresividad que se formó con el Cartucho llevó a que tuviéramos que defendernos, y por eso yo tuve problemas directos con el *loco Calderón*; él decía que no golpeáramos a la gente, pero las personas que han consumido alucinógenos, son personas difíciles de dominar. Entonces a nosotros nos tocaba utilizar un poquito la fuerza, no matar, sino con bastones de mando presionar eso para que ellos no pasaran al sector...” (Mario Arturo Suavita, 17 de julio de 2009)

La seguridad por medio de la fuerza, incrementó los atracos y los robos que más que otra cosa parecían revanchas por parte de los pandilleros y grupos organizados. La fuerza trajo más fuerza. Debido a esto, los COMAS decidieron fortalecer su departamento. Finalmente según Suavita, la mejor forma de trabajar fue en coordinación con las autoridades y las entidades distritales, ya que éstas ayudaron a las capturas y judicializaciones. Por su lado la vivencia de los COMAS desde la perspectiva de los indigentes por obvias razones no es positiva.

Eduardo Betancourt, actual director de la Fundación Rompiendo Cadenas, institución para la resocialización, cuenta su experiencia de ex indigente. “Entre San Victorino y El Cartucho, en un subterráneo estaba la estación de los COMAS, exactamente entre la 11 con 10 (...) Esa cárcel era en una esquina y había un subterráneo donde habían dos celdas y un baño, allá lo llevaban a uno (...) A todos los ladrones del centro los llevaban allá. De ahí nos repartían o era para la cuarta que queda en Las Cruces, a pagar o las 48 o las 72 horas o nos llevaban para la quinta o de ahí nos podían sacar también para La Modelo” Según las descripciones la estación de los COMAS era realmente un castigo, porque además de reunir “ñeros” y “ñeras” de todo el centro de Bogotá, había dos piezas enrejadas y un baño para el castigo y control; “y recuerdo que cuando alguien perturbaba a los agentes de policía nos echaban agua desde arriba, entonces las celdas se llenaban de agua, no podíamos dormir, era el agua casi hasta los tobillos, entonces de pies o en cuclillas ahí casi dos días, horrible”.

Ante el trato de los COMAS y la Policía, continúa contando Eduardo Betancourt: “Golpeaban a todo ladrón o indigente; yo le puedo decir que eran como bandidos también, bandidos bravos

[65]

porque era gente de carácter muy fuerte porque en ese lugar en ese entonces no había lo que hay hoy en día, derechos humanos, nada de eso; eso era pata y puño y garrote “*venteado*”(…) Los COMAS nos trataban muy mal, muy mal, porque ellos tenían que cuidar casi todo San Victorino, todos los almacenes y había ladrón por esos lados”.

Una vez los comerciantes de San Victorino, cansados, se organizaron para no seguir permitiendo el robo en sus establecimientos. Fijaron la importancia de apoyarse mutuamente en caso de que robaran a cualquiera en la zona. Esto fue definitivo, los indigentes empezaron a sentirlo como un gran golpe, Eduardo cuenta la experiencia cuando recibió una de los peores castigos gracias a la organización de los COMAS:

Yo le robo a una señora por segunda vez un chicharrón... salgo corriendo por ahí por San Victorino, ella grita ¡¡cojan a ese ladrón!!; entonces salieron todos los de los almacenes y me pegaron una “pela”, me tiraron al piso, me golpearon, me dieron muy duro, tanto que yo empecé a llorar y a suplicarles que no me maltrataran más, que no me mataran de esa forma, porque me estaban dando muy duro; yo recuerdo que me levantaba, me caía, había uno que se ensañó mucho conmigo y me daba muchas patadas en el piso, yo creo que él pensaba que me había robado una plata o un reloj, yo me había robado era un pedazo de chicharrón y eso estaba tirado por allá en el piso, y a ese era el que yo más le lloraba, no me mate por favor. (Eduardo Betancourt, entrevista personal, 8 de junio de 2009).

[66]

La seguridad era relativa, aunque los principios estaban totalmente trastocados y prácticamente todo funcionaba al revés. He aquí la importancia de entrar a lo más profundo de esta sociedad, para entender las lógicas de pensamiento que operan y hacer un análisis mas veraz de los hechos .

Jerarquía social

Al preguntar a los diferentes pobladores del área cómo concebían los roles y las jerarquías sociales en ese mundo, no fueron muchas las diferencias en los relatos de éstos, ya que evidentemente sí existía una especie de segmentación social tácita. La pirámide social entonces, según el cruce e interpretaciones de las versiones recogidas plantean lo siguiente:

En la base, que estaba constituida por los más pobres, relegados e ignorados por la sociedad en su conjunto, estarían los consumidores irredentos, aquellos a quienes llaman “*Momias*”, pues el consumo los deja como atontados, como los zombis del budú. En su mayoría, correspondían a jóvenes entre los 11 y los 30 años. A estos mismos los denominaban “*peganteros*”, pues eran los mismos que aspiraban pegante Boxer y gasolina o *Gale*. La “traba” los dejaba como “momias”, corría por cuenta del coctail; aquellas sustancias sumadas al alcohol industrial que eran las drogas más accesibles. Entre ellos, los mismos habitantes de calle o indigentes, “los momia” eran llamados

Nuestras raíces.

[Foto: Daniela Bobadilla Rojas]





Ejercicio de estratificación, Wilhelm Orly
[Archivo propiedad Ingrid Morris Rincón]

“ñeros”. El “ñero” era el blanco de los “jibaros”, al que compraban con una simple “bicha” para que se encargaran de sacar los muertos al container y era por supuesto, la carne de cañón para diferentes operaciones de extremo peligro.

En un segundo lugar de la base piramidal, estaban en general las personas que habitaban en la calle, donde también cabrían los recicladores que no necesariamente eran consumidores de sustancias psicoactivas. En el tercer lugar y más arriba de la pirámide, estaba la delincuencia organizada como una forma de mantenerse y tener algún respeto en medio de tal sociedad con armas y golpes delincuenciales. Vivían en permanente peligro. Por eso para otros observadores del hecho, este lugar en la pirámide estaba disputado con los pequeños comerciantes informales al interior del Cartucho,

hombres y mujeres que se defendían vendiendo algún alimento, los de las *prenderías* y los *Reducidores*.

En un cuarto lugar, arriba, estaban los más cercanos al poder. Quienes tenían mas libertad por el consentimiento de los jibaros, debido a las enormes ganancias obtenidas en dinero o en “bichas”, y por estar dentro del circuito de comercio más importante. Este puesto era para los “taquilleros”, “campaneros” y los escoltas. Además de estar relativamente bien remunerados, inspiraban respeto en la zona. En la cúspide piramidal, se hallaban quienes tenían el verdadero liderazgo en la zona. Poder derivado de la fuerza, el dinero y la capacidad de amenaza, además de sus relaciones con el poder institucional, que monopolizaba la ganancia de la venta de estupefacientes. Ellos se adueñaban de las propiedades y generaban el terror en el Cartucho: eran los “Jibaros” o Caciques, líderes que estaban medianamente repartidos en cada cuadra y ejercían el control.

Estas cinco escalas con sus espacios intermedios, marcaban la diferencia en esa micro sociedad, generando un sentimiento de diferencia entre los y las habitantes del Cartucho.

La memoria entre ayer y hoy

Nunca antes las historias individuales han tenido que ver tanto con las historias colectivas, pero tampoco los puntos de referencia de la identidad colectiva han sido tan fluctuantes. La producción individual de sentido es, por lo tanto, más necesaria que nunca.” (Augé, 2005, p.22)

Sólo el compartir con las personas que vivieron allí, representadas significativamente por Carlos, Benjamín, Sandro y Wilhelm, permite entender y relacionar las narraciones anteriores a este acápite.

Aquí es donde se vuelve importante resaltar el énfasis que se hacía en la introducción con el interés de lograr un método investigativo que no genere necesariamente una diferencia entre el entrevistador y entrevistado, quien recuerda y quien escucha; es decir que produzca en planos de igualdad, relaciones de confianza e intercambio de saberes.

En este caso quien recuerda es el ex habitante de calle; seres que ligados a su práctica tienen unas características generales comunes. Sandro, Carlos, Benjamín y Wilhelm todos encontrados en programas de resocialización, después de ser arrastrados hacia el Cartucho, por el consumo de basuco. Y habiendo pasado por prácticas de robo y violencia, como consumidores de estupefacientes; hoy ellos mismos reconocen que tienen algunas secuelas representadas en comportamientos, ligados a la adicción, tales como la manipulación, la desconfianza y la paranoia. Se caracterizan por haber permanecido largo tiempo aislados de sus familias. Hoy se encuentran en proceso de cambio y la memoria significa para ellos un diálogo entre el pasado y el presente.

Así, Carlos, Benjamín, Sandro y Wilhelm; durante el proceso de la investigación se encontraron con el *recuerdo permanente*, lo que implicó no sólo que trataran de acordarse con detalle del proceso de su vida e implícitamente lucharan por los vacíos que inconcientemente o concientemente habían construido ante algunos dolores o quizá como puro efecto del consumo; sino también que permitieran un cuestionamiento permanente sobre el por qué y cómo terminaron en la calle.

Como se había mencionado, Jelin (2001) sugiere que hay seres humanos que “trabajan” sobre y con las memorias del pasado, para salir de situaciones de “exceso de pasado”, por medio de una repetición ritualizada, compulsión que lleva al acto, y olvido selectivo instrumentalizado y manipulado. En el plano psicoanalítico el tema se refiere al trabajo del duelo ya que el recuerdo ritualizado²⁴ puede servir como catalizador para éste. En esta medida existen casos como el de Carlos y Sandro, en donde los vacíos de la memoria son asombrosos, se confunden en los hechos

24 Aquí cabe analizar, cómo el olvido selectivo, intencionado y manipulado puede ser también inducido por transformaciones sociales como la sucedida en el Cartucho. Se debe reconocer cómo el no rastro de la realidad anterior, no va dejar que las siguientes generaciones conozcan este hito y, más importante aún, que las administraciones siguientes, reflexionen ante el rol que ellos tienen sobre los espacios marginados.

de su propia vida y parecen haber borrado etapas de sus mentes. Mientras Sandro olvidó su infancia entre los siete y los doce años, Carlos no recuerda un pedazo de su adolescencia. Así mismo Wilhelm por su parte ha decidido formar una historia con lo que él considera valioso, omitiendo pedazos dolorosos y/o fantaseando con otros aspectos.

Todo esto hace referencia a la importancia de “Aprender a recordar” (Todorov, 1998) para no intoxicarse por el abuso y exceso de recuerdos, en los que se pueden quedar estancados buscando una explicación para su comportamiento o tratando de entender algún hecho doloroso. En el plano individual, saber recordar implicaría la toma de distancia del pasado y la creación de expectativas en el presente; hechos que tanto Wilhelm y Benjamín, personas que han salido hace rato del proceso de resocialización, tienen más claro ya que son más activos en la lucha y persistencia por construir el presente.

En todo caso los cuatro tienen como expectativa de vida el futuro; pensar en éste se convierte en un polo a tierra, en una verdadera esperanza. Cuando se comenzó este trabajo a mediados de procesos de resocialización de Carlos y Sandro, fuimos testigos de la expectativa que ellos generaban por encontrar su familia, sus hijos o hermanos. Ello les permitió centrarse en las necesidades y en los sueños por encima de las culpas del pasado. Cuando Carlos encontró a sus hijos y Sandro a su mamá y a su hermano, los seres queridos se convirtieron en la razón de vivir para demostrar que podían cambiar y aportar a la familia. Sin embargo chocar con la realidad, con que no todo sería tan fácil como lo esperaban y ver cómo el pasado causa halos de desconfianza o un sinsabor en el presente, hace que ellos mismos entiendan las consecuencias del pasado: “No me puedo frustrar, si fui paciente con los jíbaros y en medio de un lugar inhóspito, ahora en mi casa no me puedo desesperar si todo no me sale como quiero”, afirma Sandro.

[70]

Lo anterior concuerda con lo que propone Jelin; la experiencia es un pasado presente, cuyos acontecimientos han sido incorporados y pueden ser recordados. Las experiencias también están moldeadas por el “horizonte de expectativas” que hace referencia a una temporalidad futura. En este punto complejo de intersección, en ese presente donde el pasado es el espacio de la experiencia y el futuro es el horizonte de expectativas, es donde se produce la acción humana. (Jelin, 2002).

Resulta relevante explicar de qué manera se entendió la importancia de la memoria que evocan los espacios en el Cartucho. Qué sectores eran los más peligrosos y qué otros eran todavía más residenciales, entre otras especificidades que dieron cuenta de la organización del espacio. A través de la Cartografía Social realizada con Carlos, Benjamin, Sandro y Wilhelm, ellos dibujaron su espacio, lo recorrieron, establecieron puntos de orientación y específicamente dibujaron en un mapa de Santa Inés, los recorridos de su día a día permitiendo entender las diferentes lógicas a las que cada uno respondía, así como las actividades que se desarrollaban en su entorno.

Por todo esto, se hace necesario mencionar cómo la *Cartografía Social* es una metodología que desde siempre ha intentado crear construcciones simbólicas de los territorios para diferentes



Sandro, Benjamin y Wilhelm Orly años después de su resocialización. Foto: Silvia Ojeda.
[Archivo propiedad Ingrid Morris Rincón]

comunidades, “(entendidos éstos tanto por el espacio como por las relaciones que interactúan en y sobre él) abriendo perspectivas para una mejor comprensión de la realidad territorial, de cómo vivimos el territorio que habitamos, y cómo construimos el futuro territorio que deseamos.” (Habegger y Mancila, 2006, p.8)²⁵ Aquí, la reflexión nos sirve para que el fenómeno no se repita en otros barrios similares. Ahora, al hablar de las construcciones simbólicas de las comunidades que nos plantean Habegger y Mancila expertos en dinámicas participativas y autores de ‘El

25 Si intentamos avanzar una definición de la cartografía social, ésta sería la siguiente: la cartografía social es una metodología alternativa que permite a las comunidades conocer y construir un conocimiento integral de su territorio para que puedan elegir una mejor manera de vivirlo. Es una forma de investigación humanista y humanizadora. Es una propuesta conceptual y metodológica novedosa que hace uso de instrumentos técnicos y vivenciales. Este tipo de mapas (en oposición con los mapas tradicionales que se elaboraban únicamente por los técnicos) se elaboran por la comunidad en un proceso de planificación participativa poniendo en común el saber colectivo (horizontal) y de esta forma legitimarlo. Es un proceso democrático de construcción de conocimiento a través de la transcripción de la experiencia de los lugares no nombrados. (Habegger y Mancila, 2006, p.8)



Alrededores del Cartucho. Empresa de Renovación Urbana
[Archivo propiedad de Mauricio Santa María]

poder de la Cartografía Social en las prácticas contrahegemónicas o La Cartografía Social como estrategia para diagnosticar nuestro territorio’, se hace referencia a las precisiones del espacio que hacen en este caso Carlos, Benjamin, Sandro y Wilhelm, al tener recuerdos y recorridos, al darle significados a esquinas y tiendas, al identificar momentos temporales de la vida con lugares específicos. Como plantea Bachelard “Creemos a veces que nos conocemos el tiempo, cuando en realidad solo se conocen una serie de fijaciones en espacios de la estabilidad del ser, de un ser

que quiere transcurrir, en el mismo pasado que quiere suspender.” (Bachelard, 1957, p. 31). El espacio en la memoria del Cartucho constituía la guía de las imágenes en el tiempo mediante un lenguaje de símbolos.

[72]

La lectura de los espacios tienden a coincidir, en aquellos que comparten los lugares, y con éstos prácticas y vivencias. El Cartucho se presenta por tanto, como un lugar lleno de espacios con significados, con experiencias, lugares “sopladero” donde las personas permanecían horas fumando, pasando una “traba”, esperando clientes que comprarían “bichas”, que harían “cruces” o “vueltas”, clientes para la prostitución... pequeños lugares donde pasaban tantas cosas y no pasaban desapercibidos, que por lo tanto tenían identidad, significación, simbología y representación. Cumplían todas las características de un “lugar antropológico” como lo denomina Marc Augé. “Cuando hablamos, pues, de memoria urbana, no podemos olvidar que las cosas nos hablan, que los muebles tienen relaciones, que el lenguaje posee sus usos privados o públicos, que la casa dispone de un umbral que marca el afuera y el adentro.” (Silva, 1992, p.21). En otras palabras, que los lugares están llenos de significados que nos hacen entendernos y comunicarnos como parte de una cultura, y su cosmogonía como comunidad.

Los recorridos realizados con cada uno de los cuatro protagonistas del Cartucho, vinculan las vidas y los espacios para una significación en el conjunto de la historia que identifica características comunes en el lugar. Resulta muy importante el entorno, el sentido de lo propio de ese contexto que los vio nacer y que influye en el ser (Augé, 2000). Existe una relación recíproca ya que una vez la imagen del entorno influye en lo que somos, nosotros también influiremos para determinar el espacio. Como diría Bachelard (1957) la casa es la persona misma, su forma y su esfuerzo más inmediato, así mismo funciona en la comunidad, el barrio o en la aldea.

Recorridos

Carlos Vargas

Durante su infancia en 1963 cuando Carlos tenía poco más de un año, el panorama del mundo para este niño fue el Cartucho: el lugar del que se bajaron del bus el día que llegaron de Duitama. Su madre desubicada en la ciudad, sin educación para tener alternativas de trabajo, terminó trabajando en el restaurante “La Pesquera” atrás de la bomba de gasolina y la parada de los buses. Las primeras calles y lugares que Carlos conoció fueron la plaza de mercado central y las calles 9 y 10.

Lo siguiente que Carlos recuerda es la edad entre los 7 y los 11 años, como una época de soledad ya que se la pasaba escapándose de la casa por el maltrato físico que recibía y rebuscando en los lados del Cartucho y la Plaza de Bolívar. Recuerda cómo por la décima había un Teatro, el Teatro “President”, importante y reconocido donde la mayoría de gente vio clásicos del cine. A este lugar Carlos llegaba para otros menesteres: “En el President, si no era durmiendo, “soplando” y sino, como ponían películas pornográficas... cuando entraba yo, como era menor de edad, yo pagaba más para que me dejaran entrar... más adelante viviría en las instalaciones del cinematógrafo.”

Carlos como un transeúnte más entre ríos de personas, compartía esa relación de espacio y sujetos, a su manera; desde el mundo que le tocó vivir. Tal era el entorno de Carlos: un universo urbano de transeúntes ocasionales, anónimos e indiferentes que se cruzaban con él entre los muros de unas casas antiguas y muchas personas en su misma condición, buscando comida a precios accesibles, o refugios. Rutinas que de alguna manera volvían la opción de quedarse en el Cartucho, una realidad.

“La carrera once era una zona residencial... habitantes de viviendas...también habían otras zonas residenciales...” Con el paso de los días y los meses, Carlos fue viendo cómo la droga invadía otras zonas hasta que Santa Inés se convirtió en una zona de expendio.

“Recuerdo cómo en cuadras como la novena, habían negocios fachada como las panaderías y los garajes de reciclaje, para el expendio de droga. Ya después descaradamente, la gente empieza a sacar los productos a la calle, como una plaza de mercado...¡eso sí fue un cambio tremendo!” Este fue el panorama que él visualizó al llegar de Cali a donde se había escapado por culpa de su padrastro y el maltrato en la casa. En Cali, hacia 1973 tuvo toda clase de experiencias: además de ser violado, tuvo su primera novia quien le enseñó a robar y a consumir “pepas”...A esta compañera la dejó olvidada luego de un accidente de tránsito con el fin de huir de la policía.

De Cali pasó a vivir en Medellín donde siguió su carrera delincencial. Se enamoró, lo metieron a la cárcel y perdió su primer hijo; hechos que lo llevaron a sumirse en el basuco. “Al llegar a Bogotá, en la esquina de la carrera décima con calle novena, es que yo empiezo mi carrera delincencial, porque yo empecé a robar por esos lados. Yo vivía en las calles aledañas del Cartucho...” Vivir en la calle empezó a ser una forma de percibir y observar el entorno.

No había rutina; cuando se le pregunta por el transcurrir de su vida diaria, Carlos intenta establecer un horario de las actividades cotidianas en esa época y descubre que, “un día típico

[73]

era... me levantaba a las 1, 2, 3, 8 de la mañana...no tenía un horario estable...ni para las actividades delincuenciales ni para lo que se relacionaba con trabajos...lo mismo que yo no tenía una disciplina para los alimentos... yo buscaba en las canecas, pidiendo en los restaurantes, y dormía en diferentes puntos... no se podía hablar de una rutina..." En la calle no existe la organización del tiempo a la que está acostumbrada la mayoría de la gente integrada al arquetipo ciudadano.

Cómo puede describirse una rutina en medio de tanta gente, hacinados uno al lado del otro, en la venta y en la compra de las "bichas", "soplando", negociando, "haciendo vueltas"; cómo imaginar un lugar en donde la ley es estar ciego, sordo mudo, donde los hechos suceden en plena luz del día y son evidentes.

Los días para él pasaban entre sus "vueltas", "soplar basuco" y hablar con los que se topaba por ahí "soplando" o "comprando", pues él era lo que ellos denominan "Casa sola", un tipo de habitante de calle que no le gusta integrarse por la paranoia y el miedo que produce el basuco; sólo entablaba conversaciones pasajeras con transeúntes: "...Cuando yo me reunía con "el parche" a hablar, así fuera en estados de consumo, descubrí como casi la mayoría de las personas que estaban allí, que ahí nos encontrábamos por maltratos y malas experiencias, y mas o menos un 20% por otras cosas".

Carlos hacía uso de los servicios de las prostitutas que se encontraban por la calle 7 o sobre la carrera 10. "También hice el sexo en la calle, pero eso fue en otras situaciones, arriba de la décima en la partes oscuras desde las 10 p.m. en el piso de la calle... y uno pasa por ahí y como uno lleva mil ó 2 mil pesos, el sexo mas fácil que es el sexo oral... esa plata la usan para la droga..."

[74]

Adulto ya, convertido en un hombre mayor en el año 2000, después de dar muchas vueltas por todo el país y varias iglesias cristianas, vuelve de nuevo al Cartucho y adopta otra rutina de subsistencia. "Un recorrido típico era que yo entraba por la novena y bajaba... veía muchas cosas y bajaba hasta el container, me parchaba en un andén y por ahí se me iba "pegando" otro compañero (...). De un momento a otro, me pedían un cigarrillo o un "pitazo"...pero yo no consumía pipa, yo consumía era "canillo", eso quiere decir, "armarlo" como un "bareto", se le echaba marihuana, "basuco", un picadillo lo que llaman el "diablillo" y "*pistolo*" (cocaína y basuco).

Carlos por medio de la traba de basuco se ponía hiperactivo y "caminándola, caminándola", subía por el lado de la antigua Plaza de mercado y ahí se desempeñaba como comerciante, reciclando ropa y vendiendo zapatos. "De ahí, yo seguía para "cincohuecos", para el lado de la plaza España, pero siempre volvía a El Cartucho porque yo conocía esa zona desde niño... me la pasaba andando. Así hasta que un día se cansó y ya cuando ni las iglesias cristianas que lo habían apoyado le fueron suficientes, acudió a los servicios distritales de atención al ciudadano habitante de calle, quienes lo ayudaron varios meses durante el 2009.

Benjamín Rengifo

Benjamín Rengifo por su lado recuerda que de pequeño durante los años sesenta, su papá lo llevaba como compañía al Cartucho a visitar amigos y negocios. Él había pertenecido a una de las



Benjamín en un recorrido por lo que fue su barrio.

[Archivo propiedad Ingrid Morris Rincón]

[75]

bandas de atracadores más importante de los cincuenta y muchos de sus compañeros terminaron viviendo allí. Siendo el quinto de 9 hermanos, aunque se desempeñaba intelectualmente bien en el colegio, desde pequeño se caracterizó por su comportamiento violento. Ésto, sumando a la frustración engendrada en la pobreza y el desamor de su esposa, como las peleas con su padre, lo llevaron a refugiarse en el pordioserismo, la delincuencia y el consumo puesto que tendía a tener un comportamiento bipolar. Estas situaciones determinaron su llegada al Cartucho en cuyos alrededores vivió, casi siempre huyendo de la ley, por más de 15 años.

Todo empezó a los 22 años, cuando después de haberse ido de la casa decidió vender basuco en Kenedy, su barrio. “Al principio yo no necesitaba meterme mucho allá para conseguir mis “bichas”. Por el CAI sobre la carrera décima con novena, subía tres, cuatro casas y llegaba donde la señora Gloria. Ella me daba 6 por 1000, yo le compraba 10 mil o 20 mil pesos” cuenta Benjamín.

A los 34 años, un hermano que tenía un concesionario, un buen día lo encontró por la calle; barbado, sin dentadura, sin papeles, ya como todo un habitante de calle de Kennedy. La impresión fue tanta que le dio la oportunidad de cuidarle un concesionario. “Mi hermano fue “Elegante” porque él me encontró, barbado, sin gafas, sin dientes, sin Dios, sin el diablo, sin familia y sin el putas... y así me dio trabajo.(...) Cuando me propuso si quería cambiar, yo le dije que sí convencido, y solté el costal. Y mi hermano me llevó a su concesionario al pie de la cien.” Pasaron quince



Teatro Ayacucho.

[Archivo propiedad Ingrid Morris Rincón]

[76]

daba miedo pasar por la Caracas, por la décima, me daba miedo que me cogieran. Me la pasaba en una “olla” “soplando” todo el tiempo. Duré un año haciendo el recorrido detrás de todos los “sopladeros” y cinco meses sin bañarme. (...) Para ir donde “doña Gloria”, muchas veces tocaba caminar encima de los cuerpos muertos....” Después de ir donde la jibara, se internaba en el Cartucho consumiéndose las “bichas” que había comprado, tomando en tiendas y escuchando tangos en los “monstruos” o rockolas; otras veces le daba por jugar maquinitas con las monedas y según el día y el estado de ánimo, se iba a la plaza a comer y a comprarse ropa de segunda, cambiando entonces totalmente su apariencia. “La placita era muy importante para mí por esto, porque era el lugar donde podía cambiar momentáneamente.”

“Esa rutina de venta y múltiples actividades del Cartucho, se acabó cuando después que le pegué un balazo a un “Cacique” y me tocó salir de ahí o meterme antes por la calle de la muerte sin que me “pillaran”. Así fueron nueve meses en los que me tocó huir y refugiarme.” De ahí se fue a la olla de “cincohuecos”. Después de refugiarse en diferentes ollas decidió pedir ayuda en un centro de rehabilitación denominado “Vida libre”.

Wilheim Orly

Wilheim, después de haber perdido el único familiar que le quedaba, en el desastre de Armero (1985), llegó huérfano a Bogotá y en búsqueda de un lugar no muy costoso para vivir. A la edad de 8

días y Benjamín cuenta lo contento que estaba de no tener síndrome de abstinencia; sólo debía ser disciplinado para cuidar el local y toda la plata que allí se guardaba. Sin embargo, ese mismo día, luego de mirarse al espejo y dar palmadas de alegría, empezó a sentirse desesperanzado y sintió todos aquellos síndromes físicos propios de la abstinencia... No pudo controlarse y se llenó de rabia; sustrajo la plata de la caja, salió corriendo y dejó la puerta abierta... Así huí hasta ver la noticia por televisión, pues al dejar la puerta abierta se robaron los carros que estaban allí. A él lo sindicaron del robo.

“Durante la primera época como habitante de calle, recién llegado al Cartucho, como estaba huyendo, me

años, es recibido en un inquilinato del Cartucho a cambio de hacerle mandados a la dueña.

“Yo me la pasaba rebuscando y haciendo mandados, ahí uno tenía que ser juicioso y atenerse a lo que fuera.” En medio de la soledad creció y tal vez a los golpes tuvo que entender cómo funcionaba la vida. “Cuando era niño, no le veía malicia a las cosas; mi primer contacto sexual no a la fuerza fue con un niño que tenía siete años igual que yo, el segundo a esa misma edad pero con un muchacho de 21 años más o menos, que abusó de mí pero no me maltrató. Nadie supo eso, yo en esos días hacía las cosas como un servicio porque me pagaban, él me regaló monedas y yo no le vi malicia, yo acepté. Así mismo en ese inquilinato, había personas, muchachas jóvenes también que les gustaba que las tocaran. Para mí era como un juego, me gustaba tocarlos”.

Su alimento era conseguido en IDIPRON, donde le daban desayuno, almuerzo; lo dejaban bañar y lavar la ropa además de invitarlo a talleres. Wilhelm recuerda este lugar con aprecio, pues allí

los espacios físicos le permitieron descubrir su homosexualidad y la supervivencia como meta del día a día. De igual forma, sin familia, estudió gracias a una profesora que conoció y lo ayudó a entrar al Colegio Manuel Elkin Patarroyo, y a conseguir un trabajo para arreglar alarmas en un taller. Su recorrido entonces era salir de la casa e ir hasta La Perseverancia a estudiar. De ahí al Eduardo Santos al taller y llegar tarde a la casa. Cuando llegaba a esa hora, todos los “parches” reunidos alrededor de su casa lo molestaban mucho, le tiraban piedras y trataban de “sabotearlo” por todo lo que hacía, presionándolo a fin de que probara el basuco y otras drogas.

A los once años, dada su disposición y gusto por el arte y contando con su capacidad de “rebusque”, terminó presentándose en la Escuela de Ballet Clásico del Instituto de Cultura y Turismo. Una vez pasó las pruebas de admisión, empezó los primeros cursos gratis, y luego, entre los doce y diecisiete años, permaneció gracias a una beca. Así, dentro de sus recorridos varias veces a la semana tenía que salir al Teatro Jorge Eliécer Gaitán donde tomaba sus clases.

Sin embargo, las compañías sentimentales fueron la causa de tristezas y frustraciones. Por eso los desamores, la soledad y el mal trato lo deprimieron bastante y en plena adolescencia, recayó



Wilhelm Orly recorriendo el parque Tercer Milenio y narrando su historia

[Foto Silvia Ojeda]

muchas veces en el consumo que se convirtió en catalizador de la tristeza. “Yo caminaba las calles por las noches hasta la madrugada (en el año 98); cerca al parque Nacional vendía “perico”, cigarrillos, había mucha vigilancia de la PM”.

A los 17 años en medio de una vida que poco a poco se desorganizaba con el consumo frecuente de sustancias, fue expulsado del grupo de Danza, fracaso que le hizo caer en el consumo total. Desde entonces los lugares que siempre había visto de lejos y siempre se había negado a permanecer y entrar, dejaron de ser un mito para él. Las “ollas” se volvieron el lugar más frecuentado, en donde consumía desafortadamente. Alguna vez según cuenta fumó 38 “bichas” y deambuló por toda la ciudad inconciente.

Su “parche” empezó a reunirse en “El Castillo”, ahí soplab y subsistía vendiendo material reciclable en las bodegas. Parte de la ganancia la invertía comprando las bichas en Gancho Azul para terminar en la casa de amigos en las residencias de la 12 A.

Sandro Camacho

Sandro también viene de una familia humilde y trabajadora; mientras su mamá trabajaba como cocinera y su hermano de policía, su padre que también vivía de la venta ambulante de aguacates, era quien más le prestaba atención y le consentía de vez en cuando. La soledad, la frustración ante la pobreza, el entorno, su vivencia cerca al barrio Apogeo; la ansiedad de querer estar a la moda en la época billi y la influencia de los “chachos” del Colegio Inem de Kenedy, indujeron su inconformismo y la tendencia a probar sustancias psicoactivas. Sin duda no supo manejar la muerte súbita de su papá. La pena fue tanta que permitió que el consumo lo absorbiera y que finalmente terminara su adolescencia en el Cartucho, por allá en la década del setenta, donde vivió alrededor de diez largos años.

[78]

A los 16 años, Sandro empezó a frecuentar la “Ele” para comprar marihuana para su consumo personal. Después empezó a vender “Basuco” y con esto comenzó a “jibariar” en Kennedy, haciendo recorridos intermitentes entre la Ele y su casa. “Una época me la pasaba entre la casa en Suba y la L en la 15, tuve una mujer que tuvo mi niña. Pero estaba tan mal que no era capaz de darle teta. Yo traté de hacerme cargo de todo y llegué a la casa con ella. Un día, mientras yo hacía alguna vuelta, ella se fue... Con el tiempo supe que la niña la vendieron a una pareja de venezolanos”. Sin embargo el mundo de consumo en el que él vivía hizo que esto no lo afectara tanto y siguiera su camino. Para esa época Sandro ya había empezado como “campanero” en la “L”. Repartía su tiempo avisando, mirando que ningún intruso entrara por la puerta de su “taquilla”.

Varias veces su mamá intentó internarlo en lugares de rehabilitación o mantenerlo en la casa, pero para la época, ya era un caso perdido. Los intentos y las frustraciones lo hicieron caer por completo, y aunque luego quiso retornar a la casa, su mamá le dijo que era tanto lo que él la había hecho sufrir, que prefería que se fuera. Fue entonces, desde el año 94, cuando se internó en la “Ele” y posteriormente en el Cartucho.



[79]

Callejón de la muerte con cambuches.

[Archivo propiedad de Camilo Santa María]

En la Ele, trabajó con “Quintopiso” o “Morado” y después en “Puerta Café” con los llaneros en el Cartucho. Allí llegó por un “campanero” que se llamaba Villegas. Gracias a él, Sandro conoció a los llaneros y empezó a ser vendedor o “taquillero”. “Diumar traía mercancía de los llanos con sus hermanos quienes se adueñaron de la cuadra desde el Container hasta la esquina del ‘Callejón de la muerte’. En el ‘Callejón’ quedaban: ‘Puerta blanca’, ‘Puerta Café’, ‘Puerta Roja’ y ‘Puerta Negra’. Para Sandro, era evidente que el espacio lo caracterizaba la zozobra y el conflicto. Percibía los espacios como si fueran trincheras de propiedad de cada uno de los bandos, de cada uno de los “jíbaros”. Como taquillero Sandro duraba jornadas del día vendiendo en la misma esquina y de vez en cuando saliendo a recoger la “merca”. A diario se exponía a que le robaran y tenía la tentación permanente de coger plata de las ganancias para consumir “vicio”, sin embargo los “jíbaros” valoraban la lealtad a toda costa. Esta labor implicaba pertenecer a un comando o tropa, es decir que como todos los jíbaros estaban en conflicto, trabajar para alguno de ellos significaba tener enemigos soterrados. Permanentemente se veían hostigamientos, enfrentamientos y venganzas.

“La Taquilla”, donde Sandro instalaba el “bareque” o “chaza”, era en la novena, frente a “Casa Rosada”, que era el puesto de Bayona, su principal contrincante. De esta manera transcurrieron para Sandro los días hasta el año 97. Un día, en medio de la rutina, le tocó, como muchas otras veces guardar la plata. “El producido era mucho y yo me lo guardé como pude en las medias y todas partes; estuve despierto pero ya después el cansancio de “la traba”, no me daba, así que me quedé dormido y cuando me desperté, mi patrón me había mandado buscar y yo no tenía el producido... Eso me costó que me rompieran la cabeza con la pistola y me lanzaran por una ventana”. Desde entonces, después de recuperarse en la clínica y sufrir otros accidentes, Sandro decidió empezar una nueva vida.

Puntos de Encuentro

A la luz del concepto del “Lugar Antropológico” se entendieron las historias de Carlos, Wilhelm, Benjamín y Sandro. Ahora pueden determinarse diferentes lugares de cruce y espacios importantes alrededor de sus vidas.

Existen configuraciones de espacios diferentes como: “El “parche”, (en cuanto espacio) conformado por varios miembros, personas en una misma situación que por lo general se apropiaban de una esquina o un lugar físico; habitantes de calle, consumidores o ladrones, se reunían e intercambian datos, se apoyaban y se cuidaban entre sí, ya que se consideraban en condición de peligro. La reunión de gente conformada por “parches” eran frecuentes en los caminos, los “sopladeros” y en donde uno menos pensara, las pandillas de atracadores se reunían “en parche” también para hacer “la jugada”. Por su lado los “Cambuches” eran su espacio habitacional, conformados por pedazos de telas y cartones que eran prácticos de acomodar y llevar en el costal al hombro. Esta estética de la calle grisácea, sucia, de colores ocres, entre cartones, costales y papel periódico, se convirtió en un elemento de identidad entre ellos. Es más, hoy cuando están tan lejanos de dicha realidad en la que vivieron muchos años, estos elementos son identitarios y les recuerda con tanta fuerza el consumo, que produce lo que ellos denominan “regresión” es decir, la atracción al vicio de nuevo.

Al hablar de vivir en la calle, podemos describir la calle, casi como la contradicción del concepto de Espacio “público”. El habitar en la calle lleva consigo el hacer “propio” ese espacio público por medio de “la dormida” del “parche”, que en la práctica no es otra cosa que vivir en la informalidad y la ilegalidad, como isla en medio de la legalidad. Así por ejemplo, la relación espacio – tiempo, al sobrellevar la informalidad sobre la rectitud de una sociedad que funciona al compás del arquetipo ciudadano, implica que en medio de ese orden establecido de sentidos y visiones, sea otro el ritmo con el que se organiza el día en el aparente, mismo espacio. Allí, donde todo el mundo corre, trabaja y vive rutinas; (la vida citadina de la producción), donde el tiempo no es otra cosa que otra forma de nombrar el dinero, cruzan en alto contraste, las personas que viven en la calle: viven en lapsos de tiempo incuantificables.

Se pierde el sentido del tiempo y el espacio cuando el “susto” o “basuco” acelera el ritmo, produce paranoia, distorsiona el entorno, crea vértigos y produce una imagen ficticia de la realidad. Sandro

Menciona la ocasión más larga en la que duró fumando; fueron diez días y terminó por la Caracas hablando por celular con su hermano, contándole que estaba muy mal pero que al pasar la calle cuando casi lo atropella un auto, se dio cuenta, que no tenía nada en la mano y que todo había sido producto de su imaginación.

Para todos en sus historias y bajo las más diversas formas, existe la constatación de los “lugares ícono”: la Plaza de Mercado, por ejemplo, por los servicios y porque era económica. Por su parte Benjamín la recuerda con cariño porque con \$2000 pesos ya se compraba una “pinta” que le gustaba. Para Carlos fue el lugar donde pudo vender alguna ropa usada y “hacerse a unos pesitos”. El container fue también importante para todo aquel que vivió allí porque presenció, el uso de éste como cementerio – botadero. Así, para Benjamín era símbolo de dolor y lo relacionaba con un sarcófago lleno de muertos; a Wilhelm le daba miedo y pasaba por ahí con respeto. La tienda de “Los Carrillo” y las “Rebajonas”, eran los lugares para tomarse las cervezas, compartir pesares, poner música y desahogarse. Pero mientras para Sandro era el lugar para poner a jugar las monedas, pues eran típicas con sus filas en torno al lugar, perdiendo y ganando plata, para Benjamín era más común ir a la tienda con la idea de escuchar “tangos” porque a pesar de lo nostálgicos, lo hacían feliz.

La identidad y la permanencia a veces era tanta en los lugares, que fue allá donde ocurrieron ciertas reciprocidades que se niegan pero se complementan, en medio de la anarquía, libertad y el surrealismo que vivían unos, otros sentían el temor de la opresión y la fuerza de los que gobernaban la zona. Si unos luchaban para salir de la humilde honradamente otros a la par lo hacían por medio de la ilegalidad. Es fácil observar cómo a veces la dejación de las personas se reflejaba en las estructuras, en la dureza de la zona, en los excesos; por esto también se tornaba invisible la presencia de personas trabajadoras, vivaces, humildes y honradas que compartían el mismo espacio; personas como Yomaira, Wilhelm, Myriam entre otros pequeños trabajadores de la zona. Los recicladores por su parte, como menciona María Teresa Salcedo, tenían su unidad familiar en torno al carrito de “balineras”; como vivienda y material de trabajo.

Por otro lado vale la pena ahondar la idea de Silva de la unión de los recuerdos de infancia con los recuerdos de la urbe. Identidad que crea un lazo, una nostalgia con las primeras imágenes. Es lo que en el caso de Carlos Vargas le permitía ir y volver siempre al Cartucho, con el sentimiento de sentirse en casa. Cosa semejante ocurría con Wilhelm cuando sentía que era allí donde era acogido en medio de su orfandad, razón por la que aún hoy sigue yendo al Bronx pues lo recuerda al encontrarse con sus amigos. Benjamín se acuerda del Cartucho como el lugar donde el papá lo llevaba de pequeño; un espacio que nunca fue ni ajeno ni lejano, sino muy familiar y bastante cercano: el lugar que escogió como refugio ante el peligro. Esto puede estar ligado a lo que propone Gaston Bachelard “todo espacio realmente habitado en esencia lleva la noción de casa” (1957, p.28), porque, su funcionalidad está mediada por procesos de reminiscencia y morada incalculable del pasado imperecedero. No se trata de un espacio geométrico, sino de un espacio vivo y vivido.

[81]



Vale la pena comparar los ritmos de vida de Sandro y Wilhelm Orly, tan diferentes que tienden a observar el espacio de dos formas distintas. Mientras para uno, este barrio era casi un campo de guerra dividido en trincheras, para Wilhelm, el mismo espacio estuvo marcado por los diferentes acontecimientos sentimentales que le sucedieron allí, y las parejas que le pagaron mal.

Memoria Visual de ayer y hoy

¿A dónde y cómo irían a dar todos y cada uno de los habitantes que vivían en las calles del Cartucho? Es una pregunta con muchos vacíos en sus respuestas. Es una legión innominada constituida por niños, ancianos, mujeres que llenaban las calles del antiguo lugar, impidiendo el paso de los carros; de jóvenes hacinados, provenientes de muchas partes, dueños de tantas historias tristes, como el consumo o el tráfico de drogas. Nadie sabe los senderos de vida de los ñeros, la gente sin nombre, sin casa, sin ley. Esos “nadies” que como bien diría Eduardo Galeano, *“no son seres humanos, sino recursos humanos. Que no tienen cara, sino brazos. Que no tienen nombre, sino número. Que no figuran en la historia universal, sino en la crónica roja de la prensa local. Los nadies, que cuestan menos que la bala que los mata. (...)”*²⁶

El Parque Tercer Milenio es un hecho. Si bien el Cartucho fue totalmente derruido y demolido, los barrios en deterioro que los circundaban siguen ahí y allí mucha gente se refugió. En este texto a través de las vidas de Sandro, Carlos, Benjamin y Wilhelm, podemos seguir algunos rastros y tener una idea de qué le ha pasado a esta población. Ellos representan lo que la institución denomina “re socializados”, que una vez en el mundo de sobriedad, luchan día a día para no recaer en el consumo, con la ambivalencia del hoy y el ayer y la pelea por olvidar los recuerdos que parecen sueños, entre las alucinaciones de los estupefacientes. Una vez en la sociedad tradicional, intentan rehacer su vida, sin profesión ni experiencia, convertidos en seres invisibles para el mundo laboral.

“El hoy” de Sandro, Carlos, Benjamin y Wilhelm, está marcado por el dolor de algunas experiencias vividas, por un tácito sentimiento de discriminación y por el resentimiento de haber sido juzgados al pertenecer a un lugar reconocido por su violencia; el determinante de su estigmatización. Todas estas razones justifican el propósito de recuperación de la imagen que hace parte de este proyecto, buscando la mejor manera de recoger aquel momento, su cotidianidad, su entorno, sus logros y fracasos contrastados con los lugares que ahora conforman aquel espacio, y las reflexiones que suscitan frente al pasado. Una imagen permite mostrar inclusive aquello de lo que no somos concientes con la mirada rápida de nuestro ojo acostumbrado al día a día de la vida cotidiana. Por el contrario, esto no sucede con el ejercicio de la fotografía, en el que al encuadrar y enfocar lo que se va a fotografiar, se es conciente de lo que está sucediendo al otro lado del visor; lo que se quiere incluir o no en la imagen. Por tal razón, el momento en que empuñamos una

²⁶ Poema “Los Nadies” de Eduardo Galeano.

cámara y la acercamos a nuestra vista para observar fragmentos de nuestro entorno, se produce una aproximación más reflexiva y conciente.²⁷

La fotografía proporciona el medio de disolver la realidad sólida y compacta de la percepción cotidiana en una infinidad de perfiles fugaces como imágenes de sueño, de fijar momentos absolutamente únicos de la situación recíproca de las cosas, de captar como lo ha demostrado Walter Benjamin, los aspectos imperceptibles, en tanto instantáneos del mundo percibido (Bordieu, 2003, p. 138)

Así fue como los ejercicios sobre la imagen y los talleres de composición fotográfica, fueron fundamentales para explorar recuerdos y sentimientos de Carlos, Wilhelm, Benjamín y Sandro, quienes por su medio crearon narraciones gráficas, se permitieron escuchar y ser escuchados, se empoderaron de su historia y su realidad. Participaron, influyeron con sus ideas y lograron la incidencia de su pensamiento a lo largo de este texto. Como los mismos participantes lo han definido, pensar en la imagen es aprender no sólo a ver, sino a observar, a mirar más allá.²⁸

La población del Cartucho así como los ñeros o habitantes de la calle, de alguna u otra forma viven el rechazo por marca del sitio del que vienen; el dolor de la violencia y el duelo no sólo de compañeros sino de la pérdida de su propia vida, consumida en el consumo de estupefacientes. Por esto, al plantear la fotografía como un proceso reflexivo, que sana conflictos y rencores, que cuestiona y enfrenta al artista, es lo que hace que Carlos, Benjamín, Wilhelm y Sandro se involucren en esas dinámicas, y encuentren otras formas de ver y expresar su vida, su pasado y los sentimientos que a veces se hacen confusos para ser expresados. Así lo señalan también otras experiencias como las de las comunas de Medellín recogidas en el libro “Arte, memoria y violencia” de Pilar Riaño, Suzanne Lazy y Olga Agudelo. En éste las autoras proponen que “los actos de ver hacen parte de la experiencia estética que tiene lugar frente a la obra de arte pero también frente a las experiencias de muerte, violencia y duelo. Una experiencia estética que no se remite simplemente a lo que bajo ciertos estándares formalistas es lo bello o hermoso, lo estrictamente “estético”, sino al modo en que el acto de mirar se transforma en una vivencia intensa dado el significado emocional y simbólico profundo que el evento, la imagen o la obra, generan.” (Riaño, Lazy & Agudelo, 2003, p.6)

El acto de ver, observar y recordar por medio de imágenes es otra forma de hacer memoria, de ubicarse en el espacio y evocar los momentos de ese lugar. La fotografía, permite darle tanto orden, como

27 Estas características de la imagen constituyeron la justificación del uso de la fotografía en talleres y ejercicios dentro del proceso de investigación. Entre muchas otras, las actividades consistieron en la asignación de cámaras desechables a Carlos, Wilhelm, Benjamín y Sandro, quienes tenían la tarea de fotografiar lugares importantes de su vida por medio de las cuales lograran narrar su cotidianidad y crear una foto historia de su vida. Así mismo hubo otro momento en el que todos se tomaron fotos mutuamente generando un proceso reflexivo de su cuerpo, su edad, su vida.

28 La imagen, en este contexto, en medio de ejercicios de memoria y del proceso de resocialización, por el cual pasan todos los participantes como ex consumidores de basuco, toma connotaciones más profundas, sobre todo al permitirse no sólo mirar, sino mirarse a sí mismo.

explicación a los hechos y a las conductas, no sólo del pasado y el presente, sino del futuro, poniendo en perspectiva todo lo vivido. La fotografía como herramienta seleccionada para las narraciones de Sandro, Carlos, Wilhelm y Benjamín, nos permitió reconocer cómo la fuerza de la imagen consiste en crear al mismo tiempo *síntoma* (interrupción en el saber) y *conocimiento* (interrupción en el caos) como lo plantea George Didi Huberman (Huberman, 2007), es decir incidencia en la cotidianidad, en el sentir, en nuestras conexiones de pensamiento entre el presente y el pasado.

El ejercicio de la fotografía se asumió como un proceso de cura²⁹ porque como lo hemos mencionado, la carga del pasado, de lo que fue el Cartucho, tanto para la ciudad y sus ciudadanos como para quienes habitaron allí directamente, era algo para sanar en lugar de entenderlo como un cáncer que tenía que extirparse. Las razones que lo llevaron a formarse debían ser comprendidas, al igual que la manera como se pudo haber sanado de raíz, ya que el odio, el resentimiento y el rechazo no solo generó dolor entre sus habitantes, sino que impidió dar una solución a un problema complejo del que todavía seguimos viendo brotes, como un padecimiento mal curado, por toda la ciudad.

Quizá es por esto que tanto Carlos, Wilhelm y Benjamin al hacer el ejercicio de tomarse fotos y tomar fotos de su cotidianidad, manifestaron que el solo hecho de decidir capturar su entorno, les cuestionaba la situación de su presente. Por su parte, Sandro se preocupa en mostrar su identidad y el lugar en el que habita por miedo a que sus ex patrones lo busquen. Cuando habla también hace evidente la tristeza ahora que ha encontrado a su familia y de mostrar la historia de la que hizo parte. Por medio de la foto historia; percibe que todos hacen parte de una historia de la que él no está orgulloso y que todavía le genera culpa y resentimiento.

[85]

Todos esos sentimientos que al principio fueron producto de lo que para ellos era un taller de imagen, con el tiempo del proceso, la reflexión de los pensamientos y los recuerdos del presente, fueron tomando sentido en sus intervenciones. Así mismo, ese sentimiento profundo propio de la alteridad y la individualidad de cada cual, al enfrentarse a una imagen como lo plantea Rolink, fue más evidente en un ejercicio en el que se proyectaron grandes imágenes de archivo del Cartucho en su época más crítica. Se reunió a un historiador, conocedores de la zona y a nuestros perfiles etnográficos, produciendo como resultado, historias que fueron reconstruyendo el Cartucho. Así, cada espacio fue observado desde las diferentes miradas, desatando en Carlos, Sandro, Wilhelm y Benjamín emociones y recuerdos propios de la zona, su historia y el contexto en la ciudad.³⁰

29 Ante el tema del arte y la cura la artista Suely Rolink se hace la pregunta ¿El arte cura? y cita al psicólogo D.W. Winnicott para responder “La cura no tiene que ver con la ‘salud psíquica’, que se evalúa según el criterio de fidelidad a un código: un proceso equilibrado de identificación del ego con imágenes, de los personajes que componen el mapa oficial del medio y un mapa que se define por la inserción socio-económico- social de la familia” (...) La cura tiene que ver con la afirmación de la vida como fuerza creadora, con su potencial de expansión lo que depende de un modo estético de aprehensión del mundo.” (Rolnik, S. 2001, p.10).

30 La experiencia de Canclini, Rosas y Castellanos sirvió para inspirar el trabajo y la intención de las imágenes con los perfiles etnográficos “El énfasis en el registro de imaginarios busca poner de manifiesto que lo que sucede en

La proyección y discusión de las imágenes del Cartucho por medio de un grupo interdisciplinario, permitió fijar significaciones históricas de la estación de la sabana; recordar cómo mucha gente llegaba desubicada al caos del terminal de transporte; ubicar la mesa de “el combinado” y “el container”; esquinas, paredes o una simple ventana. Recuerdos personales que guardaban experiencias vividas, las mentes que habitaron ese lugar. El ejercicio permitió rememorar por ejemplo, la muerte de un amigo, lo difícil de aquéllos días o identificar a algún compañero; todo esto gracias a la fotografía. Las imágenes abrieron el campo de los recuerdos y se describieron hasta los olores, la sensación de suciedad, lo que ellos podían sentir al dormir entre la basura y los animales, esa sensación de guayabo eterno, dejación de no sentirse y no ser nadie. Los recuerdos también eran intervenidos por varios silencios, en donde simplemente Carlos, Sandro, Wilhelm y Benjamin se miraban y concluían que esto era muy duro para ellos.

“El papel de la memoria, los rituales y el arte como motores de la elaboración del duelo colectivo y particularmente como dispositivos de reconstrucción de las confianzas y los lazos sociales. (...) El modo en que las respuestas culturales y de intervención social a través del arte, la memoria y la cultura pueden cuestionar las separaciones tajantes entre representación, experiencia y aquellas construcciones binarias (ej. víctima/victimario) que no dan cuenta de la complejidades y contradicciones desde las que se viven las violencias” (Riaño, et al, 2003, p. 8).

[86] Esta perspectiva es importante, ya que como se vio en el Cartucho la violencia de unos pocos sometía al dolor a personas humildes y honestas. Dicho “régimen”, a la vez generaba el rechazo en contra de los supuestos líderes haciendo del Cartucho un espacio ambivalente y por esto, mientras unos disfrutaban la anarquía y el libertinaje, otros vivían intranquilos con la zozobra de la inseguridad.

A través de las imágenes hemos podido recoger fragmentos y memoria de la realidad del Cartucho, es importante observar cómo la creación adquiere importancia en correlatos de violencia y cómo esa comunicación no sólo libera a quien ha estado en esos contextos, sino además nos permite aproximarnos como sociedad a un aspecto de ella aparentemente desconocido, desde el cual quizá, sea más fácil comprender lo que sucede en esta ciudad. Una solución para eliminar la violencia, que el artista nos plantea, es mirar, “-mirar para comunicar, dialogar, crear redes.”³¹ Es decir, desviar el peso comunicativo de la violencia en tanto objeto, medio y modo de comunicación social.” (Riaño, et al., 2003, p 6)

una ciudad como la de México y los significados que ésta ha ido adquiriendo, es el resultado no solo de las condiciones objetivas de su desarrollo -demográficas, económicas, sociopolíticas-, sino también de la manera como sus habitantes vienen imaginando tales condiciones.” (Canclini, Rosas y Castellanos, 1996, p 64) Todo esto con el fin de sustentar, según los autores, que lo que se entiende como patrimonio cultural o cultura propia ya que sustenta su identidad y la diferencia de otros grupos, “no se limita a los monumentos históricos, el diseño urbanístico, y otros bienes físicos, también la experiencia vivida se condensa en lenguajes, conocimiento, tradiciones, inmateriales, modos de usar los bienes y los espacios”. (Canclini, Rosas y Castellanos 1996. p 64)

31 Violence Online Festival. Agrícola de Cologne, página web www.newmediafest.org/violence/intro1.htm, entrada Noviembre 25, 2002. en (Riaño, et al., 2003, p 6)

Foto historias

En este punto se expone el resultado del trabajo entre la imagen y la vida de los cuatro protagonistas de este texto, con un énfasis en la imagen como dispositivo para explicar el hoy, a través de fotos tomadas por ellos mismos y relacionadas en el orden que ellos consideraron dan muestra de los recuerdos, los sitios emblemáticos, las personas y cosas significativas entre presente y el pasado.

Crear un puente de comunicación desde lo sensible, permitió romper los rencores, resistencias y aversiones ante la sociedad, evitando las culpabilidades y los culpables, tratando de que se entendieran a sí mismos y su rol en ella. Así, por medio de las foto historias resulta evidente conocer la situación de Wilhelm como un hombre solitario quien no tiene familia que lo acoja y quien sigue viviendo en residencias de edificios baldíos y abandonados, sin luz y sin servicios. Vive el rebusque de todos los días tratando de conseguir el almuerzo y el desayuno en la casa de las Hermanas Vicentinas a cambio de oración y trabajo. El resto del día trata de participar en programas del Distrito, clases gratis, cursos, foros en los que puede recibir un refrigerio y la posibilidad de conocer gente. Sigue viviendo de hacer trabajos como cuidar casas, asear o sembrar. Laboralmente prefiere no trabajar como vendedor ambulante porque le han perdido la mercancía y se ha ganado multas y palizas tratando de hacer esto. En los buses prefiere no retacar porque su pasiva y delicada voz no es buena para hablar en público.

La vida que lleva actualmente Wilhelm Orly, no le permitió mostrar su foto historia, pues después de haber realizado un extenuante trabajo, con varias imágenes y textos comunicativos, se extraviaron víctima de un asalto cuyo suceso hace parte ahora del imaginario personal de su cotidianidad.

Por su lado Benjamín, con su comportamiento bipolar sufre de gran ansiedad y de insomnio, se levanta todos los días a las 5 y desde donde esté viviendo, camina al centro. Ha vivido en piezas del 20 de Julio, el centro y ahora que se reconcilió con su hermana, volvió a vivir en la casa de sus

[87]



papás en Kennedy. Actualmente compra en San Victorino al almacén de los Marinillos cucharas o pocillos para luego venderlos en las plazas. Por su gran aptitud en las ventas, la subsistencia no le preocupa, pero sueña con ayudar a gente en la prevención en consumo de drogas contando su testimonio. En la actualidad Benjamín encontró a sus hijos y con ellos tiene una comunicación permanente haciendo negocios y trabajando. Igualmente sus hermanos mayores, primos y primas constituyen un apoyo importante.

Sandro re encontró a su hermano y a su mamá. Se fue a vivir con ellos en un pequeño apartamento en Suba, donde permaneció casi tres meses, casi encerrado pues vivía ocultándose el primer periodo de una pequeña pena que ya había caducado. Desde diciembre de 2009 una vez obtuvo los papeles, empezó a buscar trabajo como vigilante. De igual forma Carlos se reencontró con su humilde mamá quien vivía sola en una casa de lata en Cazucá, y aunque le faltaba tiempo para terminar su proceso de resocialización, se salió del programa preocupado por el mal estado de salud de su madre y sus obligaciones laborales.

Fotohistorias



1. Benjamín

1.

"SOMNOLENCIA"

Es importante en todo ser viviente el Descanso y mas en una buena cama. se recupera energia. con un buen sueño.

La Biblia Hace parte del diario vivir del ser Humano
"Te Tranquiliza mental y espiritualmente"



#2.

"DESCANSO"

un baño es importante para el DIARIO vivir NO IMPORTA SU
TULO NI SUS DIMENSIONES. es importante la Higiene.
"si tu tienes una necesidad fisiologica y alcanzas a
entrar al baño y lo haces, descansas"



#3.

"PAN. DIARIO"

si algo es importante para todos los seres vivos es su nutricion. sin alimentacion no es posible sobre
vivir. "no solo de pan vive el Hombre tambien de
pollo relleno, chorizo, arepa, sopa, etc"



#4. «Relación»
paradójicamente yo vendo cubiertos, un gran porcentaje
de la Humanidad utiliza estos, yo los vendo para
alimentarme.
«tenedores mas cucharas igual pan»



#5 «¿Hundes o no comes?»
el ser humano lo aqueja un mal necesario que se
denomina «Trabajo» yo Trabajo vendiendo distintos
productos.
«a vender se dijo mejor»



#9. «INCOGNITA»
se preguntaran que foto es: es una escuela.
en nuestro país la única alternativa para Triunfar es
el estudio: me arrepiento de no haberlo hecho
«quien no estudia Termina asrimado»



#10

"NOCHE - DÍA"

si Tu vives en una casa grande o en una pequeña no es relevante. el Todo es contar con un Techo

"el cambuche que protesta de lluvia es palacio"



#12)

"AUTO GOL"

se deportista Hazlo en todas las ocasiones que puedas:

"mete un Gol a la vida Triunfa"



#13

"FAMILIA"

importante en mi vida diaria Tener contacto con ellos frecuentemente. mi nieto y mi nuera

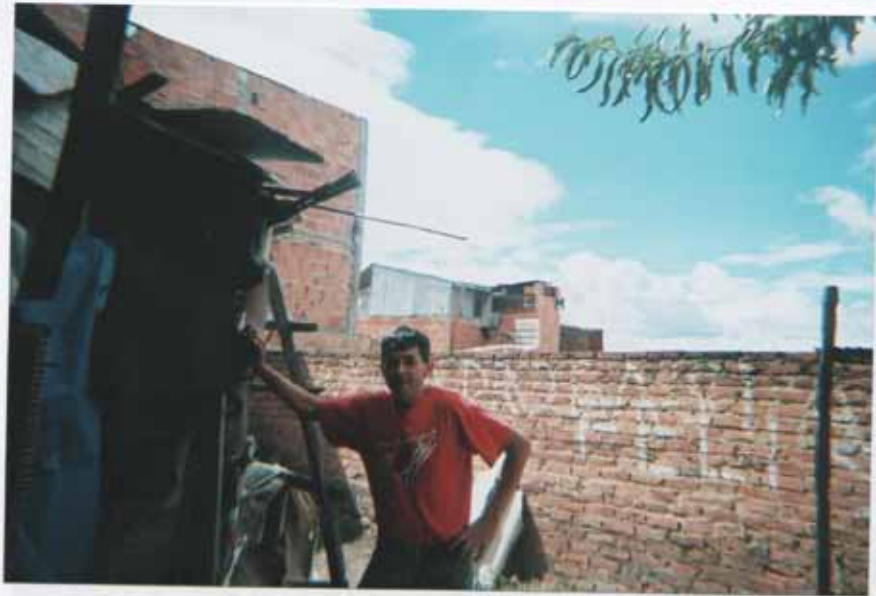
"Familia unida trae mas familia"



2. Carlos

Carlos D.
Vargas
①

ANTES



Esta foto fue creada cuando estaba
en el consumo aquí y fuera de casa
en donde termine mi auto estima, abandonando
Todo inclusive mi familia.

Casa endonde vivia cuando andaba
en consumo, arrendada a vender lichigo.



en las condiciones endonde avito
hoyra en casa mi madre casa de
Toda clase de estructura reciclaje.



(Caja) caligen y para cuando
con suma cuando empiecen
además los casos. Para



un proyecto de vida en ciudad ishiwa.
Solo escombros

Colegio cuando tengo proyecto
de estudio apoyando a los chicos
el bachillerato.



FIN.

Iglesia

entonces me quedare
siempre con la Iglesia.



entonces voy a salir de aquí y en un
profesía termino el castrocho.
Cuando estaba totalmente destruido en
la zona de la zona.

5 Casa Hogar

Después cuando llegue
al hogar el camino



me acordó que esa día llegué el 15 de abril/09.
me bajé del colectivo y después almorzamos y esta fue la
primera vista en la cual vi, y después me cuenta
y queda motivado, viendo esta oportunidad que nos
brinda esa institución integral Hogar el camino
la participación de profesores, con los que después hay
nos gran asistencia en las situaciones académicas
y el joven es un alumno responsable también

Vivienda,
la entrada de los
dormitorios



esta es la entrada al dormitorio en donde se
manga unas vigas, internas, tomando una
precaución bien adecuada, estando todo
tiempo que permanecer limpio al fondo sobre
los salones en donde se mangan los talleres
Talleristas, con los profesionales,

lavaderos



al fondo vemos compañeros
la vivienda, al pie son canchales de la
basura del hogar y la estufa
el parque de la mujer al fondo se ve
las casetas de talleres computacionales

3. Sandro



En esta foto podemos apreciar la actividad Agrícola que realiza un compañero por estar en el banco más que un castigo. Es una forma de darse cuenta que cometió un error por no haberse controlado y estar sólo impulsivo y

Agrícola dependiendo de la falta, así mismo es considerado el tiempo de castigo para que reflexione sobre su comportamiento.

Por hay errores que no tiene ayuda sino que da para la expulsión del individuo porque en la vida no se puede cometer por que perdieramos la libertad, la vida, o la salud.



En esta foto apreciamos un taller de formación que nos brinda el lugar el camino cuyo fin es formar a algunos puntos para saber en que nos involucramos a tomar la decisión que nos satisface pensábamos que hacia la gran verdad que por la vida que nosotros mismos y el entorno que nos rodea

Nos quedaba la decisión de tomarla decisión que mas adelante nos dan la pesa y de la que tambien como lo veíamos todo y a pesar de lo incorrecto seguir con eso faltar. En la real una persona que se está dando la gran vida y la verdad este es una gran mentira



En esta foto que apreciamos es una reunión de la vida y la vida. Para que signifiquen la reunión de la vida en esta vida o reuniones que se dicta los muertos cal y p.m. son reuniones en las cuales cada uno de los que están representando actividades que realizan durante cada 7 días.

allí cada persona se presenta da su estado de ánimo y después se pasa a las de momento se discute durante esos días. Todo este proceso se realiza bajo la supervisión de un profesional que da los parámetros para poder buscar soluciones y como debe comportarse aquellos momentos de ansiedad



Esta foto me llena de emoción
 Que cuando yo la vi notaría ni
 una flor se mata y solo nacer
 solo esta flor cuyo significado
 para mí es el renacer es una nueva
 vida llena de luz esperanza y
 alegría que se asimila al cambio
 Que yo estoy tomando



Experiencia demoledora

Razones para
demoler
El Cartucho

[101]

Las razones de la administración Peñalosa en 1998 para la realización del Parque Tercer Milenio (TM) fueron ideas fundamentales y principales en el marco programático y político de su alcaldía a partir del criterio del embellecimiento de la Ciudad. Para nadie era un secreto que el Cartucho resultaba ser el lugar más derruido y deplorable de Bogotá; sin embargo, el principal motivo con el cual se sustentó esta intervención, fue el informe de la OMS³² para 1998, en el cual se declaraba el Cartucho como uno de los lugares más peligrosos de Latinoamérica (Piffano, 2003). Dicha razón fue suficiente para llevar a cabo de una manera rápida y contundente la labor de desalojo, compra de predios, demolición y construcción del parque.

En los mismos comienzos del mandato del alcalde Peñalosa, se realizaron todas las disposiciones técnicas y legales. La aprobación del Concejo de Bogotá mediante el Acuerdo No. 06 de Junio de 1998 que adopta el Plan de Desarrollo de la capital y El Plan Maestro contenido en el Decreto 346 de 2003 y el Decreto 880 (Octubre 19 de 1998) por el cual se estableció el programa de Renovación Urbana para la recuperación del sector comprendido por los barrios San Bernardo y Santa Inés y su área de influencia, fueron algunas de las decisiones administrativas cuyos objetivos y políticas hacían relación al sector. La recuperación y mejoramiento del sector, mediante las acciones y proyectos buscaban devolver la vitalidad urbana, la habitabilidad social, el equilibrio de usos, la

³² Organización Mundial de la Salud

protección del espacio público, la arquitectura y el sentido simbólico del centro de la ciudad como patrimonio cultural, social y económico³³

Sin embargo al indagar por el origen de la idea de construir este parque, Clemencia Ibáñez, quien era coordinadora de *La Estrategia de Intervención Social del Cartucho* en el *Departamento Administrativo de Bienestar Social* DABS durante 1998, comenta:

“Jaime Castro ya venía proponiendo una intervención en el Cartucho, por medio del proyecto Plan Centro, por todo el tema social y de delincuencia (...) hubo una propuesta interesante por parte de Enrique Peñalosa de Desencartuchar el Cartucho, rompiendo un poco la lógica de gueto que existía ahí y empezar a desenrollar ese gueto... desenrollar no atacar para empezar a intervenir, pensando en las personas no sólo en el espacio.” (Clemencia Ibáñez, Entrevista Personal 11 de Septiembre de 2009).

[102]

Esta quizá ha sido la evidencia más palmaria, al ver que el objetivo del proyecto del parque no era netamente estético y estructural. Hubo una EIS (Estrategia de Intervención Social) del DABS, que se ocupó de la reubicación y la atención de la población del Cartucho. Sobre el tema, Clemencia, que vivía en el Cartucho explica: “La EIS tenía que actuar de emergencia, de manera rápida y estratégica... rápido porque tenía que ser un proyecto envolvente de la zona que cobijara todos los elementos pero además que fuera contundente. En el sentido que el gobierno demostrara cohesión de las diferentes entidades.” (Clemencia Ibáñez, Entrevista Personal 11 de Septiembre de 2009).

El Distrito se encontró con la orden imperativa de trabajar muy eficazmente en el tema de la construcción del Parque Tercer Milenio y tal sería la urgencia que algunos funcionarios aún hoy aseguran que esa agilidad no se había visto nunca antes para otro proyecto en el Distrito. “La intervención en este sector se tradujo en uno de los mejores ejemplos del principio de coordinación interinstitucional, que caracteriza todo el “paquete” de medidas de renovación urbana implementado por Peñalosa y la segunda administración Mockus.” (Miguel y Ceballos, 2003 p,319).

Así, además de la EIS del DABS, según el documento *Bogotá anatomía de una transformación. Políticas de Seguridad Ciudadana, 1995 – 2003*; el Instituto de Desarrollo Urbano (IDU) tenía la responsabilidad de adquirir el suelo, acompañar el proceso social, pagar compensaciones y



Primeras demoliciones. Empresa de renovación Urbana, 1999
[Archivo Personal Arquitecto Camilo Santa María]

33 <http://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=27312>

construir el parque TM. El Departamento Administrativo de Medio Ambiente (DAMA), estaba destinado a realizar un acompañamiento social, construir un *Parque Tecnológico del Reciclaje*, velar por las buenas condiciones ambientales de la construcción para un leve impacto ambiental y tenía la responsabilidad de crear un *Ecoparque* de Artes Gráficas para reubicar a quienes trabajaban en las tipografías. La Caja de Vivienda Popular, por su lado, tendría que hacer un acompañamiento social para la reubicación de población, el Fondo de Ventas Populares fortalecería las capacidades productivas, IDIPRON atendería los casos de niños abandonados y afectados por el consumo de drogas, la Policía Metropolitana tendría que ejercer el control de seguridad así como el apoyo logístico en el proceso de demolición y por último, la Secretaría de Gobierno realizaría planes de seguridad y convivencia (Martín y Ceballos, 2003).

Sin duda, la realización de una obra de tal magnitud adelantada en su mayoría durante la administración Peñalosa, tuvo que tener una gerencia y administración extraordinarias, para coordinar las diferentes entidades en pro del objetivo común. No obstante, para algunos, no quedaba resuelta la inquietud sobre “mejorar el entorno de la ciudad”, “armonizar el proceso de urbanización de la ciudad” y “demostrar la cohesión de las entidades” como señalaba el Plan de

Demolición vista hacia el occidente. Empresa de renovación Urbana, 2000
[Archivo Personal Arquitecto Camilo Santa María]



Desarrollo de la administración Peñalosa, a costa de intervenir un espacio en donde habitaban doce mil personas.

En total la zona contaba con 501 hogares y 5.030 personas en condición de extrema pobreza, de las cuales 1170 eran niños y 1880 mujeres, muestras del patrimonio arquitectónico, 602 predios, bodegas y sedes de la más grande concentración de recicladores como alternativa económica y de aseo para la ciudad. El Cartucho era a su vez un espacio importante como refugio para desplazados y personas en condición de pobreza, por lo que dicha realidad resultaba disonante a la hora de pensar si esta construcción daría solución a los fenómenos que se vivían en ese espacio.

Cronología del proceso de demolición del Cartucho

1998

-*Caracterización de las personas que habitaban en el Cartucho*. EL IDU, fue la entidad que contrató un CENSO socioeconómico, con el que por sorpresa, se irrumpe en las lógicas de los habitantes de esta zona puesto que ellos preferían estar aislados de las disposiciones y mecanismos del Estado. De allí nace el concepto de *Habitante de calle* a quienes por décadas se les había tildado de vagos, improductivos, pobres, gaminos, por el hecho de hacer de la calle un lugar de habitación. (Robledo y Rodríguez, 2003).

-*Compra de Predios*. “Se tomó la decisión de comprar a través de un arduo proceso los predios necesarios para la construcción del parque en la zona céntrica de la ciudad” (Miguel y Cebayos, 2003 Año, p. 319).

-*Creación de la Gerencia Especial para la Estrategia de Intervención Social, en el DABS*: Coordinada inicialmente por Clemencia Ibáñez y posteriormente por Inés Elvira Roldán, se consolidó un gran equipo, con diferentes estrategias para integrar a la sociedad, los habitantes de la calle (resocialización), desintoxicar consumidores de drogas, integrar gentes que vivían en el Cartucho para ser contratadas como *inclusores* sociales que trabajaran en pro de los intereses del distrito, brindar diferentes oportunidades laborales a personas de la zona (en campos como la construcción, albañilería, inclusión social, entre otros), conseguir alojamiento a familias y que los habitantes fueran partícipes y principales aliados en la cimentación del parque. “Por eso primero hubo una Estrategia de intervención social, humana antes que una intervención Urbana” (Clemencia Ibáñez, entrevista personal 11 de Septiembre 2009). Durante la I Fase de acercamiento, se abrieron espacios y casas para trabajar con los consumidores de drogas. En la II Fase por medio del CASO (Centro de Atención Social Oportuna) se pasó a generar ayudas para la legalización de personas y familias sin documentos e inclusión en convocatorias laborales. Una III Fase de atención especial se destinó a conseguir alojamientos temporales para familias y personas en grave

situación, en hoteles o por medio de ONG's, acompañando la acción con capacitaciones. La última fase, la IV, consistió en pactar programas y ayudas productivas por medio de "Misión Bogotá". Sin embargo la estrategia comparada con los objetivos e intereses del Plan de Desarrollo, los testimonios¹ y los diferentes documentos públicos, deja mucho que decir e induce a la conclusión de que "El objetivo principal del PT era la recuperación urbana de un sector degradado donde la intervención social se vuelve un medio, mas no un fin" (Robledo & Rodríguez, 2008).²

1999

- *Diseño de un concurso de ideas para el desarrollo del proyecto.*³
- *Comienzos de la demolición.* El 3 de julio de 1999, encabezada por el IDU. "La penetración debía ser periférica no desde el corazón. Periférica para ir *desencartuchando* poco a poco, por eso la primera entrada se hace desde la calle 6, para aprovechar que el IDU trazara la Avenida Comuneros." (Clemencia Ibáñez entrevista personal 11 de septiembre de 2009).

2000

- *Demoliciones.* Se realizó el mayor número de demoliciones de un total de 615 inmuebles.
- *Se inicia la construcción del Parque Tercer Milenio*

2001

- *Diseño de un programa de recuperación de la zona del Cartucho, durante la segunda administración de Mockus:* Se termina de desocupar el espacio público y de realizar el desalojo. Se organizan sectores productivos legales para la reubicación y sostenimiento de ex habitantes del Cartucho y se conforma con éxito *Ascopro* como asociación de tipografías entre otras organizaciones de recicladores.

[105]

1 -Con el tiempo me pareció que todo ese sistema de dar pañales, que cada tres días iba la señora por su paca de pañales, se volvió muy asistencialista; duraron un año dándoles pañales, un año dándoles bonos a los que aparecían en el censo, habitantes del sector... porque para el habitante de calle como tal, no hubo nada, a ellos no les dieron nada, (...) a los que vivían ahí o tenían su casa ahí, era gente muy humilde que vivía pagando arriendo- (La Monjita, entrevista personal 11 de Julio 2009).

2 Estas autoras señalan y cuestionan las categorías en las cuales fue inscrito el Parque Tercer Milenio para el Concurso Buenas Prácticas (Dubai, 2002): -Desarrollo económico: Creación de empresas (sector formal e informal). Servicios sociales: Salud y Bienestar. Gestión ambiental: Creación de zonas verdes en la ciudad.- Ya que no se enfocan en los intereses sociales que tanto se promulgaban para la solución de la problemática del Cartucho. <http://habitat.aq.upm.es/bpal/onu02/lista.html>

3 Los arquitectos seleccionados fueron Carlos Hernández, Rafael Esguerra, Diana Wisner, Giancarlo Mazzanti y los ajustes los realizó Camilo Santa María, conformando así un equipo a cargo del Parque Tercer Milenio por medio de un concurso de la Sociedad Colombiana de Arquitectos.

La comunidad relata su versión de los hechos

“Hacia el 2000... ya estaban los rumores de que iban a empezar a tumbar el Cartucho...yo antes de entrar al Cartucho me arrodillé y lloré y lloré y me di cuenta que habían tumbado la primera casa, que era donde quedaba el centro de rehabilitación cristiano. Y... de ahí para abajo empezaron a meter máquinas”, cuenta Carlos Vargas. Ante el hecho, unos se acogían a las medidas y se ensimismaban ante la nostalgia que imponía el proceso, otros se querían ir a la guerra:

Algunos querían sangre. Su objetivo era sacar a los 33 obreros, los "tumbacartuchos", las 22 volquetas y la oruga que manejaba Isidro. Mientras la demolición se acercaba a la manzana 23, al corazón del Cartucho, con la decisión de desaparecer los 40 predios de la zona dedicados a inquilinatos, cacharrerías, bodegas y venta de drogas, el Loco Calderón y su socio impartieron nuevamente la orden de joder a los demoledores. El ambiente estaba caliente. El polvo de las demoliciones parecía ser más sicodélico que el basuco, porque tenía locos a los señores de la droga”. (Yo tumbé el cartucho con la ayuda de mi Dios y una pistola, 2008).

El desalojo, poco a poco agudizaba la guerra existente en la zona. También era el reflejo de la guerra de poderes que existe en el país porque de una u otra forma, allí también tenían poder los que traficaban con la droga y se posesionaban de los predios, de los vendedores, de los consumidores. Ellos, los *Jíbaros*, no soportaban la idea de perder su negocio y empezaron a amenazar a todo habitante que aceptara ser servidor o empleado de los encargados de demoler todo lo del Cartucho, los “tumbacartuchos”. Un relato publicado por el periódico El Tiempo describe cómo un día, mientras Pedro y sus muchachos estaban en la calle 7 con carrera 11, demoliendo el edificio que para ellos era de “los Guzmán”, aparecieron armados dos jíbaros muy temidos, el Tigre y el Soldado a decirles: “Si no se quieren morir, tienen que irse del barrio”, a lo que Pedro se atrevió a contestar diciendo: “A los hombres no se les manda matar, se matan de frente.” Después de este altercado, los jíbaros se empezaron a dar cuenta que al parecer sí estaban perdiendo la batalla en sus propios terrenos. (Yo tumbé el cartucho con la ayuda de mi Dios y una pistola, 2008).

Cuando comenzaron las demoliciones, El Cabezón no creyó que fuera a quedar tan jodido como estaba ahora. Un día se fue a San Victorino a rebuscársela y cuando volvió al Cartucho ya no tenía casa, ni los papeles que acreditaban la posesión, que siempre estaban escondidos en el armario del contador de la luz. Durmió unas semanas en un cambuche de plástico en el lote de lo que fue su vivienda, hasta que la Policía lo sacó a las malas un día de junio de 2002, cuando se dio el operativo que acabó con el poder de las mafias dominantes. (Yo tumbé el cartucho con la ayuda de mi Dios y una pistola, 2008).

La totalidad de los testigos presenciaron de una u otra forma las diferentes jornadas de desalojo, desalojos que cumplieron con el objetivo real de desocupar la zona. Sandro relata de manera espontánea: “Hubo varias veces que intentaron desalojarnos a punta de bala en ese último pedazo que quedaba del Cartucho. Una vez fue cuando mataron al Loco Calderón. Otra



Proceso de demolición del barrio Santa Inés – El Cartucho

[Archivo John Bernal]

[107]

vez fue cuando intentamos hacer una protesta pacífica y el gobierno mandó policía por debajo de cuerda, con gases lacrimógenos o entraban disparando a todas partes. Incendiamos un bus en retaliación. Otra vez entre ejército y policía entraron disparando a todo el mundo, no se sabía si estaban detrás de alguien específico”.

Quienes se resistían a abandonar su predio, se fueron ubicando en las pocas casas que entre la polvareda de la demolición quedaban en pie. Después de que habían demolido todo, quedó una especie de L dentro del Cartucho; “allí yo vivía y también fui testigo de diez camiones que llegaron por esa época... porque nos habían estado avisando que nos iban a meter a todos a la URI³⁴”, recuerda Sandro, subrayando que de los diez buses no llegaron todos a la URI.. Él entró y al llegar no encontró ni a la mitad de compañeros que había visto montarse a los buses. –No los volví a ver en la vida...”, porque en la URI no le daban razón. Recordando todo aquello, cayó en la cuenta de que ya nada sería igual; sin ánimos de denunciar y con el temor de hacerlo, sólo con el impulso de la nostalgia, expresa ahora el dolor de esos últimos días.

Hay quien afirma que durante la misma época, (no se revelará el nombre para proteger su identidad) hubo una treta de la Policía: “Nos dijeron que había un sitio fuera de Bogotá donde

³⁴ Unidad de Reacción Inmediata, entidad que hace parte del Sistema Penal Oral Acusatorio.

nos iban a dar vivienda y trabajo. ..Yo recuerdo que llenaron un camión de esos que utilizan para hacer barridos. No importaba con qué clase de habitantes, a los policías les interesaba era llenar el camión. Que me conste, salieron tres de esos y nunca llegaron a ninguna parte. Y... esas son personas de las que uno hasta el sol de hoy, no sabe nada... Y es que estas tanquetas sí eran de la policía, a mí me consta porque varios compañeros míos me avisaron para que me fuera con ellos. Yo no sé qué pensaba pero preferí quedarme”.

Diferentes testimonios mencionan un gran operativo, en el que entraron varios miembros de seguridad distrital y nacional al Cartucho, todos lo recuerdan: la balacera protagonizada por “los duros” versus la ley. “Era la policía y llegó hasta el famoso Bloque de Búsqueda, a coger a los narcos... con tanquetas, y a las malas, echando bala”, cuenta Olga Pico y explica lo complicado que resultaba el hecho de que había sólo siete personas en la mesa de negociación que no representaban a toda la comunidad y por lo tanto no podían hacer nada; es más: terminaron amenazados. “Ese día se selló el final de la olla, el final del Cartucho. Pero nada grave pasó realmente porque la información de la toma se había filtrado y las mafias habían sacado las armas largas. No querían un derramamiento de sangre y esto pasaría si usaban fusiles y granadas, como lo propusieron varios ‘patrones’”(Yo tumbé el cartucho con la ayuda de mi Dios y una pistola, 2008).

[108]

Posteriormente los pocos que quedaban en “la muela” del Cartucho derruido, fueron enviados al antiguo Matadero Municipal. Este hecho es por sí mismo una gran metáfora, ya que por más de ser aquel lugar un espacio refugio, deja mucho que pensar tratándose del matadero. Además, el trato era como para animales, “... nos daban garrote, nos botaban la comida que guardábamos, nos quitaban los costales, eran actuaciones inhumanas, nos desbarataban los cambuches, nos quitaban la ropa y la quemaban, nos dejaban descalzos, eso no es la manera, porque no nos ayudaban...” Recuerda Carlos Vargas.

En abril del 2005 los nuevos desplazados fueron expulsados y se dirigirían a la plaza de Paloquemao. “En antigua Bavaria, al lado del Ferrocarril, nos mandaron para allá, nos hicieron unos cambuches, llegó la policía, la TV, y nos brindaron una sopa, pero sin embargo, de ahí también nos tocó salir... Y en últimas, después de todas esas persecuciones quedamos en la calle del Bronx”. Carlos recuerda cómo fueron expulsados, soportando el rechazo de toda la sociedad, humillados, cabizbajos arrastrando sus pocos corotos desfilaban por la ciudad hasta encontrar un lugar.

Al final todos terminaron esparcidos a lo largo de la urbe proliferando en toda la ciudad pequeños cartuchitos “Algunas zonas se han ido consolidando como lugares de asiento para los indigentes. ‘Cinco Huecos’, ‘El Bronx’, los alrededores de la plaza de mercado de Corabastos, el barrio 12 de Octubre y debajo de algunos puentes vehiculares específicos, como el de Fucha, podrían convertirse en la pesadilla que algún día significó el llamado “Cartucho.””(Rodríguez, 2008)

Carlos Vargas cuenta que el día que lanzaron el rocket o mortero sobre lo poco que quedaba del Cartucho, murieron varios compañeros, “pero como yo andaba entrando y saliendo, ese día me dio por ir a abastos y a la casa...yo tenía un presentimiento en mi corazón... y cuando me di cuenta fue

en la noche en las noticias...y ahí donde mandaron el cohete yo me parchaba ahí...solamente Dios sabe qué sucedió... yo fui al día siguiente...a mirar a ver que pasó...y el panorama fue desalentador”

De este hecho que retumbó y estremeció a la ciudad puesto que todo el país estaba presenciando la posesión presidencial, no se supieron las causas ni los presuntos implicados; la población más desfavorecida que vivía en la calle y en los pocos escombros y casas que faltaban por derribarse en la zona del Cartucho fueron los únicos que trataron de alzar la voz para exigir ayuda, pero la situación quedó en la impunidad. La atención fue precaria y desde esa época empezó a observarse en varias zonas de la capital, la presencia de muchos indigentes discapacitados como secuela de aquel bombardeo.

Así, después de todos los trámites burocráticos y de los proyectos sociales destinados al plan de renovación que llevó a cabo el Parque Tercer Milenio, todo se redujo a demoler, desaparecer y acabar con el Cartucho. Ante esto, varios habitantes critican la falta de proceso con los ciudadanos de la zona y la tardía creación de una mesa de negociación de los líderes del Cartucho y el gobierno distrital, cuando ya no había mucho que hacer y todo el proceso estaba en curso irreversible.

Al final el Distrito sí decidió sentar a las personas a negociar, entonces dentro del Cartucho se creó la idea de crear primero que todo, organizaciones por grupos económicos. “(...) Los ropavejeros, los que vendían *balastros* – que allá era muy buen negocio, era un negocio muy grande allá – entonces Asociación de “*Balastreros*”; que Asociación de los *Cacharrereros*, los bodegueros era el gremio económico más fuerte y estaban los recicladores también, que eran los recicladores de bases, que no tenían bodegas, como ASOVIDA; entonces la idea del Distrito fue orientarlos y asesorarlos para conformar las diferentes asociaciones y negociar con las Organizaciones no con los tales llamados “líderes” del cartucho...” (La monjita, Entrevista personal, 11 de Julio de 2009).

[109]

En el Cartucho alcanzaron a existir setenta bodegas de reciclaje (Piffano, 2003) en las cuales, según el Censo, había 1140 familias de recicladores. El conflicto consistió en que algunas bodegas eran también de los grandes “jíbaros” que traían el cargamento de estupefacientes, a veces inclusive pagaban a los recicladores con *bichas* de basuco. Otras bodegas eran de recicladores por fuera de la ilegalidad, que no consumían y que sostenían a sus familias con el producido como lo señalaba María Teresa Salcedo. Cuenta Benjamín que algunos jíbaros muchas veces obligaban por la fuerza a los bodegueros a expender la droga así hubiera allí un gran número de personas recicladores ajenas al vicio. Según fuentes oficiales y declaraciones de beneficiarios, en aquel tiempo parte de la inversión en su inclusión social y desalojo, fue por medio de talleres y capacitaciones que los recicladores no consideraron idóneas porque si bien ellos ya sabían reciclar, necesitaban la organización, promoción y trabajo informal para ser realmente incluidos en la sociedad.

“Primero fue así, con el censo y con estudios, todo lo que a nosotros nos había podido servir para sacar bien beneficiados se fue en estudios, (...) Unas capacitaciones con la Fundación Corona, que nadie fue... para las señoras que vendían los combinados hubo otra capacitación, porque dizque iban a tener un restaurante y no las reubicaron. Ya después Ernesto Calderón, “El loco Calderón”,

tomó la vocería y era con pelea, para que no nos quitaran el sustento diario, no tanto la tierra, nuestro trabajo como recicladores”. (Entrevista personal, Olga Lucía Pico Vega 18 de septiembre de 2009).

Mientras que unos se acogieron a las soluciones del Distrito y no vieron muchos resultados, otros varios, quienes no veían hechos concretos a las propuestas que habían desarrollado ni acuerdos en las mesas de negociación, actuaban con fuerza y lideraban manifestaciones en la calle, tal como lo hizo Ernesto Calderón. Según “la monjita” el problema de Calderón radicó en que después de proponer que el botadero de Doña Juana era un buen lugar para trasladar a los recicladores y que la administración le diera esperanzas, él comenzó a vender terrenos a los recicladores y una vez pagos, le avisaron que este proyecto no era viable, razón por la cual lo mataron al no devolver el dinero a tiempo. Sin embargo no se saben las reales causas. Algunos decían que era el único que se preocupaba de verdad por los “ñeros” y la organización de recicladores; otros siempre afirman que tenía sus intereses detrás del supuesto “*altruismo*”.

“...Nosotros fuimos a mirar las supuestas capacitaciones, todo esto iba a ser un parque de reciclaje que se llamaba parque Industrial y Tecnológico de reciclaje. (...) Esa es la idea que ahora funciona, para la que nos sacaron de cierta manera... El parque industrial lo administró el Señor Draco Reyes, esa capacitación y todo eso, él fue el que ganó la licitación y... no sé, (...) hoy en día se llama *Ecoeficiencia S.A.* la famosa empresa de los hijos del presidente y está otra que se llama Natura.” (Olga Lucía Pico, entrevista personal 18 de septiembre).

[110]

De la mesa de negociación sólo resultó el asesinato de Calderón, y las múltiples amenazas para muchos otros pero ningún beneficiado. El diálogo y la negociación real solicitada, no fue pensada desde un principio ni con el tiempo necesario. La participación donde la gente y sus propuestas se vuelven acciones reales es un proceso lento y para la administración los resultados tenían que ser “contundentes y rápidos”, así que la mesa no tuvo resultado y cada bando de poder empezó a hacer lo suyo. Se empezaron a encontrar “ñeros” muertos en varios sectores, los periódicos revelaban el incremento de la llamada “limpieza social”.³⁵

Resulta que esa época los que mandaban a matar a los indigentes eran los mismos *jíbaros*, para crear en la opinión pública que era la Administración o el alcalde que en su momento era Peñalosa, los que los mandaban a matar; entonces salían a gritar ¡nos están matando! ...De todas formas siempre se presentó, que llegaran camiones del ejército o la policía a buscar muchachos un viernes o un sábado (La monjita, entrevista personal, 11 de Julio de 2009)

Al parecer desde el 98 hasta el 2005, la “limpieza” incrementó. Comunidades divididas, muertes, familias sin sustento, sin un lugar donde vivir, consumidores, jóvenes, hombres, mujeres, ancianos,

35 “Los Mártires y Santafé, más exactamente en la Calle del Cartucho, justo en el momento en que se inicia la intervención urbanística de 1998 (...) tuvo un exceso del uso de la violencia en el centro de Bogotá muy por encima del resto de la ciudad.” (Góngora y Suárez, 2008, pp 113).

niños en la calle, en casas de cartón, en alguna institución; fue el costo social de la dejación de varias administraciones de Bogotá y el costo de la construcción de un sector más “bonito”, de fachadas agradables de gente “sana”, de limpieza.

Testigos de las Ruinas

Mapa Teatro como laboratorio de artistas y grupo de Teatro intelectual, trabajó en la zona durante la época de desalojo y demolición con una preocupación sensitiva sobre esta experiencia, valorando el panorama de lo sucedido en el momento más crítico del fin del barrio, una visión subyacente a la visión de la administración, de los trabajadores sociales, de los tecnócratas y los jefes de planeación.

El patrimonio arquitectónico de la ciudad se desplomaba ante los ojos de sus moradores y los nuestros. A lo largo de esta experiencia, demoledora en todos los sentidos del término, íbamos tomando conciencia de que cada demolición de un inmueble iba borrando la perspectiva de una memoria fundamental –fundacional– de la ciudad. Una memoria arquitectónica y una memoria social y cultural pero también un patrimonio intangible, constituido por una narratividad que no cuenta sino con la oralidad como fundamento de existencia. (Abderhalden, 2000)³⁶

La investigación que antecedió esta publicación, coincide con Mapa Teatro en valorar los relatos de los habitantes como patrimonio intangible. La experiencia de Mapa Teatro se enfoca en el mito como relato por excelencia, experiencia que concuerda con el trabajo que se expone en este texto al retomar el relato como vivencia, relatos que se cruzan, se contradicen, se contestan, dando una muestra de la diversidad de personas que habitaron en el Cartucho.

[111]

36 Abderhalden Rolf, El artista como testigo: testimonio de un artista, 2006, http://www.institutohemisferico.org/journal/4.2/esp/artist_presentation/mapateatro/mapa_artist.html



¿Por qué el Parque Tercer Milenio?

“Nosotros pensamos como comerciantes que lo que quiere la administración es que la zona se deteriore más porque si deterioran una zona más queda más fácil acabarla; (...)Al deteriorarse la zona es más fácil comprar a precios muy bajos para hacer los proyectos y después vender a precios muy caros y sacrificar una historia de un país.” [113]

(Mario Arturo Suavita, entrevista personal 17 de Julio de 2009)

El trabajo de la memoria sobre el Cartucho no estaría completo sin indagar acerca de uno de los proyectos de Renovación Urbana más ambiciosos de la ciudad de Bogotá. Como ha sido mencionado, en 1998 la alcaldía de turno con el fin de construir una ciudad confortable y estéticamente más linda, “2600 metros mas cerca de las estrellas” como rezaba su slogan, incluyó el Parque Tercer Milenio como una de las más importantes obras para esa administración. Tal hecho ha dado mucho de qué hablar a urbanistas, arquitectos, científicos sociales y habitantes del sector, quienes hasta el día de hoy cuestionan la utilidad de aquel gran parque.

Este importante antecedente hace que sea imprescindible analizarlo, ya que después de haber hecho un recuento histórico, sobresalen varios aspectos: Si el problema era la situación de pobreza de este barrio 1) ¿Cuál sería la solución dada por el Parque Tercer Milenio?, 2) ¿Cómo se protegió el patrimonio arquitectónico al demolerlo?, 3) De qué manera se desplazaron las doce mil personas que vivían allí?, 4) ¿Cómo y dónde se reubicaron a los habitantes? El interés por conocer a fondo este proceso existe porque en muchas personas persiste la inquietud de saber cómo es



Calle 11 de la Caracas hacia el Oriente. Se observa a la derecha la bomba de gasolina.
[Archivo propiedad Arquitecto Camilo Santa María]

posible proponer una solución estrictamente estética o de renovación urbana ante un problema eminentemente social. Es increíble pensar que en pleno s. XXI, se repliquen esquemas del pensamiento de la ilustración, considerando que el espacio habitado por humanos, puede ser planeado con fórmulas rígidas y técnicas sin tener en cuenta la subjetividad de las ciudades, las culturas y la historia de su gente y sus procesos humanos.

Si una de las principales razones para derribar el barrio Santa Inés – El Cartucho, fue su condición de “Tugurio”, por ser un lugar derruido, cuyas estructuras se estaban desplomando y donde no existían mínimos de sanidad y seguridad, se vuelve inevitable mirar atrás y repasar la cronología del lugar para darle inicio a la identificación de las circunstancias por las que esta antigua y prestigiosa zona decayó. Diferentes fuentes, desde los arquitectos, hasta los habitantes del sector, coinciden en que en una ciudad como Bogotá, que alcanza los siete millones de

[114] habitantes, aquejada por muchos y complejos problemas sociales y políticos, es inevitable que germinen y se formen espacios y lugares que concentren la marginalidad de los desfavorecidos.

El dolor y la frustración de quienes viven la vida alterna de las calles, no encajan en la vida sistemática y, de la mano del consumo de anfetaminas, producen lógicas que los aíslan hasta hacerlos olvidar de su propio ser. Parte de esa lógica desesperada o inconsciente consiste en el libertinaje, la ilegalidad y en una ruptura a veces violenta de todos los límites que aíslan el sueño de lo real, la vida y la muerte. “El Cartucho como espejo de la Ciudad, “la ausencia”. Ausencia del Estado y la normalización” (Robledo & Rodríguez, 2008, p.159)

“La objetividad del deterioro de ciertos sectores de las ciudades es un deterioro determinado por el abandono del Estado” (María Teresa Salcedo Entrevista Personal 2 de Septiembre de 2009). Y es que el olvido, la dejación y el permitir que se deteriore una zona por ausencia de los cuidados básicos que son responsabilidad del gobierno, le da cabida a otras formas de vida. “El olvido de todas las administraciones, permitió que se consolidara la venta de alcohol y sustancias psicoactivas. Si hubiese existido desde un principio un control a ese fenómeno, tal cosa no hubiese ocurrido. Porque esta zona se hubiera podido integrar perfectamente a la recuperación de la Candelaria.” (Carlos A. Garzón, Entrevista personal 10 de Julio de 2009).

La pobreza y el conflicto son realidades inevitables en este país, así como es inevitable que se reproduzcan y se asienten en lugares que han sido olvidados y marginados por el Estado mismo; representada por sus gentes que viven del comercio informal y todo aquello que la sociedad no

quiere ni ver ni aceptar. Todas las ciudades del mundo tienen un lugar donde se asientan los más desfavorecidos. El 60% de personas en Santa Inés, trabajaba por su propia cuenta, lo que quiere decir que no eran ni obreros, ni empleados sino en su mayoría comerciantes informales³⁷.

Mike Davis (2006) menciona la palabra “slums” (tugurio), y explica que proviene de una connotación que en un principio sólo significaba el lugar donde los pobres vivían. Este sentido de la palabra con el tiempo se empezó a identificar con un fenómeno internacional, transformando el significado original ya que el barrio de los tugurios clásico era un lugar notoriamente pueblerino y pintorescamente local, pero con el tiempo se caracterizó por ser una amalgama de viviendas desvencijadas, hacinamiento, pobreza y vicio.

Desde la antropología de los sentidos que propone María Teresa Salcedo, “La ciudad requiere de espacios alternativos para conocerla, consumirla, establecer la sexualidad, la necesidad de vivir la ilegalidad como legalidad. La ciudad es un ser vivo y el Cartucho hacía parte de la realidad subjetiva de este ser. Bogotá no es la única ciudad que tiene sitios como el Cartucho; en todo el mundo los hay. Los bajos mundos son distintos, la ciudad misma dialoga con la identidad de ese deterioro y muestra una historicidad, es un intercambio de tiempos.” (Entrevista Personal María Teresa Salcedo 2 de Septiembre de 2009).

Tanto Davis como Salcedo, desde sus diferentes perspectivas, plantean la inevitable formación de tugurios o lugares deteriorados por la sociedad y el espacio, como respuestas al movimiento vertiginoso, al “orden”, al trabajo; actividades propias de una ciudad que pertenece a un sistema político y económico que aunque pretendan la uniformidad de la gente, genera necesariamente espacios opuestos, más sensibles, que responden a la naturalidad humana.

[115]

Ahora, si hacemos memoria y nos devolvemos a los antecedentes históricos que se han relacionado en este texto, los hechos y la descomposición social de los que provenían la mayoría de habitantes que hicieron parte del Cartucho, así como la mayoría de gente en condición de pobreza de las periferias de la ciudad, permiten enunciar algunas causas generales que hicieron posible la conformación de un tugurio como lo fue El Cartucho.

Un Cartucho con antecedentes

La Violencia

La violencia marcó el incremento de población en Bogotá, con desplazamientos hacia la ciudad desde el s. XIX. Como lo evidencia el historiador Vladimir Melo:

37 “De acuerdo con los investigadores del BID, la economía informal emplea en estos momentos 57% de la fuerza laboral latinoamericana y proporciona cuatro de cada cinco nuevos empleos. De igual forma los estudios reseñados en The Challenge of slums de las Naciones Unidas, señala que en muchos países de Asia, la economía informal puede representar hasta un 60 y 75% al igual que en América Central”. (Davis, 2006, p.11).

“El siglo XIX estuvo caracterizado realmente, por un gran desarrollo económico, por la guerra civil. Por lo menos es esta última la circunstancia que más influyó en la actividad marginal (indigencia/delinuencia) de la calle en Bogotá. La guerra en los campos desplazó a muchas personas, viudas, huérfanos y soldados; a las que se sumaron los indígenas desplazados por la abolición de los resguardos y la posterior oferta hostil por parte de los terratenientes” (Melo, 2001).³⁸

Desde entonces, alrededor del año 1867, las calles y plazas cundían de mendigos, así como de basura y las ratas (Samper, 1867)³⁹. Posteriormente a mediados del s. XX la violencia partidaria fue la promotora de la migración de campesinos en los años cincuenta como resultado del conflicto político social que se vivió en los campos y que impidió el cultivo de sus tierras en paz, procesos de negociación que garantizaran sus derechos, frente a viejos y nuevos terratenientes que como sujetos activos de esa gran violencia promovieron la guerra como instrumento de apropiación de las tierras⁴⁰. Tal hecho determinó que muchas familias llegaran a la capital en busca de refugio, asentándose en los lugares dormitorio como Santa Inés y la Favorita, donde en medio de dificultades evidentes, vendían enseres, ropas y cosas producidas en sus regiones, bajo las formas inevitables del comercio informal. Otra manera de subsistencia consistió en la presencia de mujeres en el mercado laboral urbano y la oferta a las familias citadinas de sus aptitudes para el servicio doméstico.

[116] **El Narcotráfico**

La crisis en el Cartucho comenzó en gran parte a mediados de los años ochenta, con fuertes tensiones a mediados de los años noventa. En los ochenta el auge de la cocaína y los estupefacientes se infiltra en todos los lugares donde las alternativas económicas son precarias, y su complejo proceso de producción: la siembra, la elaboración, el tráfico, hace que sean permeados inmensos sectores de la sociedad y la geografía nacional, debido a que cualquiera de las etapas productivas de la droga resulta altamente rentable. Este fenómeno aportó por supuesto más razones y motivos para la guerra y la corrupción, así como para los irregulares asentamientos por comunas en las diferentes ciudades y lugares deteriorados donde el Estado parecía no hacer presencia. De ahí en

38 La Calle: Espacio geográfico y vivencia urbana en santa fe de Bogotá, 2001, Biblioteca Virtual Luis Angel Arango <http://www.lablaa.org/blaavirtual/todaslasartes/artesani/calle/presen.htm>

39-Para las primeras décadas del siglo XX la ciudad experimenta las consecuencias de un incremento poblacional prolongado y ascendente, de 40.086 personas para el censo de 1834 se pasa a 100.000 para el censo de 1905, con un incremento superior al 100%; entonces la situación de implosión del siglo XIX sigue manifestándose cada vez más en detrimento de la población de menor ingreso. La situación de la ciudad estaría marcada por la tendencia de la clase alta a migrar progresivamente hacia el norte dejando como testigos barrios como Teusaquillo y Chapinero- (Melo, 2001)

40 La relación clave entre el reformismo agrario abortado y la violencia política consiste en el hecho de que la segunda activado -económica, política y militarmente- se dio en regiones en donde el estado estaba semi-ausente y en donde el sistema político no ofreció y no pudo ofrecer un incentivo efectivo para la inversión. (Gutierrez, Acevedo y Viatela, 2007 p.40)

adelante esos lugares estarían conducidos por una cadena de causas y efectos inconmensurables que sucederían unos tras de otros.

A lo expuesto se suma la crisis producida por la apertura económica en 1991, que determinó la manera en que pequeñas microempresas y empresas empezaron a quebrar generando desempleo. Aumentó el comercio informal y la pobreza en los lugares de predios de baja condición económica o ampliamente ilegales. Este fenómeno estuvo acompañado y afianzado por la globalización y la homogenización de modelos económicos.

La Estrategia de planeación

Se planteó una estrategia de Renovación Urbana para dar una solución a un problema social. El Parque Tercer Milenio⁴¹, ganador de importantes premios arquitectónicos y reconocido en el mundo por su proceso de construcción y su completa arquitectura, entre otros, fue construido sobre el territorio que era del Cartucho; compuesto por 20 hectáreas, 602 predios que iban desde La Avenida Comuneros hasta la calle 9 y desde la Avenida Caracas hasta la carrera Décima. La inversión final, según el arquitecto Camilo Santa María, fue de 115 mil millones de pesos, 100 mil millones distribuidos en expropiación de tierra y programas sociales y 15 mil millones en la construcción.⁴²

Entre otras cosas, después de haber identificado y evaluado los diferentes factores que incidían las dificultades para la construcción del Parque, es increíble pensar que este gran proyecto contó con un gran impulso personal por parte del alcalde ya que era ante todo un sueño que compartía con su padre.

“Ese es otro proyecto gigantesco en el centro, lo que llamamos Parque Tercer Milenio que a propósito, era uno de los temas que yo había soñado mucho con mi papá. Porque no podía ser que este centro fuera tan miserabilista. Ese es de los temas que hablamos mucho con papá, uno de los sueños de él, tumbar una gran zona por acá y hacer una gran zona de renovación, de edificios importantes, de parque. (...) Ahí pensamos, y aprovechemos ya que eso está tan deteriorado pues vale poco. (Becassino, 2000, p.213)

[117]

41 “DECRETO 346 DE 2003 (Octubre 8) "Por el cual se adopta el Plan Maestro del Parque Tercer Milenio" EL ALCALDE MAYOR DE BOGOTÁ, D. C. (...) Artículo III, Objetivos del Parque Tercer Milenio: 1) Contribuir a reforzar las características propias del centro, como son la representatividad y la dinámica económica, fortaleciendo su competitividad como centro metropolitano y regional del País. 2) Complementar y aumentar la oferta de mt2 de espacio público por habitante, en especial en las localidades de Los Mártires, Santafé, y La Candelaria, ubicadas en el Centro Metropolitano. (...)

42 Según los documentos públicos del concurso Buenas Prácticas (Buenas Prácticas -- América Latina y el Caribe - Concurso Internacional 2002 <http://habitat.aq.upm.es/bpal/onu02/lista.html>) de Abudabi en el cual participó el distrito con el Parque Tercer Milenio --En este proyecto, la inversión (recursos humanos, técnicos y financieros) procede en su totalidad de los fondos públicos. El monto hasta el momento (2002) se ha estimado con base en las personas directamente implicadas en el PTM y alcanza los 79 millones de dólares EEUU --información facilitada por el Instituto de Desarrollo Urbano (IDU)--.



Parque Tercer Milenio vista a los cerros ¿Dónde están sus habitantes?
[Rodrigo Orrantia, 2001]

Así el Parque Tercer Milenio obtuvo el segundo premio en la categoría “*Arquitectura Paisajista*” de la XVI Bienal Panamericana de Arquitectura de Quito 2008, interesante reconocimiento que estuvo dirigido a exaltar ante todo una obra de embellecimiento urbano. Camilo Santa María uno de los arquitectos participantes que venía estudiando la zona de Santa Inés y San Victorino desde su tesis de pregrado en el año 1986, observa cómo él venía proponiendo desde entonces diseños del espacio con alternatividad para las personas residentes allí y para preservar el patrimonio. Sin

embargo, con la administración Peñalosa, cuando fue seleccionado y contratado para hacer unos ajustes del diseño inicial del parque, Camilo Santamaría, observó:

[118]

“Vimos que había unas cuatro o cinco casas muy interesantes, y pensamos que se pudieron haber conservado para hacer centros culturales, en vez de construir los restaurantes modernos que hay hoy en día, pero la administración Peñalosa decidió tumbar todo porque consideraron que de pronto, en un futuro, si se dejaban mendigos en la zona iba a resultar bastante complicado después para sacarlos. Entonces, yo creo que en ese sentido fue sabia la cosa, pues un poco por el tipo de sociedad que somos nosotros y por lo difícil que es hacer concertaciones...” (Camilo Santa María, Entrevista personal, 15 de septiembre de 2009).

De igual forma al consultar diferentes dolientes del proyecto, todos coinciden en afirmar que la orden desde la Alcaldía era la demolición total Santa Inés -El Cartucho-, acto con el que los comerciantes de la zona se sentían satisfechos después de haber luchado tanto por la seguridad y la protección de su lugar. Pero al cabo del tiempo, estos mismos comerciantes se cuestionaban cómo al principio del desarrollo del proyecto, la administración empezó a comprar predios para la construcción del parque⁴³ y tiempo después informaban que también iba a haber una zona de comercio, proyecto que evidentemente cambiaría el precio del suelo lo que generó dudas entre los comerciantes. Una vez éstos aceptaron la propuesta de reubicarse allí, se demoraron alrededor

⁴³ “Inicialmente toda la zona que era el *Cartucho*, el cuadrante que abarca se recuperó para parque, todo iba a ser un parque, un parque metropolitano, pero después mediante un decreto, 3 manzanas quedaron para comercio, la manzana 3, la manzana 10 y la manzana 22, eso va a ser comercio, que es donde los comerciantes no hemos estado muy de acuerdo, porque si una zona la adquieren, o compran esos terrenos o la recuperan para parque, debió haber sido para parque; no entendemos porqué después mediante un decreto le hacen el cambio del uso del suelo” (Mario Arturo Suavita, entrevista personal. 17 de julio de 2009).

de cuatro años en la construcción del centro comercial que produjo el aumento del precio de la tierra. Por su lado los comerciantes y propietarios empezaron a desconfiar de la información del distrito, confundidos además, por el engorroso proceso burocrático.

En el traspaso de tierras entre las entidades y administraciones fueron pasando los años desde el 98 y ahora, “terrenos que se compraron a 120mil-150mil pesos el metro cuadrado en la época del Cartucho, en el 2005; inclusive a comerciantes que tenían predios ahí, les pagaron el metro cuadrado a ese precio. Ahora lo están vendiendo a 25 millones el metro cuadrado; entonces miremos la plusvalía que hay ahí, en un lapso de 4 años, después de que lo compraron a 120mil pesos el metro cuadrado.” (Entrevista personal, Mario Arturo Suavita, 17 de julio de 2009).

Por su lado, los recicladores quienes estaban conformados por una notable población de la zona, pedían ser organizados para servir a la ciudad y conservar su trabajo. Según *la monjita* en su testimonio, “Ernesto Calderón como “propietario” de una bodega de reciclaje, fue quien empezó a impulsar esta idea que la administración en el momento apoyó y promocionó”.

“Nos prometieron muchas cosas, un famoso barrio para las personas que no teníamos casa, ¡que no tenemos! Una indemnización, compraron casas a muy bajo precio, pagaron a 60.000 metro sin construir, entre 70 y 130 m2, de acuerdo como estuviera el precio, ya lo venden alrededor de 16 millones el Metro cuadrado” (Olga Lucía Pico, líder recicladora; Entrevista Personal, 18 septiembre de 2009).

En conclusión, como lo expresaría María Teresa Salcedo, los planes de Renovación Urbana para la zona de Santa Inés, no consistían en formalizar el negocio del reciclaje, sino quitar el Cartucho y poner el parque Tercer Milenio, para valorizar la finca raíz de sus alrededores (San Bernardo, San Victorino, La favorita). El interés era deshacerse del Cartucho para mover a los recicladores a otras zonas y para darle espacio a la Unidad Administrativa Especial de Servicios Públicos - UAESP ⁴⁴. Desde ese entonces este consorcio de basura español empezó la negociación con el Distrito y de esta manera la inclusión de Bogotá en el negocio mundial de la basura.

En otras palabras, el negocio de recicladores fue dado a una multinacional. El reciclaje, un trabajo que pudo ser una alternativa de solución al desempleo y la inclusión de los habitantes del *Cartucho* en otras dinámicas, se eliminó porque aunque la multinacional les hubiera prometido inclusión laboral, según los testimonios, la mayoría de recicladores no fueron favorecidos. Mientras se escribe esto, los recicladores asentados en el *cartuchito* de Kennedy, están siendo desalojados de ese espacio a la fuerza, sin alternativa alguna.

44 Proyecto de acuerdo __ de 2003. por el cual se implementa la red distrital de reciclaje el concejo de Bogotá, D. C. En uso de sus atribuciones Constitucionales y Legales y, en especial las conferidas por el Decreto Ley 1421 de 1993. ACUERDO ARTICULO PRIMERO: El Distrito Capital adoptará un SISTEMA OPERATIVO DE RECICLAJE, que conlleve la formación, capacitación, inducción, práctica y, sensibilización, para el aprovechamiento de los residuos sólidos. (...) ARTICULO OCTAVO: El Distrito Capital a través de la UAESP o quien haga sus veces, coordinará la conformación de la Red Distrital de Reciclaje de la Entidades Públicas de su orden, promoviendo la planeación, difusión, supervisión, integración tecnológica y control de la operación, para hacerlo extensivo a las diferentes actividades de la ciudad.



Ruinas en proceso de valorización

[Archivo personal Ingrid Morris Rincón]

En medio de esta reflexión sobre la memoria y la ciudad, ambas se están transformando vertiginosamente; se levantan construcciones en todos sus espacios y se avanza en famosos y enormes proyectos como el del Centro de Cultura Español y muchas otras obras con inversión extranjera. La gente humilde que vendió sus predios a precios bajísimos, ahora hace parte de otra historia. Los comerciantes que quedaron a la expectativa de un mejor lugar para ubicar sus ventas, ahora tienen que ajustarse al nuevo precio.

“No es justo que se haya expropiado a 300 mil pesos el metro cuadrado y hoy ese proyecto valga 15 - 20 millones de pesos el m², construido obviamente. Esa plusvalía que genera el tal proyecto, debería restituir a la ciudad parte de la solución al problema de lo que ahí había, que no se ha acabado y existe en otros lugares como lo es el sector denominado El Bronx.” (Carlos Alberto Garzón, entrevista personal 10 de Julio 2009).

Este fenómeno de desvalorización y revalorización de la tierra para intereses específicos, viene sucediendo históricamente y aunque haya ocurrido en otros países, somos concientes de que se hace real la tesis de que “el fin justifica los medios”, donde el fin de unos pocos justifica los medios de muchos, con estrategias y planes.

Basta con volver al recuento histórico e identificar las construcciones tipo republicano y todos los planes arquitectónicos⁴⁵ que había en torno al importante barrio de Santa Inés. Recordemos lo que muchos habitantes y analistas han mencionado: la forma como diferentes administraciones de la ciudad fueron descuidando, dejando ajenos de servicios y seguridad a Santa Inés y la migración repentina de muchos de sus dueños hacia el norte, decidiendo dejar estas casas a la deriva o en arriendo. Detrás de todo esto influye un aspecto económico que parece no ser evidente: el proceso de devaluación y revalorización sucesivos de la tierra urbana; fenómeno que consistía en la manera como la medición en fanegada de la tierra a las afueras de la ciudad, aunque era mas extenso ya empezaba a cobrarse como metro cuadrado, dentro del proceso infernal de la especulación de la tierra urbana. Parte de este proceso especulativo consiste en propiciar el deterioro físico y humano de un sector urbano para enseguida valorizarlo mediante proyectos de renovación urbana.

Sin duda desde el 1948 época en que el centro había asumido una reconstrucción urbana, Santa Inés empezó a deteriorarse más. Su cambio de función y significación, hizo que casi la totalidad de sus antiguos habitantes lo abandonaran⁴⁶ contribuyendo al menoscabo de sectores como Santa Fe, Mártires y Candelaria. La inversión nula en la construcción residencial baja la renta del suelo en los sectores reconstruidos, los barrios son tomados, entonces por el comercio y habitantes de escasos recursos mientras que algunas zonas quedan completamente abandonadas y son tomadas por la población marginada y la población dedicada a la actividad delictiva (lumpen). “Es importante tener en cuenta que la recuperación del centro por el gobierno en la actualidad no tiene que ver con habitar el centro” (Melo, 2001).

[121]

“... el centro está habitado, pero se espera que la burguesía lo vuelva a habitar, pues con el arribo de esta clase social el consumo de servicios como la recolección de basura y la seguridad aumentan (...). De esta forma se busca superar la descompensación existente en el espacio entre el poder representado en las instituciones de gobierno con sus edificios y su entorno (¿) empobrecido(?). El poder, entonces, debe homogenizar el control y las características del espacio urbano para que física y simbólicamente se concrete la dominación. (Melo, 2001).

Por todo esto, Santa Inés no fue ajena a esta manipulación de la tierra que favoreció a viejos propietarios, a la administración municipal y a los negociantes urbanizadores. Así al hablar de

45 Recordemos que en 1933 Karl Brunner como director del departamento de Urbanismo de la Secretaría de Obras Públicas presentó en diferentes oportunidades, proyectos de intervención a Santa Inés, tocando temas como nuevas urbanizaciones en la calle sexta. (Robledo, Rodríguez; 2008) Y que en 1947 Le Corbussier diseña y planea la Ciudad Obrera (Piffano, 2003) intuyendo la sobrepoblación de Santa Inés a su vez debido al auge de la Plaza de Mercado Central.

46 Esto puede describirse de forma eficiente a través de las tasas de crecimiento exponencial por localidades entre los censos de 1973 y 1985, donde las localidades correspondientes al sector que denominamos centro: Santa Fe, Mártires y Candelaria, crecen de forma negativa el -0.48, -1.34, -3.72, respectivamente (DAPD-SIEED, en Melo, 2001, p. 36)

espacios en deterioro, en abandono, descuidados convirtiéndose en sectores de peligro e ilegalidad nos aproximamos a la definición de *Tugurio “Slums”* de la que habla Davis, ya que teoriza el fenómeno de los tugurios en función del negocio de la tierra y las urbanizaciones a fin de consolidar la rentabilidad del espacio para los megaproyectos. El ejemplo que se citará a continuación nos da una idea para analizar el fenómeno en Colombia y en varias partes del mundo.

“El 85% de los residentes urbanos del mundo en desarrollo –ocupan espacios ilegalmente- (...) En último caso, la indeterminación de los títulos de propiedad de la tierra o la laxitud de la propiedad estatal, o ambas cosas, son las rendijas a través de las cuales ha afluído a las ciudades una vasta humanidad. (...) incluso en Karachi donde la periferia urbana es propiedad oficial del gobierno, el sector privado sigue obteniendo vastas ganancias de la especulación de la tierra a expensas de familias de bajos ingresos. De hecho, la maquinaria política local nacional suele consentir los asentamientos informales – y especulación privada ilegal – mientras le sea posible controlar el carácter político de los tugurios y extraer una corriente sistemática de sobornos o alquileres. Sin títulos oficiales de tierras o propiedad de sus viviendas, los pobladores de esos barrios se ven obligados a dependencias casi feudales de los funcionarios locales y peces gordos de los partidos. La deslealtad puede significar el desalojo o incluso el derribo de un distrito completo” (Davis, 2006, p. 8)

En Bogotá al parecer el Parque Tercer Milenio hacía parte del megaproyecto *Plan Zonal del Centro*⁴⁷ ya que éste tiene como fin valorizar el centro de Bogotá, hecho que ha sido evidente con la especulación del metro cuadrado en la antigua zona del Cartucho y los predios aledaños donde se construirá el centro comercial *Centro Internacional de Comercio Mayorista de San Victorino*.

[122]

Sin embargo profundizando en el fenómeno de el Plan Centro y los intereses alrededor de la construcción del Parque Tercer Milenio, otros informes afirman que este Plan no sólo nace con el Decreto 497 del 2007, sino que viene con intereses por mejorar el centro desde los años setenta y ochenta. Se recuerda que para poner en marcha la primera y la segunda fase del Plan, fueron destinados y aprobados 38 millones de dólares por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y la Corporación Andina de Fomento (CAF). Carreño 2008), que tuvo como resultado la construcción del barrio Nueva Santa Fe.

Las transformaciones urbanísticas del centro de Bogotá están ligadas a intereses económicos en torno al mercado de la tierra, que genera enormes ganancias para unos pocos propietarios, a costa de quienes solamente tienen una modesta vivienda. La compra de lotes baratos por parte de universidades privadas y otros intermediarios, que luego los venden a los bancos, o los convierten en centros comerciales, apartamentos estrato 5 y 6, hoteles cinco estrellas, centros financieros, bingos, casinos y sitios de prostitución de alto costo (La Piscina y El Castillo), no es algo casual ni

47 DECRETO 492 DE 2007, (Octubre 26), Por el cual se adopta la Operación Estratégica del Centro de Bogotá, el Plan Zonal del Centro -PZCB- y las Fichas Normativas para las Unidades de Planeamiento Zonal -UPZ- 91 Sagra-dor Corazón, 92 La Macarena, 93 Las Nieves, 94 La Candelaria, 95 Las Cruces y 101 Teusaquillo.

obedece al mero interés estético; realmente es un gran negocio.

Aunque existen varias hipótesis sobre el origen de El Plan Centro, podemos afirmar que las renovaciones de centros en el mundo han estado de moda, siendo más que un modelo estético, un modelo económico. Henri Lefebvre, (1991) en “La producción del Espacio”, reflexiona sobre el costo del espacio en el sistema económico mundial, explicando cómo en la producción de flujos materiales básicos para la economía de un país, son estratégicos los espacios para la distribución, los puntos de encuentro y los centros de negocios. Condiciones que cumple a cabalidad el espacio de Santa Inés – El Cartucho y sobre todo, San Victorino.



Aviso Centro Internacional de comercio Mayorista.
[Archivo personal Ingrid Morris Rincón, 2009]

Así, el terreno que había quedado baldío contiguo al Parque Tercer Milenio, promesa de un gran centro comercial del que se les habló a los comerciantes y habitantes del sector desde el año 2005, es ahora una realidad. Actualmente se encuentra en construcción, nadie se imaginaba la magnitud de éste, ni la valorización que iba a implicar. El ahora proyecto del *Centro Internacional de Comercio Mayorista*⁴⁸ incluye al Parque Tercer Milenio dentro de toda la estrategia económica y comercial. En la misma línea no es casual que en el año 2009 el periódico económico *Portafolio* en su artículo –Intervenciones de renovación urbana en Bogotá– afirme que:

[123]

Es indiscutible que el Centro está de moda, más aún después de la reglamentación de la Operación Estratégica del Centro y del Plan Zonal del Centro (...). No obstante, por su rentabilidad, San Victorino sigue como la zona más costosa. Allí, el valor del metro se duplicó de 1,4 millones a 2,8 millones de pesos, gracias a las obras de renovación que van desde la Plazoleta de La Mariposa hasta el Parque Tercer Milenio, que -de hecho- erradicó la deteriorada zona de El Cartucho.- (Intervenciones de renovación urbana en Bogotá ponen en alza suelo para Renovación. (Mora, 2009)

En conclusión parece ser evidente que los desplazamientos y las reubicaciones, los maltratos y las expropiaciones están dirigidas a la gente pobre y a los pequeños comerciantes, mientras

48 <http://www.centrosanvictorino.com/> -San Victorino – Centro Internacional de Comercio Mayorista Será dirigido por una Gerencia Operadora, que se encargará entre otros aspectos, de sincronizar y potenciar la actividad comercial y de servicios de los múltiples actores vinculados directa y/o indirectamente con este moderno centro de abastecimiento para el comercio de Colombia y América Latina. Paso a paso, la gerencia operadora concentrará la mayoría de sus recursos y esfuerzos, en el fortalecimiento de servicios generales y específicos,- (Lugares como Club de negocios,centro mayorista, Múltiples zonas de cargue y descargue, Parque Tercer Milenio, MovilidadTorre de telecomunicaciones.)

las puertas están abiertas a inversionistas y grandes empresarios. ¿Qué pasaría si los 79 millones de dólares fueran invertidos en la gente menos pudiente, en mejorarles el barrio y darles alternativas económicas? Es notorio que quienes serán vecinos del Parque Tercer Milenio, con estos planes, ya no será “La Repolla” como ex prostituta anciana ni su compañero embolador, ni la recicladora Olga Pico, ni tampoco Myriam Franco ayudante del Colegio Santa Inés o los “sobanderos” que todavía quedan alrededor. No, estos no serán los vecinos. Mientras tanto la gente humilde⁴⁹ que no desaparece por obra de encanto, ni están reubicados en mejores viviendas, ocupan los cordones de miseria de otro lugar, en otra periferia, soportando el desplazamiento forzoso dentro de su propia ciudad.

El Banco Mundial y las Naciones Unidas siempre han querido definir el tema de los barrios marginales de todo el mundo no como resultado de la globalización y la desigualdad, sino más bien, del “mal gobierno”. El informe 2003, sin embargo, rompe con la tradicional circunscripción y en una especie de autocensura, las Naciones Unidas inculpan de lleno al Neoliberalismo, sobre todo en los programas de ajuste estructural del FMI.⁵⁰ Sin dudas (...) “este informe de las Naciones Unidas para el Habitat, se desentiende o deja para informes posteriores algunos de los problemas más importantes sobre el uso de la tierra como consecuencia de la sobre urbanización y de los asentamientos informales, incluido el crecimiento urbano incontrolado, la degradación ambiental y los peligros ciudadanos”. (Davis, 2006, p.6).

[124]

Park y Harvey por su lado, en su obra la “Libertad de las Ciudades” ponen como ejemplo las transformaciones de París en el siglo XIX con las importantes e imponentes intervenciones de Haussmann y a los Estados Unidos de posguerra y más adelante a la Nueva York de los años setenta, también para asegurar que las grandes construcciones y megaproyectos urbanísticos hacen parte de un gran fenómeno económico.⁵¹ Así mismo que la urbanización se constituye en una alternativa para resolver los problemas de estancamiento de los *excedentes de capital*. Finalmente concluyen que “bajo el capitalismo, el problema del excedente de capital no tiene solución. Existen solamente soluciones temporales que tienen enormes e irreversibles

49 Basta con comparar hoy la realidad de la que hemos hablado acá, con la realidad aledaña de los barrios tugurio alrededor del el Parque Tercer Milenio; barrios como San Bernardo, Cincohuecos, La Favorita, entre otros, siguen siendo expendederos de drogas y vivideros para la gente mas humilde. Están tomados por comunidades indígenas como la Embera Chamí quienes mientras unos viven del pordioserismo profesional, otros tratan de subsistir vendiendo su ropa típica al igual que los Quechua, kancuamos e Ingas asentadas allí.

50 Fondo Monetario Internacional

51 Los capitalistas inician el día con cierta cantidad de dinero y lo terminan con más. Al día siguiente, se levantan y deben decidir qué hacer con el dinero adicional que ganaron el día anterior. Se enfrentan entonces a un dilema fáustico: reinvierten para ganar aún más dinero o consumen su plusvalía. Las leyes coercitivas de la competencia los obligan a reinvertir, pues si no lo hacen otros seguramente lo harán. Para continuar siendo capitalistas, deben reinvertir parte del excedente para producir más.” Park 1999: 115 en Harvey, p. 19

consecuencias para la vida urbana (los bulevares de Haussmann dominan todavía París)” (Park, 1999, p. 15, en Harvey, p. 19). Los centros urbanísticos como medidas de utilización de excedentes de capital según Park y Harvey son *vehículos de estabilización social* temporales, pero a largo plazo generan crisis incluso más complejas que las que pretenden componer.

La discusión propuesta por los autores citados tanto como los diferentes testimonios del estudio de caso del Cartucho, en perspectiva de la ciudad que nos rodea y en la que transitamos día a día, nos puede estimular a preguntar ¿Para quién es todo el confort y la comodidad de la que tanto se ha hablado?, ¿quiénes son los que gozan y disfrutarán de todos los servicios, del cuidado de obras públicas y seguridad? ¿no debería aquello ser un derecho de todos por el simple hecho de hacer parte de la ciudad, pagar impuestos y hacer uso legal del espacio? La verdad es que en los barrios más humildes la mínima comodidad no existe.

Y si se viene aplicando la fórmula del desarrollo, quizá, sólo por probar, un domingo cualquiera al regresar de los pueblos aledaños a Bogotá al entrar por la 80 hacia el sur de la ciudad, alzar la mirada y ver montañas y montañas de caseríos maltrechos, sin buenas vías, sin servicios, sin comodidades; podríamos preguntarnos quienes realmente son los beneficiarios de los planes que promulgan desarrollo y comodidad.



[125]

“Sobandero” en torno al Parque Tercer Milenio
[Archivo personal Ingrid Morris Rincón]

ESTE ES EL SIGNIFICADO DE ALGUNAS EXPRESIONES CALLEJERAS

- 1) DEJAR EL POLVERO: HUIR CON ALGUN BOTIN O ANTES EL ENEMIGO.
- 2) ABRASE O...: AMENAZA PARA EL CONTRINCANTE
- 3) ABRIRSE: HACER CASO DE LA AMENAZA E IRSE
- 4) TODO BIEN: LAS COSAS ESTAN NORMALES
- 5) RECLAME MOSCO: EQUIVALE A SAPO
- 6) RIN. RIN: TAMBIEN EQUIVALE A SAPO.
- 7) ZONAS: PELIGRO A LA VISTA
- 8) CON LA DOBLE: CON HIPOCRESIA
- 9) DAR EL PULMON: DESCUIDARSE
- 10) COMO VOY HAY? QUERER PARTE DE UN BOTIN
- 11) NO COMO DENINGUNA: DECIDIDO A TODO
- 12) NO ME MAREO PA' NADA: IGUAL A LA ANTERIOR.
- 13) "PALIDO, EN LA JUGADA Y MOSCA" SON POCAS DE LAS CLAVES QUE SE UTILIZAN COMO ADVERTENCIA
- 14) ENTUCAR, FRENTIAR, PALA QUE SEA Y PALANTE SON EXPRESIONES DE DECISION
- 15) VOLTEAR: DISTRAER A ALGUIEN PARA SUSTRAR ALGO
- 16) DEJAR SANDO: ROBAR Y QUE NO SE PERCATEN

Glosario de expresiones

Metáforas

[127]

Los nombres son denominaciones, una guía para ubicarnos, para comunicarnos a través de los lenguajes... rótulos que nos dan coordenadas, designaciones que aún ausentes de significado poseen contenidos. El nombre por si sólo en ocasiones nos refiere una temporalidad, nos manifiesta rudeza o sensibilidad, orientación política, filosófica y social.

Las metáforas estructuran el pensamiento (Lakoff y Johnson, 1995) así como nuestro cerebro funciona permanentemente con procesos mediados por metáforas espacio temporales. “Hablar de las metáforas de las palabras es más común. El lenguaje y en particular la estructura gramatical de cada lengua, modela en sentido único la aparición de un sistema conceptual mediante el que se aprehende la realidad y se ordena el comportamiento.” (Whorf en Lakoff y Johnson, 1995, p.12).

Varias palabras provienen de connotaciones y contextos muy específicos que en algunos casos revelan la procedencia de la gente, la labor que desempeñan, el momento histórico en que están viviendo, las creencias, el tipo de condición social, entre otros elementos constitutivos de una jerga o lengua particular. Dicha información encierra mensajes interlineados o códigos que nos ayudan a entender la sociedad.

Por eso la metáfora mediante la forma (la palabra, el nombre), nos ayuda a aprehender la manera como los imaginarios son contruidos a partir de contextos y visiones del mundo que nos rodea, en un entorno que para cada individuo es diferente. Las siguientes palabras de la calle y el contexto urbano, nos muestran el uso de una expresión con un significado distinto o en contexto diferente al habitual.

Metáforas

Campanero: Era la persona que avisaba la misa antiguamente y en este contexto terminó sirviendo para connotar, a quien avisaba el peligro, la presencia de la autoridad a quienes tenían negocios ilícitos. Este personaje, de acuerdo a los códigos establecidos, siempre portaba una gorra y decía palabras que sonaban incoherentes pero que codificaban la información de alerta para la gente del negocio.

Dejar el polvo: Es una expresión que proviene de la Biblia. Alude al momento en que los apóstoles sacudían los pies después de cada predicación, dejando un polvo. Esta expresión en la calle permite expresar *huida*.

Desechable: Expresión que denomina los *ñeros*, *recicladores* como una forma genérica para referirse a las personas que usan como hogar la calle, desde el contexto y la lógica del arquetipo ciudadano que abusa del lenguaje ecologista de la modernidad. La palabra “desechable”, rotula a las personas de la calle, pobres o sucios, y los identifica como basura para la sociedad. De allí que se use el significado literal del material plástico, cartón o vidrio que puede ser reutilizado, para calificar al ser humano.

El Chulo: pájaro carnívoro carroñero que se asienta en los lugares de descomposición y muerte para comer. Es equiparado a los *ñeros* que se hacían en la entrada de medicina legal a ver qué podían devengar por cuenta del dolor de los familiares de personas fallecidas. Los *ñeros* buscaban a sus seres queridos en el anfiteatro y trataban de hacer algún trámite para que los cuerpos salieran más temprano para así pedir unas monedas a cambio.

[128]

En bandeja: En el argot de la calle traduce que alguna “jugada” (robo o asalto) está muy fácil de hacer. Proviene de la manera como en la mayoría de los restaurantes populares se acostumbra servir el almuerzo poniendo en una bandeja la presa, el pollo o la carne y pasarlo al comensal, delante de todos.

Gallada: Significa en el contexto popular, la reunión de muchos muchachos, jóvenes, personas pares, en grupo. Expresión que proviene del contexto del campo donde la palabra define la reunión de gallos en el campo.

I” o Gila: es una forma de nombrar a los ingenuos y tontos. Aunque es una expresión que se utiliza en varias partes de Latinoamérica, para algunos en nuestro medio, proviene de Antioquia y de un personaje llamado Gildardo, poseedor por desgracia, de tales características.

Ñero: Es la manera como se conoce y se denomina a las personas que habitan en la calle. Las diferentes explicaciones coinciden al definir que esta palabra remite a la idea de “hermandad” puesto que la mayoría de personas que residen en la calle coexisten ante las inclemencias de la intemperie, la violencia y todo lo que puede causarles estar por fuera del orden social. Así la referencia a la gran familia se debe a la ayuda mutua que se tienen que prestar entre todos los que viven en la calle, para hacer real la subsistencia. *Ñero*, es un apócope o mutilación de la palabra, que se refiere al *compañero*, a la compañía, a la solidaridad que se tienen entre ellos.

Glosario

A la fija: cuando el enemigo está descuidado.

Ábrase o... : Amenaza para el contrincante.

Abrirse: hacer caso de la amenaza e irse.

Aletiao: dícese de quien está bravo.

Apercollar: tomar del pescuezo y arrinconar.

Arreglador: funcionario que se encarga de sobornar autoridades y lograr la libertad.

Bailaos, totazos, guarapazos, puños: esto es solo con las manos.

Bambas: diferentes joyas.

Batanazo y raponeo: quitar violentamente con las manos y salir corriendo.

Bicha: za, za, za, zurunga, contumenio, pelpa: nombres para el bazuco.

Bobo y guasa: reloj.

Bolapitufa parca: dícese de las patrullas.

Boluda: de glúteos grandes.

Bomba: gran cantidad de pelpas de bazuco.

Bravero: el que quita por violencia y no le importa si son varios los oponentes.

Brinco: cuando se es sorprendido en alguna pilatuna y se congrega multitud.

Calavera: mal hijo, también mal amigo.

Caleta: parte donde ocultarse. También las hay en la ropa, aviones, buses, etc.

Cana, modelia, Casablanca, universidad, etc.: esto es la cárcel.

Cascar, tumbar, al piso, muñeco y chasquiar: equivale a matar.

Cascón, soldado sicario: encargados de eliminar.

Chapiado: dar otro nombre ante las autoridades.

Chencha: cartera.

Chorro: cualquier clase de licor.

Cirilo Gildardo: pendejo.

Comelón: funcionario que recibe el soborno del arreglador.

Cómo voy ahí?: querer parte de un botín

Compro un ojo: se le dice a la persona que mira demasiado, brujo mirón, figón, miro lindo, etc.

Con la doble: con hipocresía

Conejo o voladora: huir sin cancelar lo comido y lo consumido.

Cosquilleo: sustraer de los bolsillos, bolsos, etc.

Cremallera: herida extensa.

Culoetaba: herida sin profundidad.

Dar dulce: elogiar para traicionar.

Dar el pulmón: descuidarse.

Degoce: irse con la pareja.

Dejar morir: no ayudar en algo.

Dejar sano: robar y que no se percaten.

Dejar el polvero: huir con algún botín o ante el enemigo.

Dejeme sano: no me moleste.

Dequeto: asaltar pronunciando estas palabras.

Dese una vuelta: vaya y ármese

Échele mano y atrápelo: es atracar a la víctima.

Elegante: hombre o mujer que se la lleva bien con todos.

[129]

Embalao y con cólico: Cuando es necesario consumir mas sustancias psicoactivas.

En bandeja: llevar a alguien ante el enemigo y entregarlo.

En la juego o en la jugada: estar listo.

En la raya: no retroceder.

Encariñarse: ensañarse desenfrenadamente.

Engorilado: pensando pendejadas.

Enredar: embaucar, vender ilusiones.

Entrar al baile: robar al amigo.

Entre que se moja: se le hace esta observación a quien opina sin ser interrogado.

Entucar, frentiar, pa la que sea y p alante: son expresiones de decisión.

Es un dormido: no es inteligente.

Escama: Cuando alguien grita por hacer algo indebido (No robe, no fume).

Escapero: se roba cualquier objeto utilizando la velocidad de sus manos.

Estar cargado: poseer bastante vicio.
Estar ganado: tener de todo.
Estar montado: cargar armas.
Estuchero: especialista en robar almacenes.
Frito, pelao, en la inmunda, paila, en la olla, llebao: son varias expresiones para dar a entender que se encuentra en mala situación tanto física, mental y económicamente.
Fulero: mala la vaina.
Gallada, parche, combo, bandola: varios integrantes.
Gallina: cobarde.
Garulla: cobarde.
Guiro: problema.
Gurria, filo, gorrobeta: hambre.
Gurrupeleta, coscorria, grosería, venérea, piorrea: equivalen a un tipo de mala clase.
Habichuela y abeja: avispaos.
Hagámola llorar: es un juego con una cáscara de mandarina o naranja, participan varios presos y la intención es no dejarla caer al piso.
Hora boba: entre la 1 y 2 pm para robar almacenes de cadena.
Huele a formol y lápida al culo: lo van a matar muy pronto.
Jaibo, cucho: viejo.
Jalador: solo autos y motos.
Judía: pedir algo con un billete de alta denominación, hablar mucho con el dependiente, y por último, salir con las vueltas y el billete.
La bolsa. Instrumento de tortura, se utiliza para casi asfixiar al detenido.
La de cuchillo: darle muchas puñaladas.
La máquina: colocar la rodilla en la columna vertebral y aprisionar con brazo a la víctima mientras el compañero actúa.
Lamemeelculo: lambón.
Liebre: enemigo.
Lili: marica declarado.
Lleva y trae: chismoso crónico.

Lo frenaron: detenerlo las autoridades.
Lo veo bien: sin consumo y trabajando.
Luca: billete de mil.
Luquero: tiene bastante plata.
Mal de los pitos: tuberculosis.
Manos abajo o manos en las güevas: sin un arma para enfrentar el problema.
Marchar: obedecer por temor.
Matao: Fácil de robar o de agredir.
Me Mi máxima: dicese del mejor amigo.
Minga: gamín.
Móntenme: présteme un arma.
No cómo de ninguna: decidido a todo.
No me mareo pa' nada: Ver “no como de ninguna”
Ñeco: billete, moneda falsa.
Pa que afine: para que no se crea mucho.
Pálido, en la jugada y mosca: son pocas de las claves que se utilizan como advertencia.
Paniquiao, asustao: bajo sustancia spa
Parado: pelea con cualquiera.
Parce: compañero.
Párese bien: pelee lo mejor que pueda.
Pase: inhalación de coca.
Peña: prendería prestamista.
Perdió: se refiere a cualquier tipo de frustración.
Picapleitos y leguleyo: abogados mediocres.
Pirobo: hombre y mujer le gustan.
Pisos: zapatos.
Punta: arma cortopunzante pequeña.
Que cacaote: mujer exuberante en sus partes bajas.
Que me tumben: mátenme.
Rayas, feos, tombos, cachuchas: referente a los representantes de la ley.
Reclame mosco: equivale a sapo
Rin Rin: también equivale a sapo
Romper: pegar 1 o 2 puñaladas.
Sabliar, retacar, rebuscar: maneras de conseguir el sustento diario.

Se fue de agache: equivale a no he visto nada.
Severas: bonitas, hermosas, vale lo mismo para tremendas.
Sopin: come mucho.
Soplao: sacar el rollo de dinero del bolsillo.
Taponazo: puñalada o balazo.
Tarjeteo: abrir puertas o ventanas, se utiliza mucho la cédula, una tarjeta, un cartón.
Tarriar: coger los glúteos.
Tarro: teatro.
Te veo: váyase.
Terapia: residuo que deja el bazuco en la pipa.
Todo bien: las cosas están normales
Tomacera: mujer que suministra somníferos a los ebrios.
Toriar: enfrentar.
Trabajar el sueño: entre las 3 am y 5 am para las residencias.

Tráfuga: traicionero.
Tronchado, picao: creído.
Tropel: pelea entre varios.
Trucha: muévase, haga algo.
Tubo, fierro, guayo: revolver.
Un traído: ingenuo, fácil de robar.
Una hoja: es un cheque.
Veneno: se le dice al anillo de cobre que se vende por oro.
Ventiao: huir a toda prisa.
Viajao: intento de herir.
Visajes: ademanes de ataque.
Voltear: distraer a alguien para sustraerle algo.
Vueltón: pasear un rato.
Yave: amigo.
Zonas: peligro a la vista
Zoroco: otro bobo.

Cierto día un narito, con el que muchas veces hicimos el duo, para escapear, y que llevaba tiempos sin ver. Llamo mi atención, el color de su piel era como de un queso sabana, pasado por decol. Traslucido. Con su mano protegía sus ojos, a pesar de que el día era opaco. Lo saludo con bulla, pero su mirada perdida, parecía no reconocerme. ¡Huy, ahora que está metiendo ^{me dice} y lo empuje... su respuesta me hizo pensar que se le habían cruzado los cables... ¡Yo digo es de abajo, así que abrase! y haciendome a un lado con su mano, caminaba hacia la orilla de enfrente y se esfumó.

Averiguando, con los mas veteranos de mi pandero, sentí temor. Me advirtieron que quien chismoseaba de eso "castamente" desaparecía.

La vieja Bogotá, en este sector. Estaba llena de sótanos que en su tiempo, prestaron servicio de almacenamiento y vivienda a sus dueños. Pero ahora, se habían convertido en tugurios subterráneos, en laberintos ocultos por boquetes, que con una adecuación básica, se prestaban para actividades perversas. Los mismos lugares, según su "capataz" eran usados, como salas para guardar y negociar drogas, armas, botines de robo. Para esconder delincuentes, cárcel de secuestrados. Luego de agustar cuentas, se desaparecían enemigos o competidores.

Bibliografía

- ABDERHALDEN, R. (1996). *El artista como testigo: testimonio de un artista*. Consultado el 13 de agosto de 2009 en http://www.hemisphericinstitute.org/journal/4.2/esp/artist_presentation/mapateatro/mapa_artist.html
- ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ “Por la Bogotá que queremos 1998- 2001” Acuerdo No. 06 de Junio de 1998. http://www.sdp.gov.co/www/resources/qjr_pd_1998_2001_pbqq.pdf
- ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ, Plan Maestro Decreto 346 de 2003 y el Decreto 880 (Octubre 19 de 1998) <http://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=27312>
- ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ, Proyecto de acuerdo ____ de 2003. por el cual se implementa la red distrital de reciclaje el concejo de Bogotá, D. C <http://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=27580>
- ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ, DECRETO 492 DE 2007, (Octubre 26), Por el cual se adopta la Operación Estratégica del Centro de Bogotá, el Plan Zonal del Centro -PZCB- <http://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=22476>
- ALAPE, A. (1999, Abril 11). El Cartucho: de la memoria a la demolición. *El Espectador*, p. 2D.
- ARIZA, HUMBERT (2008) *Yo Tumbé el Cartucho con la ayuda de mi Dios y una pistola* en la ciudad jamás contada de El Tiempo http://www.nodisponible.com/activaftp/LCJC/historias_relato1.php?idH=22&idV=MQ
- AUGÉ, M. (1998). *Las formas del olvido*. Barcelona: Gedisa.
- AUGÉ, M (1995) *Non- places Introduction to an anthropology of supermodernity* Ed. Do Seuil
- BARTHES R (1986) *Retórica de la imagen en Lo obvio y lo obtuso, imágenes, gestos, voces*, Ediciones Paidós Barcelona
- BARBERO J MARTÍN (2005) *Poul Ricoeur La memoria y la promesa* Reseña en Piedepagina No 4, Bogotá
- BACHELARD, G. (2000). *La Poética del Espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- BECCASSINO, A. (2000). *Peñalosa y una ciudad mas cerca de las estrellas*. Bogotá: Ed Grijalbo.
- BORDA ORLANDO Y ANISUR MOHAMMAD (1991) *Acción y conocimiento: como romper el monopolio con investigación-acción participativa* Ed. CINEP, Bogotá
- BORDEIEU PIERRE (1979) “*La fotografía: un arte intermedio*”, Trad. Tununa Mercado, Ed. Nueva Imagen, Mexico.
- CANCLINI, E, ROSAS, A Y CASTELLANOS, A (1996) *La Ciudad de los viajeros, Travesías e imaginarios urbanos, Mexico 1940- 2000*, Ed Grijalvo
- CALVINO, I. (1999). *Las Ciudades Invisibles*. Madrid: Editorial Millenium.

- CASTILLEJO ALEJANDRO (2000) *La poética de lo otro Antropología de la guerra la soledad y el exilio interno en Colombia*, Ed Arfo, Editores Bogotá
- CARREÑO, J. (2008, Noviembre 15). Bogotá - Plan Centro: Entre despojos y sofismas. *Periódico Desde Abajo*, Ed. 139.
- CENTRO INTERNACIONAL DE COMERCIO MAYORISTA - San Victorino <http://www.centrosanvictorino.com/>
- CONCURSO BUENAS PRÁCTICAS (2002) Dubai <http://habitat.aq.upm.es/bpal/onu02/lista.html>
- DEPARTAMENTO ADMINISTRATIVO DE PLANEACIÓN NACIONAL, Subdirección de Desarrollo Social Gerencia de Desarrollo Humano y Progreso social, (2003) *Monografía Localidad de Santa fe*
Versión preliminar para revisión
- DAVIS, M. (2006, Octubre/Diciembre). El planeta de los Tugurios. *Revista temas N° 48* Ed New Left Review .
- DIDI- HUBERMAN GEORGES, (2008) *Cuando las imágenes toman posición*, Ed Antonio Machado, Bogotá
- DIDI- HUBERMAN (2008) Georges *Cuando las Imágenes tocan lo real* Ensayo http://www.macba.es/uploads/20080408/Georges_Didi_Huberman_Cuando_las_imagenes_tocan_lo_real.pdf
- EL ESPECTADOR (27 - 08- 2008) *Último censo revela que en Bogotá hay 8385 habitantes calle*, sección Bogotá
- FONTCUBERTA JOHAN (1997) *El beso de Judas Fotografía y Verdad* Ed. Gustavo Gili S.A Barcelona
- FONSECA, A. M. (2008). *Ciudad Subjetividad e Imaginarios Urbanos, un análisis comunicativo del Parque Tercer Milenio*. Monografía no publicada. Facultad de Comunicación Social y Lenguaje, Pontificia Universidad Javeriana.
- GALEANO E, (2003) “Los Nadies “ en el *Libro de Los abrazos* Ed. Siglo XXI Madrid
- GÓMEZ, L. (2009, Octubre 24). Bogotá - Plan Centro. ¿Ordenamiento o privatización del espacio público?. *Periódico Desde Abajo*, Ed. 151.
- GONGORA ANDRES , SUAREZ CARLOS (2008) Por Una Bogotá Sin mugre: violencia, vida y muerte en la cloaca urbana. Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Colombia en el marco del proyecto Caracterización de la Oferta Institucional para el Habitante de la Calle en Colombia elaborado para el Ministerio de la Protección Social
- GUTIÉRREZ, ACEVEDO Y VIATELA. (2007). *Violent liberalism? State, conflict and political regime in Colombia, 1930-2006*. Crisis States Research Centre. Manuscrito en preparación.
- [134] HARVEY, D. (2008, Julio/Diciembre). La libertad de la Ciudad. *Revista Antípoda*. Bogotá
- HABEGGER Y MANCILA, (2006) *El poder de la Cartografía Social en las prácticas contrahegemónicas o La Cartografía Social como estrategia para diagnosticar nuestro territorio*. Area Ciega, Chile
- IREGUI JAIME, (2008) *Museo Fuera de Lugar* Ed. Universidad de los Andes Facultad de Artes y Humanidades, Departamento de Arte
- JELIN, E (2001) *Los trabajos de la memoria*, Siglo Veintiuno editores, España
- La Mona de 'El Cartucho' a las salas de teatro. (24. 11. 2008). Sección Nación , Periódico El Tiempo
- LEFEBVRE, H. (1981) [1974] *La production de l'espace*. París: Anthropos.
- LOFLAND, L. H. (1985). *A world of Strangers, Order and Action in Urban Public Space*. Illinois: Waveland Press Inc.
- MARTÍN-BARBERO, J. (2005). Paul Ricoeur: la memoria y la promesa. Reseña sobre la obra de Paul Ricoeur. *Piedepágina*, N° 4.
- MARTIN, G Y CEBALLOS, M. (2003). *Bogotá: Anatomía de una transformación. Políticas de Seguridad Ciudadana, 1995 - 2003*. Bogotá D.C: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- MAYA, T. (2004, Enero/Diciembre). Karl Brunner (1887-1960) o El Urbanismo como ciencia del detalle. *Revista Bitacora Urbano Territorial*, Vol 1, N° 008.
- MELO, V. (2001). *La calle: Espacio geográfico y vivencia urbana en Santa Fé de Bogotá*. Bogotá: Alcaldía Mayor.
- MENDOZA, MARIO (26. 07.2003). *El Cartucho*. Sección Editorial Opinión Periódico El Tiempo
- MONTAÑO Ma FRANCISCA (2002) *Con Santa Inés en cada ojo: dos maneras de percibir un barrio de Bogotá. Tesis para optar por el título de Antropóloga*. Universidad de los Andes. Bogotá.
- MORA INGRID (21, 11, 09) *Intervenciones de renovación urbana en Bogotá pone en alza suelo para renovación*, Redacción Economía y Negocios Diario económico Portafolio del Periódico El Tiempo.
- NAVIA, J. (24. 11. 1992). *Tunel sin salid*. Sección Información General Periódico El Tiempo.
- PIFFANO, G. (2003). *Del Infierno al Paraíso: una comedia urbana. Viaje al concepto de bienestar en el sector del Cartucho de Bogotá*. Monografía no publicada, Departamento de Antropología, Universidad de los Andes.
- RIAÑO, P. (2005, Enero). Encuentros artísticos con el dolor, las memorias y las violencias. *Revista ICONOS de Ciencias Sociales*, Vol. 9, N° 21.

- RIAÑO, P (2006) *Jóvenes, memoria y violencia en Medellín. Una antropología del recuerdo y el olvido*. Ed. Universidad de Antioquia Medellín
- RIAÑO, LAZY, AGUDELO (2003) *Arte Memoria y Violencia, Reflexiones sobre la ciudad*, Ed Corporación Región, Medellín
- RINCÓN, PEDRO MANUEL (2007). *Tertulias en Bogotá*. Fragmento del ciclo de conferencias dictadas en las bibliotecas de BIBLIORED. Manuscrito.
- RAYMOND PIERRE (2007) *Mucha tela que cortar: La saga de una fábrica textil y la pugna de las familias Caballero y López por su control* por Pierre Raymond.
- ROBLEDO, A. M Y RODRÍGUEZ, P. (2008). *Emergencia del sujeto excluido, aproximación generalizada a la no-ciudad en Bogotá*. Bogotá D.C: Pontificia Universidad Javeriana.
- ROLNIK, S (2001) ¿El arte cura? Ed Quaderns Portatils Barcelona
- RODRIGUEZ, A. (2008). Bogotá podría tener hasta cinco Cartuchos. *El Espectador*.
- SALCEDO, MA T. (1984) *Recolectores de papel en carritos de balineras* Tesis de pre grado en Antropología U. Andes.
- SALCEDO, MA T., Restrepo J, Mora P, Abderhalden R, Lambuley R, (2007) *Arte y Etnografía de Artistas, textos y contextos, mapeos y pasantes* Ed. Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Bogotá.
- SDIS (SECRETARÍA DISTRITAL DE INTEGRACIÓN SOCIAL ANTES DEPARTAMENTO ADMINISTRATIVO de Bienestar Social) (1998) *Estrategia de Intervención Social* documento público, Bogotá.
- SALCEDO, MA T, (2007) *Ciudad y Dimensiones subterráneas de lo Urbano: Contribuciones al pensamiento dialéctico de Walter Benjamín* en *Arte y Etnografía de Artistas, textos y contextos, mapeos y pasantes* Ed. Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Bogotá
- SANCHEZ GONZALO (2003) *Guerra Memoria e Historia* Ed. ICANH Bogotá
- SILVA ARMANDO (2004) *Album de familia* Ed. Norma Bogotá
- SILVA ARMANDO (1988- 1991) *Ciudad y nostalgia* en la colección de Columnas del el Periódico El Tiempo *Ciudad Imaginada* ClibPDF - www.fastio.com
- SUAREZ MAYORGA, ADRIANA MARÍA (1979) *La ciudad de los elegidos : crecimiento urbano, erarquización social y poder político, Bogotá (1910-1950)*, Editorial Universidad Nacional de Colombia, Bogotá
- TORRES EDGAR, (2008) *Las crudas confesiones de un Chef* en La Cidud Jamas Contada de El Tiempo http://www.nodisponible.com/activaftp/LCJC/historias_relato1.php?idH=16&idV=MQ
- TODOROV, T. (2000). *Los abusos de la Memoria*. Barcelona: Editorial Paidós.
- UNION TEMPORAL ECONOMETRIA S.A – sei s.a y Alcaldía Mayor de Bogotá (1999) Instituto de Desarrollo Urbano Informerme Avance “Censo socioeconómico de los barrios de San Bernardo y Santa Inés”, correspondiente al contrato n. 239

ENTREVISTAS:

- Comerciante Nombre de Protección “René Coronado”, Comerciante Gilma Perez Leal, Trabajadora social El Cartucho Nombre de protección “La monjita”.
- Ex habitante del Cartucho, director “Rompiendo Cadenas” Eduardo Betancourt.
- Sobandero Jaime de la Hoz, Comerciante ex presidente del los COMAS Mario Arturo Suavita, Trabajadora Colegio Santa Inés Myriam Franco, Director programa Habitante de Calle SDIS Carlos Alberto Garzón, Ex directora de la Estrategia de Intervención Social para el Cartucho Clemencia Ibáñez, Investigador y documentalista del proceso de desalojo del Cartucho German Piffano, Profesor de historia de la Ciudad Manuel Hernández
- Antropóloga María Teresa Salcedo, Arquitecto Camilo Santa María.
- Grupo de Teatro y Arte Mapa Teatro Heidi Abderhalden, Medicina Legal Raúl Insuasty, Ex desplazada Yomaira Bayter, Organización de Recicladores Olga Lucía Pico, Ex prostituta María Rosalva, Miembros en resocialización del Grupo PRAE.

La edición de esta publicación fué posible
gracias a la Alcaldía Mayor de Bogotá, al
Instituto Distrital de Patrimonio Cultural y a ex
habitantes del barrio
Santa Inés - El Cartucho.
Ingrid Morris Rincón.



- 1 . Almacén LEY
- 2 . Prostitutas
- 3 . Cacharrerías y Prenderías
- 4 . Teatro Pence
- 5 . Transeúntes
- 6 . Plaza de Mercado
- 7 . Idiprom mujeres / Idiprom hombres
- 8 . Sopladero
- 9 . Reducidores
- 10 . Teatro President
- 11 . Descuartizador
- 12 . El castillo
- 13 . Combinado
- 14 . Callejón de la Muerte
- 15 . Tipografías
- 16 . Gancho Azul
- 17 . Desplazados
- 18 . C.O.M.A.S
- 19 . Loco Calderón
- 20 . El Llanero
- 21 . Gancho Verde
- 22 . Bomba
- 23 . El Rey
- 24 . Medicina Legal
- 25 . Gancho Amarillo
- 26 . Colegio Santa Inés
- 27 . Niños Jugando
- 28 . Vendedores ambulantes
- 29 . El Tigre
- 30 . El Zarco
- 31 . Container
- 32 . Estación de buses
- 33 . Alambique
- 34 . Billar
- 35 . Reciclador
- 36 . Tráfico de armas
- 37 . Puerta café. Puerta rosada. Puerta negra
- 38 . Expendio Gloria





Como bien afirmara Italo Calvino
“Las ciudades son un conjunto
de muchas cosas: memorias,
deseos, signos de un lenguaje;
son lugares de trueque, como
explican todos los libros de
historia de la economía, pero
estos trueques no lo son sólo de

mercancías, son también trueques de
palabras, de deseos, de recuerdos”. Al crecer
en un espacio contribuimos a su construcción
y así mismo llevamos parte de él en nosotros.
En esa dimensión, siento que llevo parte del
caos bogotano en mí y con esta percepción, un
sentimiento pleno de melancolías, nostalgias
y algarabías: mi casa, la transformación de los
barrios en la ciudad, los vecinos y pobladores
que fueron llegando a los alrededores, las
historias que tuve que escuchar desde niña en
los largos recorridos de bus, los vendedores
ambulantes, las loteras, el grito matutino del
“botellaaa papeeel” y las curiosas travestis
del barrio Samper Mendoza en mi primera
experiencia laboral...

A todas ellas y ellos que han conformado la
ciudad en la que vivo , les dedico esta historia
pues con todos y entre todos podemos y
debemos recordar la esencia y la sencillez de
los más básicos principios humanos fuente
de inspiración de la investigación que gracias
al Premio “Ciudad Imaginada” del Instituto
Distrital de Patrimonio Cultural, hoy puedo
presentar condensada en este libro.

Vendedoras de lichiigo alrededor de la plaza. Foto anónima.
[Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá, 174a]



www.patrimoniocultural.gov.co